

51  
2ej



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA  
DE MEXICO**

---

---

**FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES**

**RICARDO GARIBAY ENTRE AMIGOS**

**T E S I S**

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:

**LICENCIATURA EN CIENCIAS DE LA**

**COMUNICACION**

**P R E S E N T A:**

**IRIS LIMÓN SAQUEDO**

L

ASESORA DE TESIS: LICENCIADA JOSEFINA ESTRADA ORTIZ

270107

CIUDAD DE MEXICO

1999

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



*Para mi mamá con amor*

Agradezco profundamente a Josefina Estrada y a Ricardo Garibay el apoyo y el tiempo que me brindaron para que este trabajo fuera posible.

## INDICE

Introducción .....	5
<b>Capítulo 1: Ricardo Garibay entre amigos .....</b>	<b>10</b>
Gastón García Cantú .....	11
José María Fernández Unsain .....	19
Vicente Leñero .....	23
Sandro Cohen .....	26
Froylán López Narváez .....	31
Josefina Estrada .....	38
René Aviles Fabila .....	44
María Luisa “La China” Mendoza .....	52
Federico Ortiz Quesada .....	58
Rogelio Carvajal Dávila .....	65
Fausto Vega .....	73
<b>Capítulo 2: En palabras de Ricardo Garibay .....</b>	<b>84</b>
<b>Capítulo 3: Homenaje .....</b>	<b>114</b>
Rafael Ramirez Heredia .....	116
Alejandro Sandoval .....	119
Eugenio Aguirre .....	121
Héctor Anaya .....	124
Jorge Ruiz Dueñas .....	128
Daniel Leyva .....	132
Rafael Luviano .....	134
Ricardo Garibay .....	138
Conclusión .....	142
Bibliografía de Ricardo Garibay .....	147
Bibliografía .....	149

## INTRODUCCIÓN

Alberto Dallal en *Periodismo y Literatura*, señala que los medios de comunicación tienen como función informar, y agrega que periodismo significa comunicación, entrega de información directa y sintética. El periodismo –añade– describe una situación, expone la existencia de un hecho o de un fenómeno, con el fin de que al tener noticia de ello, para que quien reciba el material lo interprete y saque sus propias conclusiones.

Vicente Leñero Y Carlos Marín enumeran en el *Manual de Periodismo* los géneros periodísticos en: nota informativa, entrevista, crónica, columna, ensayo y reportaje. La nota informativa es el género que informa de un hecho de manera imparcial, sin interpretación, tratando de responder a cinco preguntas básicas: qué, quién, cómo, cuándo y dónde. La entrevista es la conversación entre un reportero y un entrevistado, con el fin de obtener información directa o testimonial, se aproxima a definir el quién. La crónica es la narración de un acontecimiento en la manera que se fue desarrollando, respondiendo a la pregunta cómo. El ensayo es el cúmulo de información acerca de un tema o hecho específico, incluye la apreciación y el juicio del investigador. El reportaje, en suma, profundiza sobre los hechos, contestando, además, de cada género que lo conforma, el por qué.

Para el fin de este trabajo, habrá que profundizar en el género de la entrevista. También el *Manual de Periodismo* clasifica la entrevista en noticiosa, de opinión y de semblanza. La entrevista noticiosa busca obtener información de acontecimientos que se conviertan en noticia. La entrevista de opinión sirve para recoger los comentarios, opiniones y juicios de personajes sobre el momento o temas de interés permanente. La entrevista de semblanza es la que se realiza para

captar el carácter, las costumbres, el modo de pensar, los datos biográficos, las anécdotas de un personaje, dar una idea de cómo es, quién es y cómo piensa.

Asimismo, Bond Freaser en *Introducción al periodismo* señala que la entrevista profunda hace hincapié en la forma de hablar y de pensar de un personaje; describe sus características, su aspecto, rasgos personales, trayectoria e idiosincrasia. El objetivo principal de este tipo de entrevistas es que el lector sienta que ha conocido a la persona que despertó su interés. Mientras que para la *Nueva Enciclopedia de la Lengua y la Literatura* destaca que la semblanza permite la introducción más completa de un personaje, valiéndose de pasajes y anécdotas de su vida.

También es importante definir el término de biografía. Dallal explica que la biografía es un género literario que da cuenta de la ideología, carácter y trayectoria de un personaje de interés general, desde el punto de vista biográfico; es decir, lleva una carga de subjetividad porque interpreta los hechos de acuerdo a su conocimiento, experiencia e investigación.

Por su parte, la *Enciclopedia* menciona que, como género, la biografía exige el dominio del arte narrativo en su conjunto, así como la facilidad para introducirse en la mentalidad y costumbres del personaje, de tal modo, que el texto pueda presentarse en una forma novelada: interprete, proporcione el retrato más completo posible sobre el personaje, y, que, incluso, recree e invente aquellas anécdotas que resulten nebulosas o desconocidas.

La biografía permite la exposición de datos que reflejan el carácter y la personalidad de un personaje, a partir de su obra o creación: escritores, músicos, artistas, pintores, políticos, deportistas.

Aunque en periodismo, la biografía se conoce como entrevista profunda o entrevista-reportaje, Bond Freaser señala que esta es noticiosa en la medida que difunde los elementos que están en torno a una persona de interés público: su

opinión sobre distintos temas, su mundo interior, cómo vive y qué piensa de sí mismo, que hacen de él un retrato escrito. El periodista puede expresarse con mayor flexibilidad: interpreta, compara, describe libremente al personaje. Este género es la fusión de otros: la nota informativa, la crónica, la columna, el ensayo, ya que el reportaje se sirve de algunos géneros literarios, de tal suerte que puede estructurarse como cuento o novela corta. Y agrega que como entrevista-reportaje, la información gira en torno de una sola persona.

Por lo que se puede decir que la biografía es un género periodístico y literario, lo mismo que la entrevista de semblanza, ya que sus objetivos son los mismos: dar noticia de un personaje, su vida y obra. Ambas disciplinas se sirven de sus posibilidades de recreación, interpretación y forma; además, la investigación requiere de los mismos instrumentos: la investigación hemerográfica, documental, iconográfica, de campo, la archivonomía y la historia. Dallal dice que el margen entre estas disciplinas está en la redacción, el periodista le puede imprimir un estilo literario a la nota periodística, con el fin de mantener el interés del lector y hacer de su trabajo reporteril un trabajo artístico, pero objetivo, lo que no sucede con la literatura obligadamente.

Pero no todas las personas son objeto de una semblanza. Luis Asencio Méndez, en *La condición del periodista* indica que el personaje debe reunir ciertos elementos que lo conviertan en noticia; por lo que una semblanza debe recaer sobre una figura pública con cierta notoriedad, cuyas opiniones o actividades posean un valor indicial.

Por todo lo anterior, surge la pregunta que justifica este trabajo: ¿Qué hace de Ricardo Garibay un personaje de interés público?

Ricardo Garibay nació en Tulancingo, Hidalgo, 18 de enero de 1923. Estudió parcialmente las carreras de Derecho, Filosofía y Psicología en la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue becario del Centro Mexicano de Escritores de 1952 a 1953, donde tuvo como compañeros a Juan Rulfo y Juan José Arreola.



Comenzó su trabajo periodístico colaborando en una columna del periódico oficial de La Feria del Libro en 1942. Más tarde fue asiduo colaborador de la *Revista de la Universidad de México*, *El Universal*, *Novedades*, *Ovaciones*, *Excélsior*, *La Prensa* y hasta hace algunos años, del semanario *Proceso*, donde fue co-fundador. Obtuvo el Premio Nacional de Periodismo en 1987. Ha escrito guiones cinematográfico y obras de teatro; sin embargo, lo más sobresaliente de su trayectoria está en su trabajo literario que abarca novela, cuento, ensayo, crónica y reportaje; ha escrito casi 50 libros, y tiene cincuenta y cinco años como creador literario.

¿Pero para quién puede ser interesante la vida de un escritor tan prolífico y poco conocido? La inquietud para hacer un trabajo que pretende conocer parte de la vida un escritor como Ricardo Garibay. El interés nace luego de leer algunos de sus libros autobiográficos y porque existen pocas investigaciones acerca de su vida.

¿A qué se debe el poco interés por estudiar la vida y obra de un autor que se ha dedicado a leer y escribir desde los 17 años por encima de todas las cosas?

Esta investigación periodística tiene como objetivo indagar en vida y trayectoria a un escritor con un estilo de vida poco convencional, las anécdotas que de él puedan contarse, su desarrollo literario, su sentir sobre momentos de su vida que lo formaron como escritor, saber de dónde viene su espíritu contestatario y rebelde, y si eso ha tenido que ver con el hecho de que Garibay sea un escritor tratado con absoluto desdén.

Investigar con el propósito de ahondar en el carácter y la personalidad de este personaje tan controvertido, más allá de todas las poses que alrededor de su persona ha creado y que suelen causar reacciones de admiración o de desagrado total en la gente, a través de una serie de entrevistas y del testimonio de personas que han convivido con Ricardo Garibay, y así responder a estas preguntas e inquietudes que se han planteado.

Para ello, este trabajo esta dividido en tres capítulos: Capítulo uno: “Ricardo Garibay entre amigos”. Es la reunión de voces que describen su experiencia al lado del escritor. Una serie de entrevistas donde un grupo de personas, a partir de una lista proporcionada por él, hablará sobre los detalles que hicieron la amistad y cómo se ha enriquecido con los años. Testimonios que dibujaran el carácter de un Garibay que no se deja querer y que es querido por muchos.

Capítulo dos: “En palabras de Ricardo Garibay”. Un acercamiento más profundo al artista, donde el escritor hablará de su pasión por la literatura y de sus temores, sus odios y sus amores, sus emociones y pensamientos. Una entrevista que ofrece múltiples acercamientos a la realidad que lo conmueve.

Capítulo tres: “Homenaje”. Este apartado recopila uno de los muchos homenajes que Garibay ha recibido como escritor y que reúne a otros de sus amigos que expresan su sentir hacia él y su trabajo literario.

## **Capítulo 1**

# **RICARDO GARIBAY ENTRE AMIGOS**

## GASTÓN GARCÍA CANTÚ

**M**i amistad con Ricardo Garibay no es generacional. Yo vine hacia la madurez a vivir a México, procedente de Puebla, donde fui profesor de la universidad y colaborador del suplemento *México en la Cultura*, que dirigía Fernando Benítez.

En una de las ausencias de Benítez, el suplemento fue dirigido por Leopoldo Zea, y él llevó como colaboradores a un grupo de saberes universitarios: Luis Villoro, Emilio Uranga, Ricardo Garibay, Fausto Vega, Salvador Reyes Nevares, Joaquín Sánchez McGregor, Juan José Arreola, entre otros. Este grupo se hizo llamar Hiperión.

El Hiperión llamó la atención por sus preocupaciones filosóficas, y llevó al periodismo cultural de México una nota distintiva: el ensayo filosófico. Se dedicaron a la exploración de la naturaleza de ser mexicano. Era un grupo lleno de frescura, fuerza e inteligencia.

Juan José Arreola y yo no pertenecíamos verdaderamente al grupo; en primer lugar, no sabíamos filosofía ni la estudiábamos, éramos lo que ellos decían de la filosofía, y más aún, de la filosofía existencialista, que estaba en su momento fuerte, estábamos un poco arrimados al grupo como agregados literarios. Tampoco nos interesaba la investigación sobre lo mexicano, pero íbamos a todo lo que ellos hacían, asistíamos a las discusiones, peleábamos, nos hombreábamos intelectualmente, aunque en ese aspecto ganaban ellos.

El centro de reunión era la Facultad de Filosofía y Letras, que estaba en lo que se llamaba Mascarones, por el barrio de San Cosme. Se tomaban clases por la tarde y, comenzada la noche, era caminar y caminar por la ciudad de México, muy hermosa entonces; hablo de los años cuarenta.

Era recorrer toda la ciudad con poquísimo dinero, sin haber cenado, con cigarro; esto sí, analizando todos los problemas que hay entre el cielo y la tierra, todo. Era incesante la actividad de la inteligencia, incalculable su falta de rumbo. Teníamos la edad perfecta para sólo pensar, sólo estudiar. Eran los 20 años, así deben ser\*.

Uno de los números que hizo aquel grupo, bajo la dirección de Zea, fue conmemorar un centenario de Descartes. Fue realmente el número que marcó una señal importante en la vida cultural del país.

En ese entonces, el ruido y la notoriedad eran de Emilio Uranga, por sus temas y su inequívoca brillantez; sin embargo, la prosa más sólida ya era la de Ricardo Garibay:

El rey del Hiperión era Emilio Uranga. Prodigiosa inteligencia que no sirvió para nada, ¿cómo es posible que un hombre tan altamente dotado acabe por no hacer nada? Ha sido una de las sorpresas de la vida, de la existencia.

En una de las ausencias de Benitez, Prieto me invito a codirigir el suplemento, entonces mi proximidad con algunos escritores fue mayor. Con Ricardo se dio a través de amigos mutuos, condiscípulos suyos de la Facultad de Derecho: Henrique González Casanova y Fausto Vega. En los años cincuenta Juan José Arreola lanzó la colección *Los Presentes*. Quería editar la obra de quinientos escritores para que se leyeran entre sí.

No fueron tantos, pero el papel de Arreola si fue el de dar a conocer la nueva literatura mexicana. Uno de *Los Presentes* fue Ricardo Garibay, con "Mazamitla"; un relato espléndido en donde descubrí a un escritor que pasaba de los temas reflexivos a la descripción de la realidad, con el episodio insólito de tratarse de un pueblo.

Vi el punto de partida de tres escritores: Ricardo Garibay, Carlos Fuentes y Elena Poniatowska.

---

• Durante el tiempo que conviví con Ricardo Garibay, tuvo la oportunidad de conocer parte de lo que dijeron sobre él los entrevistado. Los párrafos que aparecen en sangría son respuesta a estos comentarios.

¿La diferencia que marcaría el destino literario de Ricardo Garibay y Carlos Fuentes? Éste se desempeñó siempre en los medios de la burguesía mexicana: por relaciones familiares, por su prestancia y por ser un hombre agradable, simpático, elegante, con dominio de lenguas, con la experiencia –para nuestro medio– de haber vivido en Latinoamérica, en Europa, Estados Unidos. Todo esto le daba un tono de universalidad del que carecían casi todos los escritores mexicanos, que, vistos desde ese punto de vista, puede decirse eran provincianos.

Ricardo Garibay es un hombre nacido y hecho en México; aquí se formó como escritor, de aquí parte su literatura. También lo es Carlos Fuentes; pero Ricardo tiene una relación, en este sentido, un poco más abierta, por universitaria, con la ascendencia de Mariano Azuela. Fuentes la tiene con Octavio Paz, un escritor que también ha vivido en Europa.

La universalidad de la literatura mexicana proviene de dos aspectos: las traducciones de los escritores que nunca han salido para residir en otro país y escritores que promueven su obra en España, Francia o Inglaterra.

Ricardo Garibay es un escritor más nacional. No es conocido en España, tampoco en Portugal; por traducciones se ha dado a conocer en otras lenguas, pero no ha llegado el reconocimiento por la frontera nacional. A Garibay lo distingue la precisión de su prosa; es un escritor que tiene uno de los mejores estilos, tiene un fondo de espiritualidad, derivada de la religión, que lo hace un doloroso hombre con un complejo de culpa por su propia vida.

Esto le da dos vías para expresarse: la más íntima, que es la expiación, y la otra: una respuesta colérica ante el mundo.

Ricardo parece un hombre fiero, pero en realidad es conmovedoramente bueno y noble. Es un muchacho que reaccionó con una respuesta enérgica, audaz, a veces atrevida, contra la terrible complejidad y brutalidad de nuestro medio.

El medio literario mexicano no está hecho para los hombres buenos. Es por eso que Ricardo aparece realmente con el rostro de hombre fiero, iracundo, de respuestas a veces

insolentes. No es más que una cobertura para que no lo deshagan y para no deshacerse él mismo.

He sido amigo de los dos Ricardos, del endurecido y del ennoblecido. De mis amigos, es el que tiene la virtud de preguntar lo que no sabe.

En este medio casi todos aparentan saber lo que ignoran, decir lo que no saben, referir lo que no tienen prueba. Gran parte de los escritores posee un conocimiento oral, pero muy pocos conocen realmente lo que dicen; más como en nuestro medio se asienta la plaza de sabio, de inteligente y de conocedor, la gente cree que un hombre así es una enciclopedia parlante: le preguntan de todo y generalmente nadie sabe nada o, como decía Reyes: "Todo lo sabemos entre todos".

Ricardo sí pregunta: "Oye, qué es esto, qué quiere decir esta palabra que no encuentro en castellano". Es tal su sapiencia en el buen castellano, que cuando se encuentra un mexicanismo no sabe qué palabra es.

Cuando por teléfono me pregunta: "¿Qué quiere decir esta palabra?", pues ya sé que debo buscarla en el diccionario de mexicanismos de Santa María, un grueso tomo donde están recogidos.

Un escritor depende siempre del número de palabras que conozca, de la perfección de los sustantivos, cómo nombrar las cosas, ésa es la lucha diaria con la página en blanco; no sólo el adjetivo.

Muy pocos escritores nuestros poseen la disciplina y la paciencia de Ricardo ante el sustantivo. Su prosa está tan bien construida que no revela este camino ni esta conquista.

Su poder de escritor como Ricardo, consiste en haber ampliado el conocimiento del idioma.

Ricardo es uno de los amigos más humildes que conozco, porque pregunta de historia y de política, cuando él, en su trayectoria, ha tratado a muchos hombres poderosos: presidentes, secretarios de estado, gobernadores. El retrato que hizo de Díaz Ordaz, donde cuenta la vejación del presidente a Agustín Yáñez, es una página imborrable, tan brillante y precisa como algunas de *El Águila y la Serpiente*; porque ahí no hubo reflejo, es el mismo

ámbito: el poder, el hombre que lo ejerce y el infeliz que está frente a él; porque cualquier mexicano, por más digno e íntegro que sea, frente a un presidente –y si éste es un majadero como era Díaz Ordaz– es un infeliz. Entonces, Ricardo, de todos los escritores mexicanos, salvo de Martín Luis Guzmán, ha sido el único en observar el poder, pero no para hacer asociaciones históricas ni desprender lecciones políticas, sino ver el poder en la acción personal del gobernante, en su comportamiento, y esto es realmente un tesoro de conocimiento de la condición humana.

No tengo la menor duda de la precisión que tiene Ricardo para desprender de su observación del otro alguna señal, alguna sombra de su conducta; eso lo hace un escritor de raza, un verdadero escritor.

Gastón García Cantú es un hombre menos alto que yo, cosa que ya es un defecto grande; es panzón, lo cual también es otro defecto grande; pero junto a estos dos defectos grandes, ser pequeño y ser panzón, tiene un alma sumamente vigorosa, sumamente limpia. Es un liberal a la manera del siglo pasado; pero de modo cabal, hasta el fondo. No se contradice nunca en su ideología o en el trazo de sus ideas; es profundamente patriota y conmovedoramente amigo. Uno descubre de pronto que Gastón García Cantú está muy preocupado por algo personalísimo, de uno, no de él; y dice uno: “Caramba, qué extraño que ande preocupándose por mí, como si yo fuera él”.

Es un hombre que vale la pena muchísimo, tratado con sólida injusticia en nuestro país, sólida injusticia. ¿De dónde viene?: de que el hombre no cesa nunca, no se vence, o de la estricta envidia, o de cualquiera de las dos cosas; pero si alguien tiene que hacer exaltación de la personalidad de García Cantú, ése soy yo. No nos debemos nada y nos debemos el cariño recíproco, esto sí.

Un hombre puede hacer y deshacer su vida, tener tropiezos, cometer errores e imprudencias; todo eso es secundario por las horas, los días, los años en su escritorio con el desafío de la página en blanco, llenándola todos los días, las semanas, los meses y los años.

De tal manera que Ricardo tiene toda una vida así, vivida en muchos aspectos de



manera excepcional, que agrada a unos, será condenado por otros, pero una vida apasionante; porque ese desafío ante la página en blanco lo ha colmado de aciertos.

*Beber un Cáliz*, libro trágico de confesiones, no es más que la lucha frente al padre, contra el padre, con el amor al padre y, además, el temor a su autoridad. Es el gran desafío de donde deriva la conciencia del poder.

Todos los hombres que han padecido la autoridad paterna, cerca o lejos del padre, son adversarios del poder en México, critican al profesor y no aceptan la autoridad. Los malos padres, creo son la mayoría, han fomentado el anarquismo en México de una manera que no sospechan, pero hay un rechazo a la autoridad absoluto, porque no saben ser padres.

*Beber un Cáliz* es una expiación.

No sé si *Beber un Cáliz* sea un acto de expiación, tal vez. ¿Qué gano con saber si es un acto de expiación o no, qué gano? Lo que busco es hacer literatura con eso. Si la consigo, bienvenida.

La naturaleza del acto o del impulso que me lleva a escribir me tiene sin cuidado; lo que importa es lo que se hace, lo que queda hecho, y en un escritor lo que importa es lo que escribe.

La brutalidad del medio está demostrada en *Par de Reyes*, que es la violencia cotidiana, ocasional, histórica, pero a fin de cuentas violencia; el papel que tienen algunas funestas madres mexicanas que inducen a la violencia.

La picardía, la dureza, la trampa son su monólogo en *Las glorias del gran Pías*.

De todos mis amigos, Garibay tiene la apariencia del más fiero a pesar de esa apariencia de hombre jubilado, un poco vagabundo, con el tiempo suficiente para desperdiciarlo en cualquier parte. Tiene una intensa vida íntima pero no una intensa vida social.

Ricardo busca ser reconocido por su obra en el medio intelectual, y la gente se da cuenta de quien tiene talento pero no lo reconoce, no lo acepta. Ya que se muera entonces sí: "Ah qué grande era". No era ni grande ni pequeño, ni mejor ni peor. La miseria humana hace

que el hombre se vaya a la tumba sin que le hayan dicho: "Hombre, qué gran escritor es usted, que página soberbia". Nadie lo dice porque el otro no existe, pero existe el otro a pesar mío, y eso es una forma de envidia.

Garibay ha sido reconocido por sus lectores. Ésa es la conquista silenciosa del talento. Donde menos se lo espera sale alguien diciendo: "Hombre, es el autor de ese libro". He presenciado en algún restaurante que alguien se levanta y le diga: "Usted es Ricardo Garibay, yo quería conocerlo porque he leído su libro".

El reconocimiento llega por dos partes: el oficial o del lector, y ningún escritor sensato buscaría lo primero por lo segundo. Lo valioso son los lectores, y ése es un grupo anónimo siempre. Lo importante es la obra que modifica la naturaleza humana; va haciendo ver las cosas gratas o ingratas de la vida, y ese conocimiento, esa comprensión, es realmente lo que crea la cultura de una época. El escritor modifica la conducta de la gente sin que siquiera lo sospeche. Ésa es la gran aportación espiritual, el reconocimiento público sale sobrando.

La amistad con Gastón García Cantú me da esta instancia de seriedad que es él. Es un hombre muy poco frívolo, todo en él; todo lo que contempla. ve. estudia, está lleno de gravedad, y lo que da la amistad con Gastón es el sentido de la gravedad de la vida, la gravedad de los días que se viven. Nada es indigno de atención en Gastón, nada es pasajero, todo lo toma como cosa definitiva, así lo ataca, así lo propone: inclusive, a veces uno piensa en contra, porque la gravedad de Gastón casi toca la frivolidad; todo debe ser tan serio, tan grave, tan considerable, que uno se fastidia. Es un hombre muy poco lúdico, no sabe jugar; esto sí, a veces cansa; pero a cambio está la seriedad, la robustez en la contemplación de los problemas, la veneración con que ve la vida.

A ningún escritor le viene mal que lo elogien públicamente y Ricardo tiene lo suyo: es el único escritor contemporáneo vivo que tiene ya una calle con su nombre, tiene un

premio extranjero. No es un hombre que esté olvidado. Que no tiene la notoriedad de otros escritores, es cierto, pero hay muchas horas invertidas en la notoriedad; esa sagaz política literaria de hablarle al que pueda hacerle sonar el nombre, de simular amistad a quien pueda repetir que somos genios, talentos excepcionales. Garibay no hace eso, es muy auténtico.

La amistad, entre otras cosas, para que perdure, tiene que ser ondulante como la vida. A veces tenemos la imperiosa necesidad de hablar con un amigo y a veces pasan tiempos, épocas, en que ese amigo no nos hace falta; pero consuela saber que ahí está, que si uno le habla y acude a él habrá respuesta afectuosa.

Con Ricardo he tenido épocas de aproximación y distanciamiento. Desde hace unos seis años a la fecha nos hemos descubierto uno al otro, porque la obra de uno y otro, distinta no contraria, diversa, de alguna manera forma parte del tiempo que hemos vivido.

Es un reconocimiento mutuo.

De perder la amistad de Gastón, sufriría yo; echaría de menos una especie de paternidad en un amigo que me orienta por el rumbo de la pulcritud espiritual. Sería muy lamentable.

Estoy haciendo un elogio como pocas veces lo he hecho de un amigo.

**Gastón García Cantú, catedrático, escritor y analista político, nació en la ciudad de Puebla. Entre sus obras destacan: Los falsos rumores (cuentos, 1955), Utopías mexicanas, (ensayo, 1963), Torre de Marfil, antología de artículos periodísticos, 1983; Los intelectuales y el poder en México (1994). Actualmente es editorialista del periódico *Excélsior*, colaborador cultural de la *Revista Siempre!* y director del Departamento de Difusión Cultural de la UNAM. Recibió el Premio Nacional de Periodismo 1997, en la modalidad de Artículo de Fondo.**

## JOSÉ MARÍA FERNÁNDEZ UNSAÍN

**C**onocí a Ricardo Garibay primero por sus libros; y después cuando ingresó a la Sociedad General Mexicana de Escritores (SOGEM) y fue nombrado delegado del Congreso Mundial de España, hace 25 años.

Ricardo me parece uno de los escritores más extraordinarios que hay en el país; como persona es detestable, tiene la capacidad de ser absolutamente antipático y odioso. pero posee la misma capacidad para ser totalmente encantador y seductor.

Conmigo siempre ha sido seductor; desde el primer momento que nos conocimos nos hicimos amigos porque nos caímos muy bien; pero en su programa de televisión, con el kimono espantoso que usaba, se veía absolutamente odioso.

Es un tipo excepcional, un hombre sumamente apacible, interesante y talentoso. No soy exagerado en los elogios, lo que digo de Ricardo es cierto, yo lo amo y mucho.

José María Fernández Unsaín es un argentino que hace de la amistad una forma de amor. La espléndida tarea que ha llevado a cabo al frente de los escritores mexicanos es impagable; aunque es insoportable, no hay manera de aguantarlo, su vanidad, su agresividad, la comedia del odio que hace con todos sus amigos, ¡maldito! Pero es un encanto hablar con él, estar con él.

Los años de amistad no han permitido pelea o fricción, porque tenemos intereses comunes: la literatura y el ser escritor. Compartimos sentimientos por los cuales hemos luchado, cada quien en su ámbito, y no hemos tenido la oportunidad de rompimientos.

Nos respetamos, pero sobre todo nos queremos; peleamos mucho en broma, porque jugamos la novela, como dice él, del amor-odio y, como los dos tenemos sentido del humor, nos decimos cosas horribles. Cuando lo he necesitado me ha respondido plenamente, y

cuando he tenido que ayudarlo de alguna manera lo he hecho sin el menor reparo. Hemos sido generosos el uno con el otro.

La amistad con Fernández Unsain me dá la certeza de que si me acerco a él, detrás de la máscara de la comedia del odio hay un hombre que me estima.

No le debo nada, no me debe nada, simplemente estimación; gana de vernos de cuando en cuando, gana de reír un poco hablando mal de los demás.

Recuerdo cuando estábamos en el Encuentro Nacional de Escritores de Cine y él era uno de los participantes. Como trabajábamos mucho, les pedía que se durmieran temprano, que no vagaran, ya que al día siguiente había que laborar temprano. Me iba a dormir después de cenar y leía un ratito antes de dormir: cuando apagaba la luz, Ricardo, que me espiaba, se reunía en los otros búngalos y decía: "Ya se durmió el viejo narco, vamos al búngalo 13", y ahí se ponían hasta el *gorro*.

Cuando lo operaron de la próstata. Fui a verlo al hospital después de la operación; ya estaba ahí Gastón García Cantú con Martha Robles, visitándolo.

—¿Cómo te sientes? — le pregunté.

—Me siento muy mal.

—Por qué, si te veo muy bien.

—Este desgraciado de Ortiz Quesada me cortó 16 centímetros de pito.

—Bueno, Ricardo, no te desconsueles, te quedan dos centímetros.

—Sí, tiene razón José María —dijo Gastón García Cantú con la seriedad que lo caracteriza—; te voy a arreglar las cosas con las enanas de Reino Aventura; ahí vas a estar bien con dos centímetros.

Ha cambiado el sentido de la anécdota, ahora dice con toda desfachatez: "Pues nada, es una desgracia, me cortaron 16 centímetros de pito en la operación, pero me quedaron 28. De todas maneras, no soy lo que antes fui ". Ése es el sentido del humor que caracteriza a Ricardo, la tristeza y melancolía no son actitudes que pueda ver uno en él. Se le puede ver enfurecido; es una actitud emocional mucho más común en él la ira, que la tristeza.

Ricardo es un hombre airado, irascible, de mal carácter, pero al mismo tiempo un hombre capaz de enormes ternuras.

Si no volviera a ver a Fernández Unsaín tendría que decir: “¡Caramba, aquel argentino de mierda tan querido y que ya no está! Qué lástima”. Yo diría eso.

Garibay es un escritor a la altura de los mejores de México. La gente sabe que es un buen escritor, muchos lo sabemos, pero no todos lo valoran así, y ése es un motivo perfectamente explicado de su irascibilidad.

Ricardo es un hombre con estilo, con imaginación, con fuerza; un importante constructor de textos, su capacidad noveladora es de primer nivel, su idioma es lujoso, valioso; de modo que es un escritor de absoluta y primera fila.

No somos muy afectos a dar reconocimientos en esta profesión, hay canibalismo. La ascensión a los primeros lugares, al pináculo, la emprende mucha gente al mismo tiempo, de tal manera que se amontona en la subida, se golpea para quitar del camino a los otros. Es difícil la convivencia y la aceptación de un escritor importante como él, al cual no le ha ayudado en lo más mínimo su carácter. Garibay no sabe hacer política de escritor, no husmea en los vericuetos de las bondades que hay que tener o simular, de las bondades que hay que usar para que los demás lo consideren a uno. Ricardo ha sido un embajador detestable y, también por su carácter, no ha sido considerado como lo que realmente es: un señor escritor.

En Ricardo no admiro nada, porque si confieso mi admiración por él se va a crecer; si sabe que soy su admirador no lo voy a aguantar, se va a poner insoportable.

El insoportable es él, yo soy casi un santo, coño; el pecador es él, bribón. Es insoportable y es un hombre muy inteligente, que perdió las estupendas dotes que tenía en hacer dinero, en hacer churros para el cine mexicano; habría sido un gran poeta, casi lo va consiguiendo ahora, pero a destiempo.

Perdió muchos años en el cine, con las hembras y las películas; pero está ahí, es un amigo sólido, digno, verdaderamente digno de estimación, y de los poquísimos que me quedan.

Como amigo no hay nada que reprocharle, es muy leal. Como escritor, además se lo he dicho muchas veces, le reprocharía su exceso de producción; debería escribir menos, revisar más, ser más riguroso consigo mismo en sus publicaciones, pero es un hombre con tal capacidad de escritura, con tal lujo de facilidad para escribir, que no se detiene en eso.

**José María Fernández Unsain (1925-1997).** Poeta, dramaturgo y director de teatro argentino; nació en la ciudad de Santa Fe. Se estableció en México en los años cincuenta y desde 1968, hasta su muerte, presidió la Sociedad de Escritores Cinematográficos, que actualmente conocemos como la Sociedad General Mexicana de Escritores (SOGEM). En 1983 se le otorgó la medalla El Águila Azteca, por sus servicios prestados al país. Entre sus libros de poesía destacan Este es el campo (1942), y Libro del mucho amor (1996).

## VICENTE LEÑERO

**L**eí *Beber un Cáliz* luego de su publicación, en 1965. Así conocí a Ricardo Garibay como escritor; después trabajamos juntos en *Excelsior*, hace más de 30 años.

Tenemos una larga amistad nacida de intereses comunes; uno de ellos, la literatura, y otro, el periodismo, entendido como un quehacer sobre la realidad que hemos practicado los dos en diferentes formas y en diferentes momentos.

No sé cómo han transcurrido esos años de amistad de los que habla Vicente. Serán del hombre que se ve allí, que se ve como amigo, pero con el que nunca habla usted. Nos junta la literatura que buscamos hacer, él lo suyo y yo lo mío: pero no nos junta un trato personal, nunca lo hemos tenido.

No creo en Ricardo como hombre malo, como hombre violento, ni siquiera en sus desprecios a tantos escritores. Ricardo Garibay es el caso del escritor, de alguna manera solitario, en relación con los medios literarios, no así con los políticos, los sociales, los públicos; pero sí fue un hombre que no creció a lado de ningún grupo, de ninguna línea, y eso me entronca mucho con él.

Vicente es un hombre con relaciones muy firmes; yo no, en la medida en que las pierdo no las renuevo, las pierdo simplemente.

No fue amigo de escritores como Carlos Fuentes, Octavio Paz, Fernando Benítez; incluso, siento que se le desdeñó mucho tiempo como escritor, cuando el ambiente literario mexicano estaba gobernado por una mafia —como la llamábamos— encabezada por los



mismos Benítez y Fuentes, que tenían tentáculos hacia muchas revistas, como *Revista de la Universidad*, *Revista Literaria*, *Revista de Jóvenes*.

Garibay siempre permaneció al margen de ellos, trató de imponer su valor como escritor a partir de sus textos y no de la sociedad de muchos halagos. Eso lo hizo crecer como un escritor solitario, muy aspavientoso, enojado, falsamente enojado.

Creo que cabe en Ricardo el resentimiento legítimo de un hombre que ahora debería tener el Premio Nacional de Letras, mucho antes de los que lo han obtenido más jóvenes que él, pero no se le otorgó; hay que reconocer que es uno de los puntales de la literatura mexicana, de la generación de los años veinte a la que pertenece.

Es un escritor muy prolífico con las palabras, con un extraordinario oído. Pienso que una de sus grandes virtudes ha sido su capacidad para escuchar el habla popular, el habla clasemediera, y registrarla en sus libros.

Da la impresión, cuando uno lee algún texto de Garibay, que se puede morder como una fruta. La prosa de Garibay es una prosa tangible, rica, llena de sustancia. Lo admiro profundamente.

Entre Vicente y yo existe la admiración: se la agradezco; pero no hay amistad en la medida en que, voy a ser absolutamente veraz, no hemos intercambiado ni veinte frases en toda la vida. Lo he visto unas cuatro o cinco veces en mi vida y no ha habido ni veinte frases entre los dos.

De Vicente Leñero puedo decir que es un trabajador bueno, severo, tiene vocación literaria auténtica, y eso es respetable.

Creo que no nos podríamos de acuerdo casi en nada.

Ricardo Garibay es un amigo difícil, no tenemos una amistad fuera de lo literario. Cuando nos vemos, cuando nos veíamos, lo hacíamos para hablar de literatura o de periodismo; ése es el tipo de relación que tenemos.

En *Excélsior*, él lo suyo y yo lo mío, nada más. Vicente mandaba en *Proceso*, yo entregaba mi trabajo, él lo cuidaba y le daba buena salida: yo lo agradecía siempre.

No hay diálogo entre él y yo; además, somos sumamente diferentes, no veo cómo podría haber diálogo. Siempre fuimos diferentes, en la manera de ver el mundo, de hablar. Vicente es un católico observante en serio y yo no; ahí la pugna es muy fuerte, él es un hombre con credo, yo no.

Lo considero, es diez años mayor que yo, un hombre muy preocupado por lo que escribe.

En esos niveles uno puede entablar una gran amistad, no en los juicios políticos y literarios que hace Garibay a muchos escritores, pero sí en el amor a la literatura.

Garibay es una persona que no se deja querer fácilmente; parecería que no se deja querer y es muy querido por mucha gente a través de sus libros.

Siempre he tenido la impresión de que a los escritores hay que leerlos aparte de conocerlos. A veces uno tiene gran amistad con escritores que no son tan buenos como escritores y poca amistad con los que sí lo son, con los que son muy diferentes.

Garibay ha colaborado en *Proceso* desde que surgió: ahora está en receso, está metido en su casa de Cuernavaca, con sus proyectos, escribiendo mucho, paladeando la escritura, hablando de literatura.

Vicente Leñero nació en Guadalajara, Jalisco, el 9 de junio de 1933. Dramaturgo, narrador, guionista de cine, reportero, articulista y crítico. Fue director de la revista *Claudia, Revista de Revistas*; subdirector de *Proceso* desde su fundación hasta 1996 y colaborador de *Excélsior*. Premio Mazatlán de Literatura en 1987, por Puros cuentos, Premio Nacional de Literatura Juan Rufz de Alarcón, por su trayectoria como dramaturgo en 1992. Entre sus obras destacan: La polvadera y otros cuentos, (cuentos, 1959); Cajón de sastre (cuento, 1981); Viaje a Cuba (ensayo, 1974); Juntos por pecadores (guión cinematográfico, 1981); Los albañiles (teatro, 1963); Los hijos de Sánchez (teatro, 1872); Nadie sabe nada (teatro, 1988); La noche de Hernán Cortés (teatro, 1992); La voz adolorida (novela, 1961); Los periodistas (novela, 1978); Talacha periodística (reportaje, 1983); Asesinato (1985).

## SANDRO COHEN

**R**icardo Garibay y mi maestro Rubén Bonifaz Nuño son amigos desde la juventud; pertenecen a la misma generación, estudiaron la preparatoria juntos, la universidad; después iniciaron sus primeros años como escritores y luego la vida los fue separando.

Cuando por fin llegué a conocer a Ricardo Garibay en persona, me pareció como si ya lo conociera, por la cercanía con mi maestro, aunque empecé a tratarlo más de cerca mientras trabajábamos en el programa de televisión llamado “Caleidoscopio”. Trabajar con Ricardo no es tan difícil como la gente piensa; si es un oso, pero de peluche, que hace ruido. Parece un hombre déspota, pero más que déspota es muy exigente y no se mide cuando reclama; sin embargo, jamás tuve ningún problema con él durante las sesiones de trabajo.

Ricardo suele despertar reacciones extremas en las personas, porque es un hombre intenso, con opiniones fuertes; casi nunca sufre de medios tonos. Cuando otros dirían tal vez o quizá, tomando en cuenta esto o lo otro, Ricardo es categórico; incluso, lo he visto ser categórico de dos maneras contrarias sobre exactamente el mismo asunto. Él puede creer que es azul, pero si tú lo convences de que es rojo, dice: “¡sí, es rojo!”. y no han mediado ni cinco minutos.

Garibay es un hombre apasionado, y si logras que vea tu punto de vista, será tan igualmente apasionado en su nueva opinión. Esto no pasa todo el tiempo con él, que suele meditar sus opiniones, sobre todo cuando se trata de asuntos de mayor peso. Aun así, no es una persona que jamás cambie de idea; sus ideas las defiende con pasión.

Es normal en Ricardo despertar estas reacciones tan fuertes, porque si a mí me gusta tal autor, y Ricardo dice que es basura, lo más seguro es que me produzca cierto enojo.

Como ser humano siempre me ha simpatizado; es una persona que defiende las causas humanas más nobles.

En una ocasión llegamos a una fiesta después de un acto literario, y Ricardo llevó una caja de vino francés, una sola marca, una sola cosecha. No sé cuantas botellas eran, pero las tomamos todas entre quince personas aproximadamente, era un vino delicioso. No volví a pensar en esa reunión hasta que me encontré en una tienda de vinos y vi la misma cosecha, el mismo vino, vi el precio y me fui de espaldas. Me di cuenta de los millones de pesos que había gastado en poner vinos para la reunión. Entonces pensé: es extremadamente generoso o extremadamente apasionado con el vino para querer compartirlo con los amigos. Eso es típico de Ricardo, tira la casa por la ventana, no tiene medias tintas, no hay medios tonos con él, es todo o nada. Es incondicional como amigo; para él ser amigo es serlo ciento por ciento.

Una vez di una conferencia y alguien me preguntó sobre mi padre, y no pude contener el llanto delante de un montón de gente. Al salir, me alcanzó Sandro Cohen, me estaba hablando de esto y lloró, se le llenaron los ojos de lágrimas.

Perdería eso, si perdiera la amistad de Sandro Cohen: un hombre verdaderamente bueno, verdaderamente sensible, que puede llorar por la muerte del padre o por la muerte del padre de otro, ése es mi amigo.

Del escritor que es Ricardo admiro su oído, su manera de recrear el alma humana en los diálogos; conoce muy bien el peso específico de cada palabra, es un maestro de la frase.  
Un maestro admirable

Yo estimo mucho a Sandro Cohen: primero, porque es judío y quiero mucho a los judíos. Es la única raza que ha vivido en serio en el mundo; segundo, son paisanos de Jesucristo, es gente muy suave: es la sabiduría de más de dos mil años de persecución; el espanto, que casi cuenta como síndrome ante cualquier rechazo, los hace profundamente dignos de amor. Es una raza que en el infortunio se ha venido depurando hasta ser súper inteligente.

Me gustaría ser judío de sangre, me gustaría tener esa estirpe; no la tengo, no lloro por eso, coño, engrandezco la mía, pero me gustaría ésa, ¿por qué no?

Lo que he aprendido de Ricardo es hacer todo con pasión. En lo personal no quisiera escribir como él, porque sé que no podría hacerlo, tampoco quisiera vivir como él, porque no sería auténtico de mi parte. Lo que sí he aprendido de él es elegir una actividad y realizarla a plenitud, sea la vida, sea la literatura, sea comer. Hacer todo a plenitud.

Es difícil saber si alguna vez le enseñé a Ricardo algo más allá de un dato. Tal vez le sorprendió mi calma ante algunos embates que sufrí durante la grabación del programa, o nuestra manera de lidiar o discutir en buena lid. Pienso que el hecho de que haya sido así radica en que la gente de su generación tiene muchos conocidos y, a la postre, pocos amigos. Los amigos de su propia generación han muerto o se han alejado por causas naturales de la vida.

Un día te despiertas a los 70 años y descubres que tienes pocos interlocutores; entonces te topas con un interlocutor que es más joven, con otro trasfondo humano, social, intelectual: la experiencia puede ser enriquecedora. Tal vez eso pasó entre nosotros. Soy de otra generación, con otro fondo social, me crié en otro país, con otro idioma, otra cultura, pero he llegado a México en este momento y soy escritor.

Probablemente lo que Ricardo ve ahí es algo diferente, poco común, y eso le parece atractivo. Por esta razón, muchas veces me pregunta: ¿y cómo reacciona un gringo si dicen tal cosa, o cómo trataban a los negros en Nueva York en los años cincuenta, cuándo ta-ta-ta? Me ponía situaciones que él no podía interpretar; necesitaba otros ojos, con otra cultura para asimilar lo que necesitaba resolver en ese momento.

En el plano personal Ricardo es todo lo contrario a lo que aparenta en público. En público es este monstruo categórico, demoledor y agresivo; en la vida real es muy cariñoso, simpático, le encanta contar anécdotas. Es muy agradable.

Ricardo y yo hemos sufrido diferencias de opinión, y las consecuencias de malos entendidos, pero esto es común en cualquier trato humano. Muchas veces el hombre vive según códigos. En alguna ocasión Ricardo leyó un poema mío en la televisión, cosa que le agradezco mucho. Después del programa me preguntó qué me había parecido su lectura de mi poema, e inocentemente le contesté que era curioso porque yo jamás lo habría leído así.

Para Ricardo fue un código, una clave que significaba que no me había gustado, que despreciaba su lectura; lo cual no era cierto, simplemente quería decir que era otra manera de darle vida al poema. Ricardo lo entendió al revés, después me enteré o entendí que por eso me había separado del programa; las razones que se me habían dado eran otras. Tiempo después nos volvimos a encontrar y me lo dijo, me fui de espaldas porque no me lo esperaba, y jamás me pasó por la mente que por eso pudiera molestarse conmigo. Si algo no me gusta lo digo y ya; no voy a elegir una manera tan tortuosa de decir las cosas.

Considero que Ricardo Garibay es un escritor singular en México y el mundo. Es una figura sin la cual no se entienden las letras mexicanas del siglo XX, es un eslabón fundamental en nuestra narrativa.

Garibay es un escritor importante y tiene que figurar junto con Carlos Fuentes, Luis Spota y una serie de narradores que ha ido formando ese mosaico de lenguajes, de situaciones, de actitudes literarias de los nacidos en los años veinte, que ahora son nuestros decanos.

Creo que no debo figurar con otros escritores en este mosaico; debo figurar yo solo; pero está bien, se lo agradezco. es lindo.

La obra de Garibay toca demasiadas bases y ha evolucionado en varias direcciones. porque hay una búsqueda espiritual, sociológica, política; y cada búsqueda tiene su evolución.

No sé por qué a Ricardo no se le ha dado el reconocimiento que merece; supongo que será por razones políticas. Él ha tenido relaciones muy claras, abiertas, con ciertas personas de la política: presidentes, secretarios de Estado, y es posible que no hayan querido premiarlo para no dar la impresión de que para recibir el Premio Nacional de Letras hay que ser aliado de tal o cual presidente.

Pienso que, más tarde que temprano, lo reconocerán, aunque la mayor satisfacción de un escritor es que lo lean, más que un homenaje o reconocimiento oficial, y Ricardo es un autor que puede vivir de sus regalías, eso quiere decir que sí es leído

Sandro Cohen nació Newark, Nueva Jersey, E.U., el 27 de septiembre de 1953. Radica en México desde 1973. Se naturalizó mexicano en 1982. Poeta, ensayista, traductor y crítico literario, ha sido coordinador de talleres de poesía en *Punto de Partida* y el INBA. Ha colaborado en *El Universal*, *El Nacional* y *Excélsior*. Entre sus publicaciones destacan: Palabra nueva: dos décadas de poesía en México (antología, 1981); “Poesía mexicana de 1975 a 1990: De la abundancia raquítica a la escasez saludable o ¿dónde están los poetas?” (ensayo, 1992); Pena Capital (crónica, 1992); Autobiografía del infiel (poesía, 1980); Línea de Fuego (poesía, 1989); Redacción sin dolor, (Texto didáctico, 1994).

## FROYLÁN LÓPEZ NARVÁEZ

**E**n 1965 entré a trabajar al periódico *Excelsior*; una semana después, se incorporó a las páginas editoriales un joven llamado Ricardo Garibay. Así nos conocimos, así nos hicimos amigos.

Si uno conoce a Ricardo y lo ha leído lo quiere mucho como amigo; si no lo ha leído y nada más lo conoce, se dará cuenta de que es un señor muy difícil, con frecuentes acciones de energúmeno: muy presto a conversaciones que importen, muy indispuesto a la alabanza y al reconocimiento inmerecido; ajeno a la lisonja, con el interés de que los minutos sean fuertes, ya sea en la ironía o en la mordacidad, en el sarcasmo o en la ternura, que se da muy en el fondo de su ser y deja salir muy pocas veces.

A Ricardo, como toda persona de letras, de emociones fuertes, se le han ido podando las amistades. Yo tuve la alegría y la dificultad de ser su amigo íntimo muchos años. Nos confiábamos penas y regocijos, ilusiones y frustraciones; nos contábamos los amores, y teníamos el empeño de comunicar con mucha confianza alguna emoción que fuese trascendente.

Digo que tuve la alegría y la dificultad de ser su amigo íntimo, porque los amigos de intimidad se cuentan los triunfos y los encuentros; pero también se relatan y pormenorizan los enfados, las rupturas, los desencantos y las manías.

En dos o tres ocasiones Ricardo tomó el teléfono, una de ellas cuando le hicieron alguna cirugía menor hace un par de años. Me llamó lloroso, angustiado, también iracundo, porque siendo una operación sin riesgos mayores, hubo complicaciones y el médico le dijo que estuvo a punto de perder la vida; me decía entre sollozos: "Pero cómo me iba a morir sin darme cuenta, ¿tú sabes lo que es eso?"

Las reuniones con Ricardo siempre eran de alegría y de crítica inteligente.



Conmigo era muy festivo, alharaquiento y juguetón. Muchos años lo trate así, tuve muchos desvelos con él. Bebía con gusto y alarde, y más de una vez, aparentemente, se le pasaron las copas, cosa que no le creía. Más bien su euforia, sus meditaciones, su satisfacción de las horas que pasábamos juntos le llegaban a una satisfacción que, a partir de ese momento, se ausentaba fingiendo estar con más copas de las que resiste el cerebro.

Entre los malestares de Ricardo, que no siempre podía manejar, estaba su hipocondría oportunista, y hubo ocasiones en que sus miedos lo arrebataban, lo secuestraban y entonces era difícil lidiar con él. De vez en cuando hubo situaciones muy violentas, porque encontraba a alguien que no le caía del todo bien o decía cosas que no le gustaban y lo encaraba violentamente, a veces con provocaciones o insinuaciones al pleito. Una vez ocurrió esto con Raúl Cremoux y un cantante chileno, a ambos los increpó violentamente, los incitó a los golpes, que por supuesto no se dieron, sobre todo por mi intervención. Ricardo era gentil conmigo, me hacía mucho caso; yo lo serenaba e impedía que ocurrieran cosas ingratas por sus estampidas emocionales.

La amistad de tantos años con un hombre del carácter de Ricardo se mantiene no haciéndole caso, sino reconociendo la almendra, la ternura, la buena voluntad; como dice su amigo Julio Sherer, de quien habla y reniega. Julio dice que no cree en nadie que no sufra. y Ricardo es un alma que sufre, que adoptó y asumió las tristezas, los menoscabos de la vida.

Ricardo es un hombre de impaciencias, de intolerancias, de apetitos fuertes que le crean sufrimientos, malestares, irritaciones, violencias interiores; y quienes sí lo conocemos, que somos pocos, sabemos que no es su ánimo reñir, ofender ni menoscabar.

Aunque parezca lo contrario, en el fondo su gana de vivir con seriedad y pasión es lo que lo lleva a esas explosiones tan iracundas e irreverentes. Eso dificulta, cuando se dan esos trances, el trato con él.

Las desavenencias en nuestro caso han sido por asuntos profesionales. Su salida de *Proceso* es realmente la ruptura. Los desacuerdos en el trabajo nos han distanciado, no por enojo personal, sino por tomas de posición. Los amigos se tratan, un hombre ve a su amigo

constantemente, lo busca; dejar de buscarnos no significa que se ha congelado la relación y que haya pleito en uno y el otro.

En un encuentro dijo que a mí sí me quería mucho, que a Julio Sherer no; pero sé cuales son los desafueros locos de Ricardo, le tomo en cuenta eso, su buena fe y su cordialidad, conmigo al menos.

Julio Sherer se negó a hablar de mí, así como yo me negaría a hablar a propósito él. No lo estimo. Lo estimaba; él a mí, no. Julio es capaz de hacer toda suerte de porquerías por la maldita vocación periodística. Cambia una noticia por cualquier cosa, por valioso que sea lo que tenga enfrente.

Busqué 26 años su amistad, no la recibí; basta, no quiero nada. La amistad debe perdonar todo, menos la falta de amistad.

Siempre quise ser su amigo, pero Julio siempre prefirió otras cosas, y dejémoslo con sus intereses, no sé cuáles sean, pero que los tenga, que los disfrute, que los explote donde yo no lo vea; no me importa.

Dejé de publicar en *Proceso* por las porquerías de Julio Sherer. Así, nada más.

Hablando de las explosiones de Ricardo, una vez en Santiago de Chile, en una gira con el presidente Echeverría, estaba cerca de nosotros un excelente reportero, Manuel Mejido. Manuel quiso saber qué le preguntaríamos al presidente, ya que iba a llegar minutos después. Ricardo no le dijo nada, yo sí le escribí algunas preguntas en su libreta.

Más tarde llego Fausto Zapata y Manuel le paso la libreta, le hace saber que yo soy el de las preguntas; llega Echeverría y, rompiendo protocolo, Mejido pregunta primero; el presidente se enfurece; entonces, dice que los periodistas nos creemos independientes, pero somos dependientes de la máquina de escribir y del papel, y amenaza al periódico *Excélsior*; amenaza que después, cobarde y abusivamente, cumple.

En ese instante Ricardo, que estaba muy cerca de Echeverría y oyéndolo todo mundo, me dice:

–Párate, Froylán– me toma del brazo y me jala–. Este hijo de la chingada nos está amenazando, vámonos.

Lo hizo ante la audición de todos.

Lo mismo le pasó en Cuba. también con Echeverría. Regresábamos de un viaje de 40 días y algo semejante dijo el presidente. Garibay se encrespó y respondió con injurias. Me levante y lo jalé.

En Nueva York, Garibay, por supuesto, discutía y defendía al donador de sus mil guayaberas, Luis Echeverría. Caminábamos en Manhattan y, de pronto, apareció un par de atractivas y lujuriosas neoyorkinas. Las vimos, pero no las aludimos; cuando estaba a mi costado el par de guapas mujeres, sin venir a cuentas, Ricardo volteó y les dijo: "Hello ladies"; y las *laidés*, que parecían no serlo, respondieron: "Hello". Entonces Ricardo me tomó del brazo y empezó a correr diciéndome: "Córrele. Froy, son putas".

Corrimos una cuadra y terminamos muertos de risa.

En Río de Janeiro transitábamos por alguna de la playas y, por supuesto, Ricardo intemperante, loco, agresivo, insolente, me dijo de pronto:

–Basta, basta, ya no caminemos más. Esta pinche ciudad, qué humedad tan terrible. Basta, basta, bebamos algo.

Encontramos un lugar: cuando entramos terminaba una batucada. Nos dieron mesa, nos sentamos, discutíamos. Ricardo no hacía caso del entorno; yo sí, sonero, estaba oyendo la rica batucada y me di cuenta de que la intención de los músicos y bailarines era halagar a los asistentes al despedirse del lugar. Tocaban y decían: "Saludos, amigos de Argentina", y por allá una mesa se paraba a festejar; segundos después: "Saludos, amigos de Paraguay", y otra mesa también hacía alharaca. Así, tres, cuatro mesas, y Ricardo, que aparentemente no estaba atento a lo que acontecía, en cuanto salieron los bailarines y cantantes, de repente, esa entidad de letras se paró, dió un manotazo en la mesa y gritó: "Saludos a México, hijos de la chingada".

La batucada se regreso y dijo a Ricardo: "Saludos a México".

Lo que más aprecio en Ricardo es su ímpetu desahogado por vivir y vivir a la gente. En el orden de su trabajo admiro lo que es una gracia singular de la cual es gran poseedor – probablemente el único–: su oído. Ricardo escogió grafía, modismos, voces, personajes y, como nadie hace que uno las escuche cuando lee sus libros.

Es hermoso y un prodigio leer sus libros, se puede decir que son libros hablados, que la propia literatura, cuando uno la está leyendo, se vuelve sonora, vívida.

Ricardo conoce muy bien a la patria, las palabras; dentro de eso, sus historias son magníficas, muchas de ellas son verdaderamente espléndidas y sus personajes se nos quedan en el alma, de tal suerte que sus personajes y su obra son indelebles.

El canto pesadoso por la muerte de su padre en Beber un Cáliz, sus historias de desamores, sus mujeres, los hace vívidos, tangibles, creíbles.

Como ser humano aprecio su garra vital y como escritor sus dones de animador profundo de la literatura; entonces, son dos motivos no sólo de admiración, sino de cariño; pero como no se deja querer no se le quiere. No se le quiere porque es el trato, las ocasiones de verle, las que permiten quererlo, y Ricardo es hosco, es rudo, es gritón; eso dificulta la aproximación. A mí no me importan sus desahogos, porque él es otro ser, ajeno a esa imagen. Hubiera podido ser actor con algún éxito.

Dentro de la literatura nacional, Garibay es de la talla de cualquiera, y él diría que más. Una vez lo vino a entrevistar alguna reportera de letras y le preguntaba:

–¿Qué piensa usted del escritor Carlos Fuentes?

–Ése no es escritor ni es nada, dígame otro.

–¿Qué le parece la escritura de Julieta Campos?

–Ésa no es escritora ni es nada, otro, otro.

–¿Qué le parece la obra de Octavio Paz?

–Ése no es escritor, ni es poeta, ni es nada, otro, otro.

Para él no había nadie.

Ricardo tiene ésas y otras dimensiones que lo hacen ya un escritor fundamental de las letras latinoamericanas. Su reconocimiento en Francia como mejor libro extranjero por La casa que arde de noche permite tener esa medida para saber cuán importante es su trabajo.

En México, como no ha jugado en el círculo de los que se dan premios entre sí, entre las mafias, no se le ha reconocido, pero es un escritor magnífico.

Uno puede aprender de la vitalidad de Ricardo, de la congruencia en la vocación; uno puede aprender en la vida íntima su devoción a los hijos. En el arte, su trabajo es inaprensible, porque es creación suya; pero se aprende su amor a las letras, su pasión por la escritura que es ejemplar.

Ricardo es una persona y un personaje literario de mucha importancia. Él tiene un libro, *Cómo se pasa la vida*, yo agregaría "*Cómo se ha pasado la vida Ricardo*": viviendo fuertemente. Esto es excepcional, sus errores y aciertos son mayores, no menores; y conocer la vida de un hombre fuerte es muy atractiva.

Tuve la desgracia de acompañarlo hace unos meses, cuando cumplió 50 años de escritor. Ése sí que fue padecimiento, todo un año, en el cual Ricardo lamentaba haber llegado a tanto. Todo un año de beber y de extrañar, según él, la juventud, que es un mal crónico que padece. Fue todo un año de angustia y de ansiedad.

Al finalizar el año, este hombre que inventó el amor me dijo algo que para mí es clave:

–Sabes qué, Froy, por vez primera estoy haciendo el amor; por vez primera soy yo mismo; por primera vez, también, me doy cuenta de que todo lo demás eran escaseses; hoy empiezo a vivir.

No sé por qué lo entrevisté, y a los pocos días recibí una llamada de Reader's Digest en México. Me hablaron para pedirme autorización y repetir algo que Garibay me había dicho en la entrevista:

Le pregunté a Garibay, ¿y qué quieres, Garibay?

–Ser inmortal y después morir.

Ricardo Garibay es un inmortal vivo.

Esta generosidad de alma de Froylán, totalmente; porque el afán en la vida toda, de un escritor, es eso, ser inmortal. ¡ya, ahora!, desde ahora, y después morir. Primero, porque no tendría sentido seguir viviendo siendo inmortal; segundo, porque toda la búsqueda es ésa, que cada palabra que uno escriba quede como un bronce indeleble, definitivo, inolvidable.

Ser inmortal y después morir. Después, ya que se consiguió la verdadera gloria, que es la grandeza íntima de verdad, para qué seguir viviendo.

No sé si ya haya una gloria mayor que conseguir una obra cabal, perfecta, entera; no sé si haya una gloria mayor, tampoco me importa, pero si la consigo, ojalá me muera al día siguiente, para qué más.

Soy su mejor amigo, fui su mejor amigo y no lo busco porque él no quiere.

**Froylán López Narvaéz estudió la carrera de Derecho, la que dejó para ejercer el periodismo a instancias del profesor Henrique González Casanova, que lo puso en contacto con diversas publicaciones. A través de fray Alberto de Ecurdia tomó contacto con Julio Sherer, quien lo invitó a colaborar en las páginas editoriales del periódico *Excelsior*. Fundador de la revista *Proceso*, donde actualmente es Jefe de Ediciones y miembro del consejo editorial.**

## JOSEFINA ESTRADA

**A** Ricardo Garibay lo conocí en una conferencia, hace 20 años. En aquella ocasión hablaba del cuento y me entró mucha inquietud. quise preguntarle qué era el cuento, porque el único que yo conocía como tal era el "había una vez". No lo hice porque me pareció muy tonta y fuera de lugar la pregunta. Fue la primera vez que lo vi, apenas había entrado a la universidad.

La siguiente referencia que tengo de don Ricardo es cuando dos compañeras de la Facultad estaban comentando muy animadas un libro llamado *El gobierno del cuerpo*, y yo estaba excluida de la conversación.

—¿De qué hablan?— les pregunté.

—De un libro - me contestaron.

—¿Y en qué clase lo dejaron?

—En la de Gustavo Sainz.

—¿Tiene mucho que empezó?

—No, es el primer libro que vamos a discutir; al rato empieza la clase.

Me metí a la clase.

Pienso, así me gusta pensarlo. que fue determinante para mí *El gobierno del cuerpo*, porque entrar a la clase de Gustavo Sainz fue como entrar al futuro o empezar a vivir lo que yo realmente quería ser y hacer. Gustavo Sainz era director de Literatura del Instituto Nacional de las Bellas Artes (INBA). Le pedí trabajo porque la situación en mi familia estaba muy mal y era urgente trabajar. Me lo dio. Así, entré a la Dirección de Literatura y ahí conocí a la mayoría de los escritores mexicanos.

La próxima vez que ubico a Garibay fue cuando organicé las Veladas Literarias, un ciclo donde se presentaba al escritor con su obra más reciente. Había que presentar Las glorias del gran Púas, y me costó mucho trabajo localizar a don Ricardo; pero finalmente

aceptó, cosa que a Gustavo Sainz le dio mucho gusto, porque tenía fama de ser difícil de convencer. De todos modos me pidió que vigilara que de verdad fuera a la presentación.

El día de la velada lo estuve llamando a su casa y no podía encontrarlo. Hablé con su esposa.

–Estoy muy preocupada porque es probable que no vaya, y qué voy a hacer con tanta gente ahí.

– Ah, este Ricardo, siempre diciendo que sí y no cumple. Déjemelo a mí, le voy a decir que iré a esa presentación, y que si no va, me voy a quedar esperándolo en el pórtico de Bellas Artes; a ver si se atreve a faltar.

Por la noche, cuando llegué, una señora guapa y elegante esperaba impaciente a alguien. Imaginé que era su esposa. Me metí a la librería y al poco rato llegó don Ricardo acompañado de la guapa señora.

Ya no vuelvo a ubicarlo hasta que invita a Sandro Cohen a trabajar en los programas de televisión, y yo lo acompaño a las grabaciones. Ahí es donde realmente nos empezamos a conocer.

Lo primero que don Ricardo me detecta o me ubica, cuando nos presentan, es mi sonrisa, de la cual hizo un comentario elogioso.

Josefina Estrada es de esta hermosa generación de mujeres inteligentes y cultivadas que trabajan con enorme intensidad, que se hacen escritoras a fuerza de esfuerzo, de inteligencia, que van a dejar una obra magnífica.

Cuando esta generación de mujeres madure, habremos dado verdaderamente un paso en la construcción de nuestro país.

El caso de Josefina Estrada es especialmente admirable, porque con una clara inteligencia, y una poderosa voluntad, avanza incesantemente en el uso de su literatura, y yo admiro mucho esto.

Además, es una mujer cordial y firme. Dice Josefina Estrada: “Usted no se apure, como amiga aquí estoy”, y lo cumple ciento por ciento.



Hubo un alejamiento después que terminó el programa. No vuelvo a ver a don Ricardo hasta que trabajo en Editorial Planeta. Él iba a recoger ejemplares de *Triste Domingo*. Lo saludé y le dediqué mi libro *Para morir iguales*.

Más tarde don Ricardo le habló por teléfono al editor de Joaquín Mortiz. Joaquín hijo, quien me dijo:

—Don Ricardo quiere que presentes *Triste Domingo*.

—¿Yo? Será Sandro— le dije.

Después don Ricardo me habló por teléfono.

—Qué cosa más buena su escrito, ese Cohen debería aprender de usted. Quiero que usted presente mi libro.

—No, don Ricardo, cómo cree.

—¡Quiero que presente mi libro!

Presenté *Triste Domingo*.

Me sentí feliz y también muy comprometida, porque siempre ubiqué *El gobierno del cuerpo* como el principio, y que pasados los años presentara a Ricardo Garibay me emocionaba.

Lei el libro y me vi obligada a entender qué era el amor romántico y el romanticismo. Quería tener todo muy claro, porque me di cuenta de que el libro era una exaltación del amor romántico. Escribí tres cuartillas que le encantaron a toda la gente, incluido don Ricardo. Les dio la impresión de que tenía un amplio conocimiento de la obra de Garibay, lo cual no era así. He leído lo que ha publicado en los últimos años y algunas lecturas atrasadas, y si di esa impresión fue porque me puse a estudiar cuanto estuviera a mi alcance de lo que él había dicho y cómo lo había dicho, para escribir tres cuartillas.

La relación con Ricardo Garibay ha sido de amigos. Entiendo por amigo cuando puedes confiarle cosas a alguien, y él lo ha hecho conmigo, me ha confiado asuntos que no puede confiarle a alguien como público. Le gusta tenerme como interlocutora, aunque siempre será una relación maestro-alumna.

Algo que me conmueve profundamente de Ricardo Garibay es la pasión que tiene por la literatura. Muchos de los artículos de *Paraderos Literarios* me han conmovido tanto, porque si llego a la edad de don Ricardo, con esa lucidez, con esa pasión por la literatura, para mí sería una bendición; porque el cuerpo se desgasta, se va transformando, pero la pasión siempre es joven. Desgraciadamente, cuando somos jóvenes no tenemos gobierno sobre la pasión, no hay control, eso lo van dando los años. Muy pocas personas de edad conservan la pasión, una entrega absoluta hacia lo que ellos gustan, hacia lo que aman, y don Ricardo continúa entregándose a la literatura y la escritura: eso le permite continuar siendo joven.

Eso es lo que admiro en él, porque cuando habla con pasión también puede hablar con la inocencia de la juventud; él todavía puede decir: "Coño, cómo he pasado la vida sin leerme esto". Igual lo emociona el contenido de un libro que la combinación de dos sustantivos, de los adjetivos, de un adjetivo que se convierte en sustantivo, y dice: "Jamás había visto juntas estas dos palabras".

Yo perdería, si dejara de ver a Josefina Estrada, es hermosa, y eso duele; dejaría de oír su voz, que es pausada y reflexiva, eso duele; dejaría de tener algunas veces su cercanía amistosa que tanto abriga, inclusive a un hombre que le lleva 40 años de edad, como yo; ya es mucho.

Cada libro puede mostrar una faceta del Garibay escritor; el que me conmovió muchísimo fue Cómo se gana la vida, por la maestría de la síntesis, cuánta vida hay en tan pocas páginas, las crónicas, las historias. Su capacidad de síntesis es de total admiración.

Creo que Garibay tendrá que ser redescubierto muchos años después porque no se le ha dado la difusión adecuada. No veo que Garibay esté por debajo de la calidad literaria de Carlos Fuentes.

A don Ricardo se le critica su cercanía con gente del poder: Echeverría, Díaz Ordaz. Porque lo estimo, puedo entender esta cercanía, que no necesita justificación. Una persona

no necesita justificarse si se gana la vida con su oficio: si escribir o vivir de ello –eso se ve claramente en sus libros– en México es difícil.

Las gentes del poder son una bola de mierda, nunca me han dado nada, nunca les he pedido nada. He servido cuando he creído que podría servir mi palabra, pero no me agradecieron nada y se burlaron de mí, me ignoraron por completo. Nunca ningún político me regaló nada, qué coño.

¿Que por eso no se me reconoce? No me reconocen porque son unos mal nacidos, son pequeños, son míseros todos.

¡Qué lindo!. sería millonario si hubiera obtenido de los políticos lo que toda esta gentuza piensa que obtuve, tendría mucho dinero, mucho. Nunca me dieron nada y nunca acepté nada, nunca pedí nada. Se me paga mi trabajo, nada más.

Ahí están los ex presidentes que han sido amigos míos: a ver si son capaces de decir que me dieron mil pesos.

Si los que tienen el poder se acercan y tienen la manera de beneficiarse, no veo por qué rechazarlos. si eso te permite escribir. De la misma manera que Garibay no rechazó meterse a vecindades, los lugares más insólitos, más pobres, más inhumanos, ¿por qué rechazar el mundo de la política?

Pienso que en México aún pervive la idea romántica de que el escritor debe vivir o estar en las últimas, vivir en la miseria, junto con su familia para no mancharse. El dinero lo tomas si viene a ser como una paga a tu oficio, si te lo quieren dar como beca; a fin de cuentas, qué son las becas, también vienen del erario público.

Ricardo Garibay merece un reconocimiento universal, pero él sabe que el mejor premio a un escritor es que te sigan leyendo después de muerto, y así será.

Para que reconozcan mi trabajo se necesitaría que fuera mediocre. Ellos premian a sus semejantes, a sus pares. Hay que ser mediocre, sin vuelo, sin

verdadero vuelo, sin verdadero poder literario, y ni así le dan todos los premios.

No hay cuidado, prefiero el ostracismo, prefiero la soledad, prefiero la enemistad, a ceder siquiera un milímetro de capacidad literaria para satisfacerlos.

Vendrán otros estudiosos que lo van a poner en su lugar, porque *Beber un Cáliz* está a la altura de cualquier traducción y de cualquier libro universal.

Dentro de la literatura nacional Ricardo Garibay es de los mejores representantes y su nombre necesariamente estará ocupando un espacio en la historia de la literatura.

Tuve el privilegio de que leyera mis novelas –él no lee originales–, y vino a confirmarme que mi primer novela no debía ser publicada. Se la di y me dejó de hablar dos meses. Cuando hablamos me dijo que no quería lastimarme, que no debía publicar esa novela. Le respondí que ya había llegado a esa conclusión, que no podía herirme la verdad.

A veces me pongo a pensar o reflexionar sobre sus ideas; incluso, tengo un cuaderno que empecé a hacer sobre frases y párrafos para reflexionar, y tengo algunos de Ricardo Garibay.

Cuando converso con él lo que más festejo es su humor, su ironía, su rapidez mental, y es inevitable que no pueda reír, porque sabe de humor y sabe contar con verdadero encanto.

Josefina Estrada nació en la ciudad de México en 1957. Es licenciada en Ciencias de la Comunicación, por la UNAM. Escritora y periodista, ha colaborado en *Revista de Bellas Artes*, *El Universal*, *Novedades* y *Unomásuno*. Ha publicado: Domingo es buen día para morir (cuento, 1983); Malagato (cuento, 1990); Para morir iguales (crónica, 1991); El Cali: de chavo banda a ceuista (entrevista, 1992); Desde que Dios amanece (novela, 1995); Virgen de Media Noche (novela, 1996). Escribió la biografía de Joaquín Pardavé, El señor del espectáculo, para la editorial Clío.

## RENÉ AVILÉS FABILA

**L**e pedí una entrevista para el suplemento cultural de *Siempre!*, que en ese tiempo dirigía Fernando Benítez. Era 1966, y ya desde entonces le tenía una gran admiración a Ricardo Garibay, porque había leído *Beber un Cáliz*, que me impresionó y me ayudó mucho a sobrellevar la muerte de mi abuelo, un hombre con características semejantes a las de su padre.

Fui a verlo, me dio la entrevista y le comenté mis impresiones sobre el libro; me lo dedicó y así comenzó la amistad. Siempre he creído que por afinidades y antipatías comunes.

Después de la entrevista lo volví a encontrar en la fundación de *Proceso*. Le comenté que había leído *La casa que arde de noche*, y me contó que iban a traducir la novela al francés. A partir de ese momento comenzamos a vernos con mayor frecuencia. En una fiesta estuvimos juntos, en casa de Sol Arguedas, con Eduardo Lizalde. Ese día se me quedó muy grabado porque tuve una áspera discusión con Fernando Benítez, José Luis Cuevas y Carlos Fuentes, y Garibay tomó partido de lado mío. Eso me confirmó que nos unían coincidencias y antipatías.

Hay cierta dosis de rabia en toda mi vida, se ha preservado eso; también me ha llenado de enemigos y me lo han hecho pagar. No me arrepiento.

Avilés Fabila es varón, es hombre y, en esta sociedad que estamos viviendo, un hombre hombre es un hallazgo. No se vende, no pide, no mendiga, se planta de frente, ataca, sabe tener enemigos, y esto es un gran don.

A Benjamín Disraeli, político inglés, lo medían sus enemigos. Si usted encuentra un hombre al que midan sus enemigos, se ha encontrado un hombre de veras.

El contrapachismo, la amistad, el cuatismo, la repartición de canongías, de beneficios y de ñoñerías, son repugnantes. Todas estas cosas son

repugnantes, y Avilés Fabila no las vive, hay dignidad de varón en él. Es un buen escritor; además, trabaja con denuesto, yo admiro esto, lo respeto.

Cuando yo era director del Centro Cultural, en 1984-85, su hija María trabajó conmigo. Por alguna razón que nunca quedó muy clara, ella salió de ahí; después me encontré a Ricardo y me dijo que la había desamparado. Recuerdo la expresión. Le explique lo que había sucedido.

Creo que conforme ha pasado el tiempo nos hemos encontrado más.

Hubo una época en la que desayunábamos todos los lunes en el Sanborns de Perisur con Gastón García Cantú, Raúl Cremoux, Edmundo Rodríguez Aragonés y algún otro que se me escapa. Eran charlas muy amenas porque Ricardo es un conversador extraordinario.

Garibay y yo hemos compartido encuentros de la SOGEM, porque somos muy cercanos a José María Fernández Unsain, presidente de la Asociación. Hemos ido por aquí, por allá, juntos a mesas redondas, conferencias, y siempre es un gusto estar con él, porque es un hombre especialmente inteligente y agresivo. Tiene un gran sentido del humor, una dulce ironía.

En 1989 fui jurado para el Premio Colima. Ricardo participaba con la novela *Taib*. Éramos jurado Sergio Galindo, un joven francés del que he olvidado el nombre y yo. Sergio Galindo y yo pensamos que era importante darle el premio a Garibay por ser un escritor valiosísimo y poco reconocido. Esto es común en México, porque también es el caso de Revueltas, quien murió sin ver ningún libro suyo en segunda edición, o como Juan de la Cabada, quien empezó a ver sus obras completas, hechas más por solidaridad que por una demanda de lectores.

Uno de los concursantes para el Premio Colima era Vargas Llosa con *La Madrastra*. Alguien dijo: "¿Qué va a pasar si no premiamos a Vargas Llosa?". Respondí que lo único que podía ocurrir era que Vargas Llosa llegara al Premio Nobel sin haber pasado por el Premio Colima.

Se lo dimos a Garibay, yo le avisé.

—¿Cuánto me van a dar?

–Tres mil pesos.

–Ah, es una miseria.

Siempre actuando como si no le importaran los reconocimientos o los premios. A todos nos interesan mucho: sin embargo, Ricardo hace muy bien ese número de estar enemistado con la publicidad, con los premios y reconocimientos.

A mis alumnos suelo darles a leer –porque son alumnos de periodismo–, *Las glorias del gran Pías*, que me parece uno de los más logrados ejemplos de lo que puede ser el nuevo periodismo mexicano.

Ricardo tiene un vigor y una capacidad narrativa que sorprende. *Fiera Infancia* es un libro que me gustó particularmente, porque no me puedo imaginar a Ricardo en las pláticas que tenemos, como un niño: ya lo conocí grande, fuerte, fiero, me cuesta trabajo imaginarlo niño.

Garibay es un escritor múltiple de una gran riqueza. He leído una larga lista de sus libros y me han sido de una gran utilidad en algún momento. Siempre que recurro a su obra me funciona como profesor: como lector, como ser humano con algún problema o conflicto siempre encuentro en ellos un gran apoyo.

Como amigo Ricardo es muy generoso. Las veces que le hemos pedido apoyo para la obtención de un premio o un concurso, siempre me ha dado su firma. Nunca he ganado un concurso, pero sé que cuento con él.

La amistad con René Avilés me da la relación entre pares, la relación entre hombre, la derecho en el trato, el cumplimiento de la gana de un intercambio de ideas, de emociones sin tapujos, sin disimulos. Habida cuenta siempre, claro, de la inteligencia y de la preparación culta que deben tener los interlocutores: habida cuenta de las cualidades de Avilés, me da esto que digo.

No es una relación cerril o bronca, sino una relación viril, dentro de una lealtad muy enfática, muy expresa, pues siempre es una ventaja poder ir al interlocutor querido o amado sin cortapisas.

Lo recuerdo en televisión y en radio. Ahí se ve en Ricardo su sabiduría y cultura, deja de lado su frivolidad, su deseo de aterrorizar a los que lo rodean, y aparece el maestro. Quiero decir con esto que hay un maestro en Ricardo muy a flor de piel, siempre dispuesto a dar el consejo, la ayuda, pues es muy difícil que el escritor lo dé. El escritor maduro, exitoso, suele ser mezquino con los jóvenes. con la competencia, oculta sus secretos. Ricardo no, en él es fácil que de pronto dé consejos.

De treinta años de amistad puedo decir que las enseñanzas del escritor me las han dado sus libros, no hay necesidad de tratar o hablar con él. La enseñanza del hombre es la dignidad con que Ricardo ha vivido. esta actitud crítica.

Se puede hacer un recorrido por la vida de Ricardo, y siempre ha tenido las mismas posturas. No es enemigo del sistema, no es algo que quiera destruir, como quería Revueltas, y Ricardo ha mantenido una actitud crítica, y ésa es una gran enseñanza. Ricardo es un intelectual crítico que siempre ha trabajado para funcionarios y nunca pierde su actitud. Nunca es un adulador, nunca es un hombre servil. En México, el de los intelectuales es un medio de cobardes, aduladores, serviles, de gente muy cambiante, y en 30 años a Ricardo lo he visto igual.

En algún viaje a Cancún, Jaime Serra Puche, siendo secretario de Estado, se levantó de su asiento en el avión para saludarlo; Ricardo ni se movió, Serra Puche fue hacerlo por él.

Cuando la SOGEM le entregó un reconocimiento por una infinidad de años de escritor, estábamos sentados a su lado Miguel Ángel Granados Chapa y yo, lo cual es rarísimo porque nos detestamos, pero coincidimos en que la única manera de estar sentados juntos era teniendo a Ricardo Garibay de por medio. Esto es cierto. Garibay es un hombre que se ha ganado el respeto de todos. En ese sentido es donde he visto el ejemplo.

La enseñanza que encuentro en Ricardo está en su agresividad. El escritor tiene que ser como Garibay, aguerrido, combativo; me gusta la claridad con que habla, no tiene pelos en lengua, dice lo que siente.



Alguna vez me puso en una dedicatoria: "A René, porque es un escritor que tiene huevos". Yo tampoco me doblego, y eso es algo que tenemos en común. No soy adulator, soy muy crítico; a mí sí me gustaría ver destruído el sistema.

Ricardo es una lección de hombría, de dignidad y valor, porque a su edad, con la trayectoria que ha tenido, con el agua que ha pasado bajo sus pies, pudo convertirse en el escribano, en el biógrafo de algún político prominente, y no lo hizo.

Si no volviera a ver a René Avíles, perdería a un hombre entero. Son tan raros estos hombres enteros, tan difíciles de encontrar hoy día en las letras o en la literatura mexicana. La gran mayoría de ellos son tan suaves, tan ñoños, tan cazadores de ventajas, todos: tan hábiles para disimular la verdad de las emociones, de lo sucedido, la verdad de la fantasía: son tan raros estos hombres que si se tiene uno y se pierde duele, esto duele.

Ricardo no es capaz de pedir, de negociar, de hacer una intriga para que le den un reconocimiento. Últimamente ha habido un pequeño jaloncito porque tiene una representante, y ése es el trabajo del representante, que pide por él.

Garibay se merecía desde el primer año la beca de emérito y se la dieron hasta el segundo, y esto porque hubo necesidad de exigir el reconocimiento para él, que no se metió. Fernández Unsaín y otros escritores pedimos ese reconocimiento para Ricardo, era el gremio quien lo estaba demandando.

Enrique Krauze ha hecho su reputación con base en la adulación, y como él hay muchísimos más en un grupo de poder en México, que es el de Octavio Paz. Krauze sin Paz no existiría, sería un escritor desconocido. Su obra, que tampoco es importante, ha destacado por el apoyo y los lazos que le ha heredado Paz. En México eso es fundamental para tener éxito.

Nadie tiene éxito por su propio esfuerzo, sin la ayuda o cierto apoyo, y Ricardo no lo ha pedido y tampoco se lo han dado. Eso lo tiene en una situación que me parece absurda, porque es un escritor de mucha mayor talla. Alfonso Reyes con toda su universalidad es un

fenómeno local, nacional. Recuerdo a Rulfo traducido al francés, en primera edición y nunca nadie lo compraba. Martín Luis Guzmán es uno de los grandes escritores de siglo XX y no lo conocen en ninguna parte.

Ricardo Garibay a nivel nacional es reconocido; supongo que la televisión lo ayudó, pero no se acaba de dar a conocer cabalmente, y tendríamos que hacerle una buena valoración.

Yo trabajé para que la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), que inició una política de reconocimiento a intelectuales, profesores y académicos, comenzara con Ricardo Garibay.

Curiosamente Ricardo es un escritor para jóvenes, no para viejitos: para viejitos, Carlos Fuentes, Octavio Paz.

Cuando les pido a mis alumnos que lean a Ricardo Garibay y no lo conocen, después de leerlo, lo encuentran muy vivo, vigoroso, impactante. A quienes lo conocían por televisión y les parecía un hombre enojón, al leerlo, cambiaron de opinión.

Lo que le pasa a la gente cuando ve a alguien agresivo, diferente, es que lo rechaza. Recuerdo cuánto me ofendió oírlo decir que *Madame Bovary* era una novela para sirvientas, casi me pongo a llorar. Yo estoy preparado para resistir eso y más, pero supongo que si se lo dicen a otro con una realidad distinta debe ser terrible.

El aporte de Garibay a la literatura está en haber renovado el lenguaje, lo ha revitalizado. La aportación está en las palabras, en un lenguaje mucho más vigoroso que no incurrió en concesiones para un lector fácil, como lo hizo mi mal llamada "generación de la onda", con Gustavo Sainz y José Agustín.

La renovación de Garibay es más profunda, porque su obra completa permite ver un lenguaje que va de los niños a los adultos de distintos estratos sociales, y lo ha enriquecido sensiblemente porque es un hombre culto. Como todos los hombres de buena cultura, trata de ocultar su gran número de lecturas, y su conversación va por otro lado; incluso, de pronto parece frívola. Lo descubres hablando de mujeres, de amores, de momentos eróticos, y lo hace de alguna manera para ocultar su cultura.

Ricardo es un hombre preocupado por la estructura de sus libros, que le dio un gran vigor a las palabras, aun en los momentos más íntimos de su vida, como lo fue la muerte de su padre en *Beber un Cáliz*.

Me gusta estar con Ricardo porque tiene un sentido del humor muy peculiar, muy gracioso. Me viene a la memoria el día que recibimos al mismo tiempo “La China” Mendoza y yo, las becas de CONACULTA del Sistema Nacional de Creadores. Ricardo como creador emérito y nosotros como creadores artísticos. Fuimos a hacer los trámites para que nos dieran el dinero. Estábamos en el centro de la ciudad, y “La China” nos llevó a conocer ciertos vestigios prehispánicos aztecas que están debajo de los restos del Templo Mayor, de la Catedral. Fue incomodísimo porque había que bajar escaleras, ir encucillado para llegar a ver unas piedras. Cuando llegamos, Ricardo dijo:

–Chinita preciosa, dime o explícame por qué razón a estos pinches indios les daba por construir abajo de las obras de los españoles.

Le encanta escandalizar, irritar a su alrededor, y quien lo conoce sabe que es totalmente falso, que es incapaz de ofender y humillar, todo lo hace por festejar, por bromear.

En una ocasión estábamos en Álamos, Sonora, un grupo de escritores, José María Fernández Unsaín, Eugenio Aguirre y muchos más en una especie de coloquio literario, y salimos de la casa los escritores.

–Ya estoy harto de ese viejo narco– dijo Ricardo refiriéndose a José María en su comedia de odio-amor.

–Vamos a caminar un poco, Ricardo.

En ese momento salió el carro que llevaba a José María, que no había querido caminar.

–Viejo narco, asqueroso, flatulento, repugnante – comenzó a gritarle Ricardo.

Fue una gran cantidad de insultos; entonces, se frenó el automóvil y se bajó el chofer que pensaba lo estaban insultando y no pudo resistir bajarse a pelear, porque resulta que José María no iba en el carro.

Tuvimos que explicarle al chofer lo que había sucedido.

–¿Qué, todavía no sale ese viejo pendejo?– preguntó Ricardo.

–No, no ha salido el viejo pendejo.

–Entonces vamos a esperarlo para decirselo.

Viajar con Ricardo siempre es muy grato, porque constantemente recurre a su buen humor. No es un hombre que estropee las reuniones con una mala cara. Es un hombre inagotable al cual disfruto mucho.

En mi vida he sido muy afortunado porque he estado cerca de muchos escritores: Juan Rulfo; Juan José Arreola, que fue mi maestro; José Revueltas, con quien me formé políticamente; Juan de la Cabada; pero con Ricardo Garibay me siento tan a gusto. Me da la impresión de que somos, más que amigos, hermanos. De todas maneras, siempre lo trato con un profundo respeto, porque para mí es un maestro; el respeto del escritor y hombre vertical que he visto a lo largo de mi vida y que son los ejemplos que tomo de él.

René Avilés Fabila, narrador y ensayista, nació en el Distrito Federal el 15 de noviembre de 1940. Fue director general de Difusión Cultural de la UNAM. Ha colaborado en *La Cultura en México*, *Excélsior*, donde es director de la sección *El Búho*. Becario en el Centro Mexicano de Escritores entre 1965 y 1966, entre sus libros destacan: Hacia el fin del mundo (cuento, 1969); Lejos del Edén, la tierra (cuento, 1980); Todo el amor (cuento, 1986); Cómo escribir una novela y convertirla en un best seller (ensayo, 1979); Los juegos (novela, 1967); El gran solitario (novela, 1970); La canción de Odette (novela, 1982); Réquiem por un suicida (1993). Actualmente es catedrático en la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Xochimilco.

## MARÍA LUISA "LA CHINA" MENDOZA

Cuando regresaba de mi primer viaje como enviada especial de *Excélsior* en Europa, apareció publicado el primer libro de un escritor llamado Ricardo Garibay: *Beber un Cáliz*. Leí el libro y me deslumbró porque su prosa no tiene comparación en la literatura mexicana; además de ser muy elegante y real, es de una fuerza asombrosa, hace que la frase cante con una gran categoría.

Le pedí una entrevista y me la dio en un cafecito que había debajo de mi casa, en Reforma, junto a *Excélsior*. Cuando ví a Ricardo me gustó mucho cómo era y cómo hablaba, porque al entrevistar a una persona ya sé lo que escribió, leí por lo menos lo esencial de su obra y ya imaginé al personaje que es. Ricardo no era el hombre que había imaginado. Era fuerte, joven, rubio, de ojos verdes, dos características de las cuales está muy orgulloso; con un cuerpo rotundo, denostando lo que él siempre ha dicho con gran soberbia, que había sido boxeador. No era, por su corpulencia, el escritor delgado que había imaginado al leerlo. Me gustó mucho su varonilidad.

A partir de ese momento nos hicimos muy amigos y nuestra relación ha tenido roces, sobre todo en la vida periodística. Lo saco a colación para hacer notar que nuestra profunda relación de amistad es humana, con altas y bajas, con desacuerdos y contrapuntos, no obstante camina, porque en principio y fin nos amamos. La amistad continúa porque a él le sucedió lo mismo que a mí: descubrimos que no valía la pena dejar correr la amistad por un mínimo encuentro. Ricardo urgidamente lo olvidó y yo con una perspicacia que mucho me honra lo borré más que olvidarlo.

El ejercicio de la profesión periodística nos permitió viajar juntos, además, nos acercó la literatura.

Mi reverencia por “La China”. Somos amigos y escritores contemporáneos desde hace ya mucho tiempo, cuando menos desde los años cincuenta. Hemos publicado en las mismas revistas y en los mismos periódicos, desde hace ya cuarenta y tantos años.

Nos hemos seguido, hemos viajado juntos, nos hemos querido bien. “La China” y yo sabemos nuestras flaquezas, o por lo menos ella sabe dónde soy pequeño y dónde valgo realmente algo. Me perdona la pequeñez y me festeja mucho las escasas valías.

Siempre se lo he agradecido, porque el corazón de “La China” es una especie de reposo, de estancia en paz, donde puede uno abandonarse sin cuidado y sin medida.

Ricardo es un hombre exigente, quisquilloso, injusto probablemente algunas veces, del cual me gusta su hondedad, su lealtad a los viejos amigos, lo descarnado que es para juzgar a los demás, como espero que lo sea para juzgarse a sí mismo.

Ricardo ha vivido una marginación, porque con su trayectoria él merecía tener el Premio Nacional de Periodismo, el Premio Nacional de Letras, el Premio Rómulo Gallegos, el Príncipe de Asturias, el Premio Nobel. ¿por qué no? Es un prosista extraordinario, además de ser un maestro que exige que uno sepa leer y decir las palabras, que sepa pensar. *La casa que arde de noche* es prodigiosa, *Par de Reyes* no tiene comparación, es de una belleza esencial. No se ha reconocido el trabajo de Ricardo, porque no pertenece a grupos cerrados. Él no habla para preguntar qué decir, porque no acompaña a otros para que se luzcan el uno y el otro juntos, porque nada más tiene los amigos que merece, a los que se acerca con una gran humanidad. Grupos que se llevan y se traen cerrados en sí, incapaces de la crítica dentro del mismo; o por el contrario, desgarrándose interiormente, pero siguen juntos porque les conviene. Ricardo y yo no llegamos a esos menesteres. Creo que es por un orgullo provinciano, porque no nos hace falta o porque nos bastamos a nosotros mismos y así vamos a seguir. Somos fieles a la literatura y a nuestro trabajo.

A mí me parece que Garibay es un gran escritor, de muchos pesos mayores; alguien muy admirable por su devoción a la literatura, por su entrega, porque no ha hecho otra cosa en su vida que trabajar para poder escribir muchas horas y leer muchas más.

A Ricardo, dentro de la literatura nacional, lo ubicaría en primer lugar junto con otros primeros. Creo que ahora, a pesar de la crisis, luchando todavía por la subsistencia, Ricardo logró el sueño de su vida: tener una gran casa en un lugar arbolado, con un estudio silencioso, donde pudiera dedicar la mitad de la mañana a leer y la otra mitad a escribir o viceversa.

Sigue viniendo al Distrito Federal a hacer sus programas de televisión o radio, escribe de vez en cuando artículos de fondo para algún periódico; es decir, sigue ejercitando el periodismo del que tanto reniega.

De Ricardo Garibay se aprende, en primer lugar, la disciplina a la literatura; en segundo lugar, ese estilo iracundo de decir un concepto aunque no esté enojado, que es, además, una gran defensa contra la injuria o la petulancia de los demás.

De Ricardo se aprende la seriedad de la obra, el amor enorme a lo que se está haciendo, el profundo respeto por su entrega a la literatura que practica. La creencia de que lo que se está escribiendo es lo mejor que se ha escrito jamás. Solamente así se puede ser escritor.

Viajar juntos me permitió conocerlo de cerca, porque lo he visto en sus peores momentos de furia incontrolable, en su onda de pasión y amor que, en contrapunto con los hombres actuales, sabe darla y la deja ver, y eso es hermoso.

Voy a contar la preciosa indignación contra alguien en un viaje por el norte de la República: en una reunión de periodistas que íbamos a ver diferentes obras gubernamentales, una persona se dedicó a denostar, a desdeñar a México en todos los aspectos: el arqueológico, el geográfico, el artístico. Ricardo, que había aguantado dos o tres días las insolencias, el desprecio evidente por este México, que es el único que tenemos, se enfureció, se levantó como un “*maremagnum*” y le cayó encima. Le dijo de lo que se iba a

morir con una exactitud de palabras admirables, escogidas, furiosas, enojadas, como de un ogro vengador.

Agredió al país, agredió a Jesucristo y agredió a la Virgen María. Lo tomé de las solapas y lo boté cinco metros más allá del camión, y me lo quitaron de encima porque iba yo a matarlo.

Me gustó mucho que lo pusiera en su lugar, pero cuando llegamos al sitio al que íbamos, aquella se enfermó, pienso que del susto; Ricardo tuvo la generosa y magna actitud de ir a disculparse con una gente que no merecía nada; se disculpó por la reprimenda, por la indignación.

Ya le rompí la madre, ¿ahora qué hago? Temblaba como una hoja, muerto de miedo, estaba enfermo; fui a pedirle perdón. Le he pegado, está muriéndose de miedo, coño, tuve que ir a decirle: "Hombre, perdóname"

Esto no es ser tierno: es ser hombre.

Me gusta su sentido del humor. Viajar con él por el mundo es una verdadera maravilla, se muere uno de risa de las locuras que dice y hace.

Soy periodista y él lo ha sido muchos años aunque lo niegue; viajamos juntos al extranjero. fuimos a Chile, a Brasil, a Perú, y nuestra estancia en todos esos lugares está llena de anécdotas sabrosísimas y chispeantes. En Brasil, íbamos Froylán López Narváez, Ricardo, mi esposo y yo; era un gusto y una felicidad ver pasar mujeres hermosas, la humanidad con que bebíamos los vinos, alentados por Ricardo, al sabor, a la transparencia, al aroma. Los tropiezos que vivimos en los aeropuertos en una etapa de mucha tensión política en América del Sur. Recuerdo nuestras prisas por subir al avión en el aeropuerto de Santiago, la tontería que cometió Froylán López Narváez, quien había comprado dos botellas de los mejores vinos en Argentina y antes de subir al avión se le cayeron. La burla por su



malísima suerte, porque en lugar de habérmolos bebido se quedaron embarrados como un símbolo de la sangre que se iba a derramar en Chile.

En Argentina era maravilloso verlo comer los bifés con aquel deleite en unos carritos que son como tendajones, a un lado del Río de la Plata. Borges nos hacía los mandados porque éramos más amantes de Argentina y sus grandes escritores, que los mismos argentinos pesados. En Argentina había muchos soldados con perros, esto lo tiene narrado en un libro Garibay. Veía a los perros, me hincaba y les decía: "Mi amorcito lindo, hermoso, qué dientotes tienes, qué guapo estás, mira nada más qué orejas". El soldado detenía al perro con un miedo horrible a que se me fuera a aventar, pero el perro me veía como diciendo es otra perra que me viene a visitar. Ricardo se carcajeaba, como pensando: esta mujer esta completamente demente.

En París, Garibay se reía de estos periodistas-escritores pomposos y horrendos que iban con nosotros. Hacía una sátira de ellos caudalosa y deleitosa, que no tiene comparación. Ricardo en París fue muy chistoso, pedía siempre los vinos más caros y se compraba las corbatas más horrendas que veía.

Admiro la galería de personajes poderosos que Ricardo conoce y describe en sus libros, en sus memorias, en sus artículos periodísticos que no aparecen más, y sin embargo son un verdadero deleite, una gran lección de periodismo concreto y exacto.

El carácter de Ricardo es un disfraz. Es alguien que finge una iracundia muy pavorosa y la gente se asusta. Eso lo defiende de un ataque *a priori* que le hacen por inteligente, por ser gran escritor. A veces parece misógino, pero es uno de los mas grandes enamorados de la mujer, me temo. o al contrario: que es el más grande de los amantes.

La amistad con "La China" da la suavidad de la mujer, la inteligencia de la mujer, la generosidad de la mujer, la paciencia de la mujer; el que yo me sienta, de alguna manera, mejor de lo que soy. Esto me da la amistad con "La China".

Es hacedor de escritores. Su elogio en los libros esta lleno de generosidad, él es óptimo para halagar si la obra de uno lo merece y yo he recibido alabanzas muy inmerecidas o merecidas de ese hombre que es mi amigo querido.

Ricardo sabe más que yo, pero allá, dentro de su mirada azul, veo un afecto y algo parecido a una admiración por mí, y se lo agradezco mucho.

Me conmueve que una gente de su categoria pueda ser tan buena conmigo.

Recobraría mi verdadera estatura, cosa que no me divierte, si perdiera la amistad de "La China".

Periodista, ensayista y narradora, María Luisa "La China" Mendoza estudió letras españolas en la UNAM. Nacida en Guanajuato el 17 de mayo de 1930, ha colaborado en *El Día* (fundadora), *Novedades*, *El Universal*, *Excélsior*, *El Sol de México*, *Revista de Mujeres* y *Mujer de Hoy* (fundadora). Premio Nacional de Periodismo, ha publicado: María Luisa Mendoza: De cuerpo entero (autobiografía, 1976); Con él, conmigo, con nosotros tres (Premio Magda Donato, 1971); Crónicas de Chile (Premio Nacional de Periodismo y Premio Bernal Díaz del Castillo, 1972); Ojos de papel volando (cuento, 1985); Compañero Presidente (guión cinematográfico sobre Salvador Allende, 1972), y ¡Ra, Re, Ri, Ro, Rusia! la URSS (novela, 1974).

## FEDERICO ORTIZ QUESADA

**L**a primera noticia que tuve de Ricardo Garibay fue hace muchos años, a partir de su obra escrita. Me sorprendió la fuerza, la intensidad, la pasión con que reviste sus escritos. El encuentro personal se dio con mis incursiones literarias y de amigos comunes que nos presentaron y nos invitaron a comer; pero, sobre todo, a partir de alguna enfermedad que tuve oportunidad de tratarle.

Indiscutiblemente, Ricardo Garibay es uno de los grandes escritores contemporáneos, que tiene como característica central lo mexicano, lo mexicano urbano. Ricardo es un escritor muy intenso, polémico, apasionado y, al mismo tiempo, es un hombre que dentro de su manera de ser tiene una gran temura, una gran solidaridad. Ricardo es un hombre permanentemente joven.

Pienso que Federico Ortiz Quesada es un hombre valioso, ostensiblemente valioso, sin ternura y sin ternura; duro, probablemente díscolo, ajeno, probablemente desdeñoso.

Uno no tiene por qué confiarse a Ortiz Quesada, pero uno no tiene por qué renunciar a él, porque es tan evidentemente lúcido, y lo persigue una tan flagrante gana de saber, de conocer, que estando cerca de él uno aprende y se mejora, casi por el constante reto que para la lucidez es la existencia de Federico Ortiz Quesada.

Me es necesario acercarme a Ortiz Quesada, y saber dónde no estoy de acuerdo con él, porque de este modo veo con más claridad en lo que busco.

La amistad es un atributo masculino, esto quiero subrayarlo porque Ricardo Garibay es un gran amigo y su visión ante la vida es muy masculina, es muy hombre.

Probablemente no lleguen a cinco, ocho. los grandes amigos que he tenido en mi vida. Han sido muy pocos, pero ciertamente los he querido intensamente. Los he querido mucho, me he identificado con ellos, he sufrido por la pérdida de su amistad, no los volvería a buscar nunca; hoy, de los pocos que tengo, sí me dolería mucho perder la amistad, la cercanía, la confianza, el amor de los amigos.

Uno descansa en los amigos mucho más de lo que cree. El sentido de la vida lo da la relación con las mujeres. la alegría de vivir la da la relación con los amigos.

Los hombres de mujer son estos hijos de mamá que transitan por la vida como tales; pero hay hombres que se identifican con el hombre. porque tuvieron una figura masculina fuerte en su casa. Ricardo Garibay es hombre entre hombres, con lo cual quiero decir que Ricardo es un gran amigo.

Tengo poco tiempo de ser su doctor; inclusive, en los primeros tiempos, Ricardo se asombraba de que fuera médico, me llegaba a decir cosas que me abrían los ojos de asombro, cuando me invitaba a sus programas de televisión y de radio. Él me decía:

—¿Por qué se junta usted, querido doctor, con esos?

—¿Quiénes son éstos?

—Con esos médicos.

Y hablaba mal de ellos, siempre en plan amistoso.

Ricardo tuvo experiencias desafortunadas con algunos médicos, y me vi en la necesidad de ayudarlo. A su hijo lo operaron de un riñón y quedó mal, tuve que reoperarlo. Ese tipo de cosas en las que tuve que intervenir fueron cobrando confianza conmigo como médico; pero primero fue la amistad, después pasé a ser su médico.

En los varios programas de televisión y de radio a los que me invitó, hablábamos libremente de cualquier tema: poesía, literatura, filosofía, ciencia. Programas que a Ricardo le gustaban mucho por mi aportación, ya que mi visión del mundo es distinta a la de mucha gente, es diferente a la del mismo Ricardo; y esa conversación, las visiones diferentes, lo

enriquecen siempre a uno. Son puntos de vista, la vida está llena de puntos de vista. Ricardo tiene una visión de la vida muy literaria, descriptiva; yo tengo una visión de la vida muy interpretativa.

No estamos de acuerdo casi en nada de lo que existe, pero perdería un adversario impagable si perdiera su amistad. Lo que me da la amistad de Ortiz Quesada es la interlocución más derecha, el diálogo más abusivo.

Ricardo se asombraba cuando le decía que la idea de Dios ha cambiado.

—Ay, doctor, ¿dígame cómo?

Comenzaba a explicarle cómo la idea de Dios, a través de los siglos, se ha transformado: pero Ricardo es un niño, en el sentido de que vive en el permanente asombro. Éste es uno de los mejores elogios que pueden hacerle a una persona. Al vivir en el permanente asombro, vives siempre despierto, y al vivir asombrado y despierto, eres una gente que va a permanecer muchos años en este mundo. German Rolan, un escritor de principios de siglo, solía decir: "El hombre no muere mientras tenga algo que decir". Una de las manifestaciones de la juventud permanente de Ricardo es esta capacidad de asombro que mantiene y hace preguntas —para mi fortuna, he tenido posibilidad de contestarle—, ya sea en torno a la idea de Dios, el significado de la modernidad, de la mujer, del hombre, de los sueños.

Ricardo no me pregunta de literatura, él sabe mucho más que yo, ahí es donde le pregunto a él. Creo que por eso somos amigos, porque hay un complemento. Nuestra relación ha sido amistosa a partir de la diferencia y el respeto. A Ricardo como hombre lo siento muy acabado; sincero, íntegro, un gran amigo, pero muy acabado. Una de las cosas que los hombres debemos reconocer, a diferencia de las mujeres, es el asumimos como seres solos. El hombre cuando llega a determinada edad, se asume como un ser profundamente solo. Esto no quiere decir que la soledad no duela, por supuesto que duele; pero esta soledad es una condición masculina. La mujer es otro tipo de ser, tal vez por la maternidad. Debo decir que tengo dos hijas, a las cuales quiero mucho, y lo veo en ellas, lo he visto a lo largo

de mi vida en las mujeres que he conocido, en mis estudios. La mujer, por la maternidad, tiene una relación muy articulada con el ser humano, es un ser en relación. Esa soledad que es inherente a la condición masculina, la ejerce a plenitud nuestro querido amigo Ricardo Garibay, asumiéndose como ser solo, y se puede notar en sus obras.

Solo, sí, pero no porque yo quiera. Es probable, no es seguro, y no porque yo quiera, la soledad hace sufrir. Uno necesita del otro, oír la voz del otro, fuerte, para poder vivir. Decía Borges: "La muerte tiene que ser verdad, necesaria y definitiva". No hay más allá, porque si no fuera así, tanto la muerte como la vida serían un fraude, un engaño. ¿Vamos a seguir viviendo? Coño, esto es un engaño entonces. Y luego decía otra cosa, él tenía ya 84 años: "Seguir siendo Borges, para toda la eternidad, qué profunda fatiga".

Yo solo, a solas, conmigo, qué profunda fatiga. Necesito de los demás.

En *Triste Domingo* es un ser que finalmente se asume como un ser solo: en *La casa que arde de noche*, aunque no lo dice explícitamente, se intuye el comportamiento de un hombre que admite su soledad. El amor es temporal, el amor con una mujer es temporal. Cualquiera que piense que el amor es eterno se lo merece, por tonto, porque entonces se volvería una monotonía horrible. Por eso la mujer cree en el amor, el hombre cree en la amistad. En ese caso, el gran Ricardo es un hombre que ha sabido ser solo, ser amigo de sus mujeres, y se asume en este terreno de masculinidad; por eso como hombre lo veo redondeado más que acabado, porque el ser humano mientras viva siempre es una posibilidad, no está terminado.

Otra característica de la masculinidad es la idea de Dios, que no tienen las mujeres. El hombre tiene una vocación por esta espiritualidad, vinculada con la divinidad, que le exige en determinada edad –50 o 60 años– un compromiso espiritual. La mujer tiene un compromiso más con lo concreto: los hijos, el marido, la familia.

Esta idea también le pertenece mucho a la personalidad de Ricardo Garibay. Todavía en un programa de radio, en el Instituto Mexicano de la Radio, comenzamos con la idea de

Dios, y Ricardo se sentía *schokado*. Me daba cuenta de que tiene una vinculación con la divinidad muy conservadora, tradicional, propia de nuestro pueblo, porque no concebía el hecho de que los ilustrados en el siglo XVIII hubieran dicho "Dios ha muerto". No concebía cómo la idea de Dios se hubiera transformado en la *Biblia*, o que existieran unos manuscritos del siglo II de una secta Cañita, evangelios apócrifos, donde se decía que Jesús era homosexual. Esto lo *schokeaba*. Ricardo tiene una idea de Dios, casi desde el Dios de Abraham, del patriarca, el de la *Biblia*. Ricardo no se ha desprendido de esa educación católica que recibió, por eso es un hombre muy representativo de una parte de México; él encarna una representación, donde los seres humanos negamos lo que nos duele. Así somos los seres humanos.

Ricardo me dijo en una ocasión que no quería a su padre. Después, cuando leí *Fiera Infancia y otros años*, libro que describe parte de su vida, me preguntó:

—Qué le pareció.

—Puede que no quiera usted a su padre— le dije—, pero el 95 por ciento de lo que ha escrito es sobre su padre, y el cinco por ciento sobre su mamacita, ¿cómo es posible que diga usted eso?

Ricardo —por eso hice particular énfasis— es un hombre descriptivo no interpretativo, que maneja el lenguaje como quiere, que tiene una prosa intensa, fuerte... Es un hombre maravilloso, un gran escritor. Don Ricardo es de los escritores mexicanos que deben ser más reconocidos. Esas descripciones que tiene de su juventud en *Cómo se gana la vida* es de lo mejor que ha escrito. Las descripciones que tiene de la chorreada, la pintada, la alazana, son una maravilla. Esa visión de los burdeles mexicanos, de las prostitutas, solamente la puede tener un hombre como Ricardo, en apariencia descarnado, pero en el fondo profundamente sensible. La sensibilidad de Ricardo la ha querido enmascarar con una apariencia de brusquedad que no existe. Ricardo es un hombre muy tierno, y todo mundo se asombraría de saberlo; es tierno y sensible.

¿Tierno?, ¡carajo! No hay brusquedad ni gana de asustar, es varonía, virilidad, hablar como hombre. No dulcifico las palabras ni la sintaxis, sé como se usan las palabras, tengo voz de hombre y la uso como tal.

¿Tierno? Creo que no; soy aterido, no tierno, ¡me lleva el carajo!, pero no soy tierno, quién sabe qué sea eso.

Tierno como sinónimo de tembleque, no. Soy lo suficientemente duro para romperme la madre con la vida, como lo he hecho siempre. Soy lo suficientemente bien nacido para no hacer daño a los demás, para que el dolor ajeno me haga sufrir a mí, para compartir el dolor.

Si eso es ser tierno, en una de las mejores especies cristianas que hay, así sí lo acepto: pero ser blandengue, blando, no lo soy, de ninguna manera.

Ricardo es un gran maestro de la vida. Conmigo lo ha sido. En momentos difíciles de mi vida, donde he requerido de su orientación, me la ha dado con una enorme generosidad. Se sienta a platicar, me dice por dónde, y sé que no se equivoca. Ésta es otra de las características del ser humano, este magisterio que los hombres aprendemos de los hombres. En las mujeres se da pero en otro sentido. Se da con la madre, con la abuela, con la mujer mayor, el trato al hijo y los consejos. Entre los hombres no hay esta necesidad de familiarizar, entre hombres se da el magisterio, y lo ejerce a plenitud Ricardo Garibay. Tengo una gran admiración por ese hombre. Nuestra relación ha sido matizada por el intelecto fundamentalmente, con el afecto de ambos.

Desayunábamos los lunes en Sanborns Perisur, desayunos a los que lamento mucho ya no poder asistir, pero nada es para siempre, lamentablemente.

Ricardo tiene un sentido del humor único. El giro que le da a una plática es de un simpático verdaderamente notable.

Cuando lo iba a operar, ya en la sala de operaciones, el anesthesiólogo le dijo:

–Estése tranquilo, don Ricardo; lo vamos a anestesiar, pero no hable porque ya viene el maestro.

Alguien más comentó:



–Sí ya viene el maestro.

Todo mundo se quedó en silencio, y otra persona dijo:

–Sí, ya llegó el maestro.

Todo esto para decirle a Ricardo que yo había llegado, son muchachos jóvenes que me quieren mucho.

Cuando entré, me gritó con su voz estentórea:

–¡Viejo mamón!

Ese tipo de cosas sólo se le ocurren a Ricardo Garibay, qué bárbaro.

Uno como médico, conoce mucho a las personas, porque en la cirugía o en sus momentos posteriores se muestran tal como son, y Ricardo jamás perdió el sentido del humor, ni esa visión del mundo. En todo momento estuvo de lo más divertido: conozco personas que con menos se aterran y se derrumban. Ricardo no, gozó su experiencia y platicaba por todos lados.

**El doctor Federico Ortiz Quesada nació en la ciudad de México en 1935. Médico Cirujano por la Escuela Nacional de Medicina; realizó su posgrado en el Urología en Hospital General de la Ciudad de México y en la Universidad de Cornell. Ha sido Jefe de Servicio de Urología del Centro Médico Nacional, coordinador de asesores del Instituto Mexicano del Seguro Social y de la Secretaría de Salud. Actualmente es director de Asuntos Internacionales de la Secretaría de Salud. Ha sido colaborador de revistas especializadas y en los periódicos *El Economista*, *Unomásuno* y *Excélsior*. Entre sus libros destacan: Vida y muerte del mexicano, La medicina está enferma, Memoria de la muerte y Moricida.**

## ROGELIO CARVAJAL DÁVILA

**A** mediados de años los setenta, Editorial Grijalbo había resuelto orientar parte de su política editorial a la publicación y difusión de autores mexicanos, porque en lo que se refiere a autores nacionales, sólo publicaba lo que en aquel entonces se les llamaba autores de ciencias sociales. No que la editorial hubiera dejado de lado la difusión de la literatura, pero se se identificaba este quehacer con editoriales como Joaquín Mortiz, Fondo de Cultura Económica y Editorial Era. Eran pocos los autores que en literatura publicaran fuera de esos “establos editoriales”.

Ricardo, aparte de que correspondió a esa propuesta de Editorial Grijalbo, comenzaba a manifestar reticencia y hartazgo por la relación, el trato y la administración que Joaquín Mortiz le daba, no solamente a su obra sino a su persona.

En ese contexto me convertí en el editor de Ricardo Garibay. La primera vez que vi a Ricardo sentí fascinación y terror, eso fue hace 21 años. Fascinación por el personaje y sus desplantes que todo mundo calificaba de impertinentes y desagradables, pero que en mi caso provocaron otro efecto; pero también un cierto temor a lo inesperado, porque estos desplantes a veces se hacían manifiestos en términos de rompe y rasga, sí o no, conmigo o contra mí.

El primer pretexto en nuestra relación fue una novela que ya estaba casi terminada, le restaban apenas dos cuartillas: *Verde Maira*. A consecuencia de su publicación, en 1977, surgió la necesidad de un diálogo entre el autor y el editor, para saber a qué dedicaría su energía.

Dentro de esa necesidad, fuimos avanzando en el trato, siempre con el mejor pretexto posible: la lectura, y luego, la publicación de un texto. Nuestra relación se fue condicionando en el sentido de que los editores, en ocasiones, encontramos a los autores en un estado que no es frecuente en el trato a las demás personas. Las personas en lo

general, para cualquier tipo de relaciones, buscan en una primera instancia, enfrentarse, valga la expresión, al tú por tú, o aceptar en principio, una situación de subordinación. En el caso de los editores, sobre todo los editores que se meten a los textos, los comentarios y recomendaciones, desde el punto de vista del editor, se enfrenta a una cara de los escritores poco frecuente. Es una situación de relativa indefensión, de vulnerabilidad por tratar con cosas que los escritores consideran más importantes y significativas, en donde pareciera que las fragilidades, las debilidades e imperfecciones o simetrías del texto son tan evidentes, que uno como primer lector o lector muy particular, va a detectar de inmediato.

Nosotros conseguimos un equilibrio que, en muchos sentidos, acabo por “domesticar” un poco la relación, pero que conforme fue avanzando la relación, surgió a los pocos meses de trato, de manera muy espontánea y fresca simpatía mutua. Mi admiración rápidamente se convirtió en un afecto entrañable por una persona que parece poco capaz, aparentemente, de saber mostrar afecto. En el caso de Ricardo, creo ser una de las pocas personas que lo puede calificar de tierno: no solamente en lo que es su capacidad para corresponder a situaciones o efectos que lo asombraran, lo arrobaran, lo conmovieran, sino en el trato más cotidiano y más simple, sentados alrededor de una mesa en su casa, comiendo con otras personas, invariablemente con esa ternura muy a flor de piel, que no siempre pudo manifestar.

En la época que conocí a Ricardo, él vivía una explosión de energía por hacer cosas que se relacionaban con el periodismo. Seguía publicando su columna en el periódico, seguía involucrado en lo que eran los grandes reportajes, y se nos ocurrió a los tres, porque hubo un tercero involucrado, Ignacio Castillo, legendario fotógrafo de Excélsior, que a finales de 1970 fue director del departamento de fotografía del periódico; se nos ocurrió hacer un trabajo editorial a propósito de un viaje memorable que hizo con el boxeador Rubén Olivares “El Púas”, durante y después de una pelea muy importante que tuvo cuando vivía su mayor éxito boxeando en campeonatos mundiales. Nacho sirvió a Ricardo como una especie de *Virgilio*, para incursionar en el ambiente de la Bondaño, de

Tepito. Trabajamos el proyecto, y en la conformación, armado. versión definitiva. selección de fotografías, se parió la publicación de *Las Glorias del gran Pías*.

Después de la publicación *del Pías*, se me ocurrió repetir la experiencia proponiendo algo, en donde Ricardo, de diversas maneras, ya sea llevando un diario que luego usara o que viviera la experiencia y luego diera cuenta en los términos que le diera la gana, incluso empleando como mosquetero, amanuense, a Igancio Castillo. De común acuerdo se nos ocurrió el personaje *Acapulco*. Acapulco como sol de brutales contrastes. Contrastes que para los habitantes de los 90's son muy difíciles de valorar, porque ahora todo es desigualdad; pero hace veinte años esas situaciones eran excepcionales en México, porque aquí todo marchaba "muy bien". estabamos en la época de la administración de la abundancia.

Ricardo aprovecho su amistad con Rubén Figueroa padre para llevar a cabo este trabajo. Esa relación se tradujo en facilidades para incursionar y estar presente en cualquier lugar de Acapulco sin ningún problema, para familiarizarse con la cara de la miseria del puerto más visitado de México. Para ello, Ricardo literalmente estuvo varias semanas allá, viendo y viviendo todo tipo de situaciones.

De esta manera llegamos al armado de la edición de *Acapulco*, que luego Ricardo quiso subtítular: "la imagen del hambre y la miseria". Él tenía especial interés en ver cual era el resultado del libro porque era su primera experiencia y hasta donde sé, única experiencia de estas características, y quería que se editara proporciones totalmente distintas a sus primeras ediciones de 400 ejemplares. Esperaba hacer un trabajo que "saltara al mercado", en una especie de asignatura pendiente que tenia que cubrir.

Así ocurrió. Se hizo una primera edición muy ambiciosa para aquel entonces, por el tema y su tratamiento. Mil ejemplares a la circulación, que afortunadamente llevó varias reimpressiones, y que durante un periodo de seis a nueve meses, puso a Ricardo en un candelero de consumidores de libros que estaban ajenos a su obra. *Acapulco* puso a Ricardo por primera vez *en la barra* de los libros más vendidos.

Personalmente, no recuerdo que hubiera un texto que Ricardo me diera a leer, que por sus propias características, no me gustara; y se ha publicado todo lo que Ricardo Garibay me ha entregado, porque creo que el editor no está para criticar al escritor. ¿Por qué publicar este texto cuando tienes otros que son mejores, por qué te dejas de comportar duramente como editor? Yo no creo en “barras de control de calidad”. El editor mide los aciertos de un escritor a partir de lo que le ha conllevado a esos esfuerzos, la capacidad de audacia para llegar a esos resultados.

Ricardo se ha convertido en una figura retórica por su condición de madurez, escriba lo que escriba. Sus colaboraciones semanales son textos que muestran el privilegio que tiene Ricardo de hablar y escribir casi de la misma manera. Por ejemplo, una conferencia, un programa de radio, salvo unas cuantas correcciones, queda listo para publicarse.

Y cabe mencionar que siempre ha estado dispuesto, dentro de su aparente –y subrayo el adjetivo–, aparente soberbia, que no es sino el dominio de su oficio, que si algún texto no funciona o tiene una cara frágil, tirarlo al cesto y comenzar otra vez. No corregirlo, él nunca estuvo dispuesto a corregir nada, pudo haber llegado a corregir cosas que se pueden calificar de lineales: un adjetivo, la conjugación de un verbo, posiblemente la supresión de un pasaje o un párrafo, pero nunca volver a reescribir un texto, prefería tirarlo al cesto y volver a comenzar, no necesariamente con esa historia, sino improvisar otra. Ha aceptado corrección a sus textos, siempre con la condición de que sean pertinentes. Cuando termina un texto me lo hace llegar y de inmediato tiene que haber de mi parte un compromiso de cuándo lo voy a leer y cuándo le voy a hacer mis comentarios. Luego nos citamos para hablar, no en el regodeo onanista, sino para saber el efecto, que me ha causado y editar esa obra. Si se han hecho correcciones a las obras de Garibay, pero siempre ha prevalecido el texto original.

En esencia, Ricardo Garibay, salvo verdaderas excepciones, como *Lia y Lourdes*, está buscando tonalidades, atmósferas, actitudes diversas. La anécdota es un pretexto, la historia es un hecho. No es que califique a Garibay de un gran escritor, es un gran escritor,

pero creo que está en busca de algo que no encuentra. Cualquier obra que Ricardo esté trabajando va a ser para él lo que le exija la edad, porque un relato largo o una novela corta de 50 o 60 hojas, es lo que se ha exigido, no solamente por la propia capacidad puesta en sus escritos, sino por la templanza, la entrega y la enajenación absoluta, adentrado en sus búsquedas personales, en una actitud muy personal, devoradoramente personal. A diferencia de mi generación práctica, Ricardo está todas las horas del día sentado escribiendo o leyendo, constantemente, y cuando decide dejar de lado la lectura o la escritura, no parece que dejara de hacerlo, son como pulsiones vitales a lo largo de sus días.

En mi opinión, *Lia y Lourdes*, su último libro, es aparentemente, sólo aparentemente, un relato corto que Ricardo puede redactar en una tarde. Hay una cuestión que tiene que ser tomada en cuenta en el caso de Ricardo: ya no es capaz, ya no puede escribir novelas largas. No puede físicamente, anímicamente. No que ahora sea incapaz, lo que está claro es que una novela compleja, larga, lo cansa. Primero por la edad y después por el desgaste físico y mental que implica escribir una novela, ya no puede escribir los grandes libros como *Par de Reyes*.

Por ejemplo, "Los hermanos del Hierro" empezó a escribirse en su primera versión en 1957. Era algo que él, como las grandes obras, venía encubando, acercándose a la redacción que concluyó en 1980. Esa novela se reescribió durante años. Ricardo se podía dar ese lujo, porque en el camino hacia la redacción final, trabajaba en la estructura y publicación de otras obras. Ricardo podía dejar *Par de Reyes* por largo tiempo, para después volver a la novela y decidir qué tiempo le iba dedicar.

Pareciera que novelas como *Beber un Cáliz*, *La casa que arde de noche*, tal vez sea por la distancia, por el tiempo y la perspectiva, fueron sus obras más importantes, pero habrá que preguntarles a los lectores de los años 40, 50, 60, qué pensaban sobre los libros publicados en ese momento.

Después de que cierta obra tuvo éxito, muchos quisieran ser como tal escritor. No es el caso de Ricardo, él ha navegado siempre contra corriente y eso le ha costado mucho.

¿Quién no desea el reconocimiento de sus contemporáneos? Ricardo nunca ha estado muy interesado en corresponder a intereses de carácter generacional. nunca pudo actuar con gente de su generación. siempre permaneció de manera marginal. Tuvo amigos muy cercanos. de su misma generación. que ahorita están en las antípodas. Ricardo se reconoció como un escritor individual desde muy joven. que perdió hace muchos años la esperanza de ser reconocido. no porque le gratificara interés económico. pero hubiera querido ser reconocido como Premio Nacional de Literatura. Esos devaneos, aparentemente vanidosos. de que no le importan los reconocimientos, ya los ha dejado atrás. Él. en este momento. está en otra frecuencia.

Automáticamente se piensa que el mejor homenaje es que un escritor sea leído. No necesariamente. porque nada garantiza que a la muerte de Ricardo. se vuelva uno de los escritores de interés cotidiano. Es un escritor que se ha leído. que se ha dejado de leer. se han vendido muchos de sus ejemplares. Esto tiene que ver con ciertos acontecimientos. en los años 60's. 70's. donde había tres o cuatro colecciones de literatura dirigidas a ciertas generaciones. Uno podía ir a cualquier tipo de tienda y buscar el autor y la novela; pero conforme fue complejizándose la cuestión de los surtidores de libros. es decir. ¿por qué en todos lados se venden libros. con qué criterios? A veces los criterios poco tienen que ver con la literatura. corresponden a la rentabilidad de establecimientos, mesas. góndolas, aunado a una monstruosa producción literaria, a partir de la cual, en un recambio generacional más vertiginoso. la delegación de cierto tipo de autores no ha sido tan clara como lo fue hasta hace veinte años. Además. hay que sumar que en las dos últimas generaciones. la posibilidad de la lectura no es tan cotidiana. por razones de precio, desconocimiento de autores. el no tener elementos que apoyen el comentario; porque tampoco hay capacidad interlocutora de suplementos culturales en los medios de comunicación. Me pongo en el pellejo de un muchacho de 16 años. buscando un libro de Ricardo Garibay.

Si Ricardo tuviera 20 años menos y pudiera volver a incursionar en el mundo del circuito oral. con conferencias. pláticas. posiblemente podría volverse a encontrar entre los

muchachos, pero no sólo la edad, son las facturas que el cuerpo cobra, que lo imposibilitan.

Independientemente de ser el editor de Ricardo, puedo decir con toda sinceridad, que es una persona a la que realmente quiero, más allá de admirarla, de sentirme impresionado por su personalidad, por sus textos, por su inteligencia, por su privilegiadísimo oído. El sentimiento que me sale a colación por él es de un gran afecto y un gran cariño. Es de las pocas personas que se dedican al oficio de la escritura, en donde la identidad de la forma de expresión oral y la forma de expresión escrita es casi idéntica. No hay diferencia. Uno puede estar escuchándolo, referirse a un hecho cotidiano sin menor importancia, poniendo una serie de elementos anecdóticos como una introducción, y pareciera que está simplemente leyendo un relato, que salvo pequeños ajustes, puede estar listo para que se le transcriba a máquina -porque Ricardo sigue hasta la fecha escribiendo a mano- se le transcriba a máquina y le meta tres o cuatro correcciones sin mayor importancia. Ese talento es muy poco frecuente.

Hay una anécdota que Ricardo a veces comenta en reuniones. Él siempre fue una persona que antepone a cualquier acuerdo virtual, urgencias de carácter económico impresionantes, siempre andaba presionado económicamente. A finales de 1980 decidimos contratar "Los hermanos del Hierro" por la cantidad de, probablemente, de 25 mil pesos de aquellos años. En ese momento hubo cambios en Editorial Grijalbo en cuanto al catálogo que manejaba de clásicos y de escritores contemporáneos, salieron algunas personas. Una de las personas que salió de Grijalbo decidió ofrecerle, con cheque en mano, una cantidad significativamente mayor por el libro. Ricardo firmó un nuevo contrato por cien mil pesos por una novela llamada *Par de Reyes*. La novela se publica a mediados de 1982, en una circunstancia totalmente desconocida para nosotros. La reacción de Ricardo no fue manifiesta de inmediato, porque había motivos de sobra para que así fuera; pero pasado un tiempo prolongado, posiblemente a mediados de 1983, Ricardo buscó encontrarse conmigo, no sólo para aclarar, sino para aceptar desde un principio y antes de cualquier



argumento: "Sí, lo acepto, soy un hijo de la chingada, no tengo remedio, no tengo excusa, no tengo explicación, soy un hijo de la chingada".

-Al margen de que comparto tu opinión respecto de tu persona -respondí-, el problema no fue lo que lo hiciste, sino cómo lo hiciste. Pudiste haberlo planteado, no había ningún problema.

Finalmente dijo que como era una editorial que comenzaba, podía dedicarle toda la atención a su libro, lo que para nosotros hubiera sido una novela más, importante, pero una novela más, y por ser la obra a la que le había dedicado más tiempo, con la que estaba involucrado anímicamente, quería su mejor destino, y por lo tanto, consideraba que esta editorial se lo podía dar. El hecho sobre la mesa era muy claro, tenía la razón y a partir de entonces se abrió un largo paréntesis en la relación, independientemente de que siempre nos hemos dicho las cosas tal cual, mucho después de la experiencia. Claro que no le duró mucho el gusto, porque con la crisis del 82, esos cien mil pesos se le convirtieron en muy poco.

Por más afecto que pueda haber entre Ricardo y yo, nos es relativamente fácil encontrar motivos sobrados para mantener conversaciones. La posición estrictamente humana de escritores-editores, es muy difícil, y con Ricardo se dio de manera espontánea. Aparte de ser un profesional, a pesar de que digan que es insoportable, soberbio, yo hablo de la contienda como me va en ella. Mi caso ha sido contrario de lo que la mayoría de la gente emplea para referirse a Ricardo Garibay: la nuestra, es una relación entrañable, afectuosa, de admiración y respeto.

**Rogelio Carvajal Dávila, editor y escritor.**

## FAUSTO VEGA

**R**icardo Garibay y yo estudiamos juntos la preparatoria, en 1940. teníamos 17 años. Ya desde entonces Ricardo era un muchacho malcriado. No se le ha quitado. Era muy malcriado, pero muy inteligente, preocupado. A Ricardo le llego la vida como un muro que tuvo que derribar y hacer ventanas, y le costaba mucho trabajo, porque no era un irresponsable. tenía que estar pensando todo el tiempo.

Digamos que uno esta hecho para pensar, aunque no muy bien hecho. Yo era y soy malcriado, sobre todo si lo dice Fausto, porque él es un hombre cordial, gentil, bien educado, que tolera con mucha parsimonia la falsedad y la mediocridad en los demás, yo no.

Probablemente, sin ningún derecho, exijo veracidad, y exijo compromiso en la conducta de mis amigos, de mis compañeros o de mis interlocutores; Fausto no. Esto que pido me hizo siempre imprudente, impaciente y agresivo. Fausto festejaba siempre con mucha risa todas mis salidas de tono, me consideraba muy ignorante, de manera que de muchos modos no podía él conversar conmigo. Yo desdeñaba este juicio y hablábamos.

Lo más probable es que en la ignorancia tuviera razón, nunca he almacenado los conocimientos de tal modo, que pueda pasar por un hombre erudito o sabio en algunas cosas.

Siempre ha habido, por la mala crianza, una especie de inevitable improvisación en mi manera de ver el mundo, las cosas y a los demás. Esto le ha dado alguna frescura a mi trabajo, a mi temperamento, pero no me libro de las censuras que pueda merecer.

Se es como se es. y una de las formas más claras de la madurez es aceptarse así, tal cual.

La generación que nos tocó vivir era crítica frente a la innovación de los contemporáneos. poetas centrales en ese entonces. Esto nos obligaba a pensar nuestra propia decisión porque no era fácil. debido a que teníamos un espíritu de insurrección total. no nos plegábamos a los gustos y criterios establecidos. No dejábamos de admirar a los poetas centrales; había una admiración pero no una sumisión por estas personas. Era un interés crítico, unas ganas de estudiar su poesía, de ver sus procedimientos y, sobre todo, afirmar moralmente a nuestra generación. Esta afirmación era importante porque estábamos en un trance muy específico de nuestra sociedad. La sociedad caminaba de una estructura casi rural, una incipiente industrialización, a un urbanismo pleno. Fueron los años de la explosión demográfica. En 1936 había 34 millones de mexicanos. para 1940 ya éramos 40 millones. Nos tocó vivir ese momento de aceleración. La configuración del país no era muy precisa, no en cuanto a ideología y características, sino en sus procedimientos: todavía eran gobiernos que pensaban municipalmente las cosas.

Estos gobiernos también se veían afectados por el crecimiento y la necesidad de integración en el mundo. Ya no se podía pensar, desde entonces, en soluciones aisladas para un sólo país. Tan era así, que el fascismo, el nazismo y el comunismo planteaban posiciones internacionales, porque ya no era posible vivir aislados. Había un retorcimiento de situaciones y teníamos que pensar en uno mismo, en los otros y en los demás, para poder encontrar un sitio en la vida. Esto que ahora es temático, en esa época era vivencial; lo vivíamos, lo experimentábamos, lo sentíamos, y no lo podíamos precisar con claridad; sin embargo, teníamos esta inquietud.

Todo esto nos llevó a buscar las lecturas adecuadas, las admiraciones cariñosas y la *liason* más estrecha entre los que coincidían con nosotros. En Ricardo era muy evidente su crisis religiosa. Él siempre ha tenido esta crisis, vive de ella, todo lo que hace Ricardo es alrededor de la religión. Es un metafísico aunque no lo quiera reconocer. Hay que leer sus

últimos libros, para ver que ha planteando lo mismo, que no ha superado lo que para él fue muy profundo y formativo: el sometimiento religioso que le dio estructura a su conducta.

¿Dónde son las primeras crisis en un mundo que se transforma? Con la familia. Toda aquella disciplina rural, provinciana, que se rompe y ya no nos puede contener. Ricardo salía de su casa para ir a la preparatoria, para ir al mundo, a la vida. San Pedro de los Pinos y la Escuela Nacional Preparatoria, que se encontraba en la calle de San Ildefonso eran sus mundos, sumamente diferentes. Ricardo vivía en San Pedro de los Pinos, yo vivía en Tacubaya y Rubén Bonifaz, otro gran amigo, en San Ángel. Éramos los tres que siempre estábamos juntos. Habían otros más, muy queridos todos: Emilio Uranga, Corrales Áyala, Juan Noyola, Gustavo Galindo, José Luis Campos y muchos más. Era un grupo muy grande, pero fundamentalmente la relación era entre los tres.

Rubén Bonifaz, Fausto Vega y yo éramos como hermanos o más.

Rubén es un hombre apartadizo, difícil. Éramos más que hermanos, pero él se dedicó a estudiar y yo me entregué a andar de cabrón, a solucionar la vida, la cacería de mujeres, que nunca conseguí, la catolicidad que Rubén rechazó muy temprano; yo no, la rechacé después, y la academia, el estudio.

Rubén es un sabio, ha estudiado toda la vida a fondo, yo todo lo contrario; eso nos fue separando. Él veía con desdén mi mundanidad, yo veía con desdén su academia. Nos encontramos mucho tiempo después, con cariño franco, abierto, pero ya teníamos muy poco que decirnos. Si usted no frecuenta a un amigo, pierde el diálogo. ¿de qué le hablo?, por Dios. Ya es muy difícil ver a Rubén, porque ha perdido mucho la vista; esto lo echa hacia atrás, hay mucha dignidad en él, no se deja ver, no quiere. Creo que hace ya, fácilmente, 10 ó 15 años que no nos vemos, que no hablamos, y lo terrible sería verse y hablarse, porque no tendríamos de qué hablar.

Estudiábamos a unas cuerdas del centro y luego de las clases caminábamos para salir a la avenida Juárez, luego por Reforma para salir a la avenida Chapultepec en la calle de Lieja; de ahí nos íbamos por la calzada de Tacubaya y algunas veces, porque era muy largo

el camino, llegábamos hasta la casa de Rubén, en San Ángel. Eso era todos los días, porque teníamos mucho que hablar, mucho que decir, mucho que discutir. Yo hablaba muy poco de problemas sentimentales; Ricardo y Rubén eran más explícitos, sobre todo Ricardo, que no tenía secretos, era totalmente extrovertido.

Ricardo era muy vigoroso en sus planteamientos, muy dogmático en sus afirmaciones, pero muy lúcido al mismo tiempo, siempre estaba cuestionando todo lo que decía. Hablábamos muy poco de política, pero sí mucho de poesía, de literatura. El trabajo literario era lo que nos unía, era nuestro trabajo, nuestra concepción de las cosas. Ricardo desde esa edad ya era escritor. Eso es cierto. Él afirmó, desde que pisó la preparatoria, que era un genio y se tenía que portar como tal, entonces tenía los modelos de Juan Cristóbal, de otros literatos que seguramente ahora dirá que nunca leyó. Los modelos de Ricardo eran la irreverencia, el enfrentamiento, la claridad para decirle a alguien: "Eres un imbécil y no me gusta lo que haces, porque no lo sabes hacer": el afán de perfección.

Emilio Uranga me decía que yo nacía todos los días, que era incapaz de aprender nada de nada, y que todos los días me levantaba para descubrir lo que es el mundo y la vida, todos los días; que era un hombre incapaz de aprender, pero que veía siempre, cada mañana, la vida como si comenzara el mundo. Esto decía Uranga, a veces me lo expresaba como un gran elogio; otras, como un iracundo reproche.

Es la misma actitud de Fausto, probablemente tienen razón. Nada me molestaría tanto como ser verdaderamente ordenado, juicioso, prudente y sabio. Consideraría yo que estoy a punto de morir, o que he entrado en una franca decadencia.

Una especie de agresiva juventud, de abusiva juventud, me ha acompañado siempre, por dentro y por fuera: me ha hecho desatinar mucho, pero creo que también me ha dado cierta frescura, cierta justificada audacia para andar en mis terrenos, que son nada menos que los de fingir el mundo y la vida en lo que escribo.

Vivíamos en la espiritualidad y nuestra vida era difícil; sin embargo, muy rica en experiencias. Aprendimos a sorprendernos con lo pequeño, no nos entusiasmaba el que hubiera un Hitler, un Mussolini; pero sí nos sorprendían los poemas de Neruda, que daban una condición de orfandad y de exclusión, porque ése era el otro sentimiento correlativo; estábamos excluidos porque no queríamos participar y eso nos hacía completamente distintos. Nosotros llevábamos esto con mayor prudencia, pero Ricardo no, él siempre ha sido exorbitante.

Conocí a la familia de Ricardo, aunque no tuve una gran amistad con ella. Su mamá era una señora muy dulce, su papá era hosco y nos veía de reojo, con desconfianza; su hermano José admiraba mucho a Ricardo, y las hermanas lo veían con cierta prevención, con sorpresa, como pensando: "Quién sabe por dónde va a salir Ricardo".

Lo que nos puso delante a uno de otro fueron las clases de Erasmo Castellanos Quinto, en la preparatoria. Erasmo Castellanos Quinto le daba la oportunidad a los alumnos de lucirse un cuarto de hora antes de terminar la clase, entonces cada quien decía su bodrio – el que quería decirlo–. Nosotros casi siempre participábamos. Durante ese cuarto de hora se decían los poemas que hacíamos, y la reacción de los compañeros era de admiración y sorpresa, era muy raro que alguien nos pusiera trabas o le pareciera extravagante. Teníamos mucho éxito.

Yo quería escribir una novela que se llamara como el poema de Rubén Darío, "La princesa está triste", porque "La Princesa" era la nevería del griego, Juanito Potasio, y de su mujer Lupita, en la calle Argentina, en el centro. Ahí nos juntábamos y eran las grandes reuniones y discusiones. Llegábamos a "La Princesa" después de las once de la mañana, al salir de las clases de Derecho, hasta las siete, ocho de la noche. Hablábamos todo el tiempo, la pasábamos intercambiando libros, ideas, sentimientos. En "La Princesa" vivimos los primeros amoríos.

Cuando Rubén y Ricardo llegaron a la preparatoria yo ya había estado un año. Estudiamos Derecho porque la mayoría de los profesores eran abogados y era como una consecuencia. Las reglas de la escuela eran demasiado opresoras, él único que las cumplió

fue Rubén. Cumplió con todas las de la ley su licenciatura en letras clásicas, su maestría y su doctorado. el es de una formación universitaria total. Rubén Bonifaz estudió el bachillerato de Ciencias Químicas. Ricardo estudió el de Humanidades, yo quería ser marinero; pero no me admitieron en la Escuela Naval porque no tenía la estatura, y no quería ser ingeniero, así que estudié Derecho. Ricardo y yo éramos más broncos. nos molestaba que nos impusieran cosas.

Recuerdo una vez que estuvieron a punto correr a Ricardo de la universidad porque escandalizó a los compañeros en un discurso en el "Generalito". propuso un ideal de belleza y se puso él como ejemplo y, claro, se le vino el mundo encima. fueron gritos y sombrerozcos.

Ya en la Facultad de Filosofía encontramos la comunidad intelectual que andábamos buscando, aunque no nos colmara. Ahí, Garibay derivó hacia su amistad con Jorge Portilla, que para él fue un deslumbramiento total porque Portilla, hombre muy inteligente. muy desbaratado de su mundo afectivo. le enseñó una vida que Ricardo hasta entonces no había tenido: la juerga. Un mundo de deslumbramiento en donde Portilla, que era otro católico, fue su maestro. Le enseñó el mundo del desarreglo. Le mostró que el universo no estaba tan ordenado y no podía ser tan ordenado. que había desorden. confusión y desasosiego.

También en la Facultad de Filosofía vivíamos en un desorden. Salíamos de clases irregularmente a enfrentamos al mundo de las mujeres. que era mucho más difícil, duro y terrible; mas para nosotros fue azaroso. No era fácil, porque no lo tomábamos con superficialidad. Eso fue lo más grave. Éramos muy críticos, pensantes, había que desentrañar todo. Eso nos limitaba porque las mujeres quieren hombres espectaculares, y nosotros definitivamente no lo éramos.

Padecimos por las mujeres. éramos pobres. Había un interés fundamental, porque otros muchachos pobres tenían más suerte con ellas y les dedicaban todo el tiempo; nosotros no teníamos tiempo para ellas. Era muy conflictiva. muy comprometida nuestra situación de pobres sin tiempo. No había manera de que las muchachas nos hicieran demasiado caso o tuviéramos una relación permanente y duradera. Cuando lográbamos tener una novia, era con muchos altibajos y conflictos. No se pedía jamás una sumisión, pero existía una

necesidad de deslumbramiento intelectual: entonces llegaba alguien que les ofrecía una torta de chorizo y se acababa el deslumbramiento intelectual, eso era evidente.

Esa relación de amo y esclavo fue muy tensa. Era apoderarse de una mujer sin medias tintas y cualquier sospecha de fuga era motivo de preocupaciones tremendas y reproches. No digo que los hombres no espectaculares no lógren arraigar en las mujeres; pero ellas desean otra cosa, prefieren estos universos que les parecen deslumbrantes, y nosotros les parecíamos muy aburridos. Todo lo queríamos analizar, las queríamos traer a ese mundo de ideas, con desesperaciones, y no funcionaba.

No era fácil estar llenos de erizo, de confusiones, de aclaraciones. Vivimos apasionadamente, éramos o parecíamos locos. Nos metimos en nuestras cosas con gran demencia, con una avidez por saber, por conocer, por aprender. Vivíamos en la inseguridad total, por esta manera analítica de ver las cosas, y siempre era un terreno muy resbaladizo; pero salimos del charco. Fue una juventud de cierta manera dolorosa; claro, ahora la veo en perspectiva y le doy otro sentido, otro valor, se levanta uno como sobre un muerto. Ricardo, Rubén y yo siempre estábamos metidos en los mismos problemas, no era legítimo tener problemas particulares. Nos contábamos todo: relación familiar, relación escolar, relación afectiva con las señoritas; todo lo compartíamos, no había secretos. Todo se sabía, se discutía, se externaba con gran elegancia; se puede decir que eso mantuvo la amistad por tantos años, porque no fue una amistad pegajosa, nunca hubo reproches amistosos. Si uno tenía algo que decir, fríamente lo podía exponer. Por ejemplo, Ricardo siempre fue, por esta búsqueda de sensaciones, una persona inclinada a conocer mucha gente. Él era el de los otros amigos. Eso nos inquietaba, nos contaba de otras gentes y de mundos en los que no coincidíamos, y nos enojaba porque lo sentíamos como una deserción, como una disipación. ¿Qué tenía que buscar en otros lados, si la friega, la pelea estaba aquí? No tenía por qué ir a ver otro lado. Era muy claro el afecto que sentíamos entre nosotros y lo manifestábamos: ¿Qué andas buscando en otro lado, qué fuiste a hacer, qué viste un burdel y te pareció interesante, dónde estaba lo emocionante? Nos respetábamos mucho, respetábamos



tremendamente las penas, el fracaso, la posibilidad de cada uno; pero los triunfos los celebrábamos con mucha alegría.

Había cierto valor para vivir, nada más. Sentíamos realmente la amenaza del mundo porque éramos una generación de peleoneros. Esa fue nuestra comunidad.

El fenómeno literario es algo muy curioso. No es ni el lenguaje, ni la historia, ni los buenos o malos personajes. ¿Por qué una novela es una buena novela? Porque lo pone a uno en contacto con un horizonte de posibilidades imaginativas que completan una visión del mundo.

Las cosas han caminado de tal manera, que en mucho estamos mudos. No tenemos un hilo de discurso demasiado coherente, todo ese sobreentendido, todo ese bajo entendido que hace posible una interrelación de modos lingüísticos. Ya no tenemos los asideros que tuvo el folletín, la novela del siglo pasado, que cumplía con una función en la sociedad arreglada de cierta manera. Ahora se tiene la novela sin personaje, la novela como experimento del lenguaje o bien como recreación casi televisada; pero la literatura no se impregna de humanidad.

¿Qué pasa con Ricardo en esta perspectiva? Ricardo es un autor mexicano que rompe con una tradición mexicana de contar. Todo escritor que no plantea una ruptura es débil. Ricardo encaja en un mundo muy especial, porque sus antecedentes escolares eran la gran novela inglesa, alemana, española, y sus modelos eran los escritores españoles: Quevedo, Miró, Becker. Después cambió a Jean Juno, que fue una de sus lecturas predilectas, y más tarde leyó a Baserman ávidamente y se impregnó de ese mundo lleno de confusiones. Ricardo no pretendió nunca un mundo objetivo, épico, aunque haya sido un gran lector de *La Iliada*, que le sirvió para el manejo de concepciones literarias.

Ricardo no escribe historias, describe, es un gran descriptista. Para él la descripción tiene un valor casi metafísico; logra, por medio de la palabra, plantar el objeto delante, da con el ser de ese objeto. Garibay trató varias veces de meterse al terreno de la filosofía, pero su naturaleza no le hacía tragar las ruedas de molino que se debe tragar todo el que estudie filosofía; todo filósofo habla de lo que no es, y su registro es de otra naturaleza. Ricardo

tiene la pretensión de que el lenguaje le sirva para que emerjan las cosas, y cuando emergen tienen más ser, son más ser; porque no dependen más que de esa construcción: son sólidas, duras. Dan la impresión de ser una escultura.

Garibay no es contador de historias como Rulfo. Éste cuenta en el sueño y Ricardo cuenta a plena luz, no le gusta el sueño, lo brumoso, lo confuso; le gusta lo que tiene mucha claridad. Acomoda todas sus experiencias a esa luz del lenguaje; entonces hace posible que emerjan y tengan vida. Es un realista nato como Erasmo Castellanos viejo. Lo que Ricardo ve es lo que plasma, lo que siente es lo que recoge, y por eso tiene esa soltura descriptiva tan viva, tan fina, tan cuidada; necesita un idioma que defina esas cosas con la identidad que les conviene. Por eso Garibay es un preocupado por el lenguaje, se pelea y lucha contra las palabras. Ése es el estudio fundamental de Ricardo: entender que el lenguaje siempre es universal y hay que jalarlo para que se acomode a la experiencia concreta.

El fenómeno amoroso para Ricardo es algo tan real como un objeto material. El amor a su padre, a sus amigos, a las mujeres, lo quiere hacer sólido, le da consistencia y fuerza para emerger en él como una mesa, una silla. A Ricardo le interesa la materialidad en la vida sensible.

Bonifaz no, para él las cosas siempre tienen un significado. Para Rubén las experiencias no se quedan ahí, mientras que para Ricardo ahí está todo, su sentido secreto, su sentido evidente. Para Bonifaz hay otros “detrajes” que son una envoltura envanescente y casi mística.

Ningún escritor es fácil, todos están llenos de posibilidades, y Ricardo fue desarrollando una conducta de apoderamiento. A él le gusta apoderarse de las cosas, ser centro de las cosas, de las situaciones; se apodera de las mujeres, de las actitudes, del idioma. Para apoderarse de las cosas uno tiene que estar muy listo, porque uno quiere poseer algo que supone es valioso, y si es valioso lo quieren los demás; entonces, hay que hacerlo enfáticamente, coléricamente para que no se lo vayan a quitar, para señalar que eso es de uno. Ésa es la cólera de Ricardo. Así era desde muchacho, se enojaba mucho. Se enojaba por un desdén, por una cita no cumplida, por un obsequio que no lo complacía o que no le

dieron; una falla de trato lo ponía fuera de sí. La falta era algo que no entendía, que no entiende.

Todo tiene, más menos, una línea de explicación. Ricardo concibió la vida con esa dureza que cuenta en *Fiera Infancia*. Esa dureza, esa verticalidad del padre tiránico que a Ricardo le ha parecido. El señor no era tan tiránico ni tan terrible, porque Ricardo no hubiera podido aletear como lo hizo si realmente hubiera estado tan sometido a su padre; hubiera supuesto otro rompimiento y no la muerte que beatifica al papá, que tanto le dolió, y le dolió por no haber tenido un mayor entendimiento más que un desamor.

La vida nos puso por caminos distintos: los intereses particulares, el ganarse la vida. Yo llegue con él hasta Bienes Nacionales. ahí dejamos de vernos cotidianamente, aunque tuvimos una gran amistad. Ricardo y yo seguimos siendo muy amigos, y lo quiero mucho. No nos vemos porque la vida de ambos ha girado en otros ejes. No creo que en este momento tengamos una coincidencia como hace 55 años; porque fue la época de formación. después era consolidar lo que se tenía y todavía ahí nos encuadrábamos. Luego él hizo lo que tenía que hacer y siguió. Lo mismo pasó con Rubén, pero con él me sigo viendo porque hay. aparte de la muy profunda coincidencia afectiva, la coincidencia universitaria.

Sigo conectado a la Universidad Nacional Autónoma de México y en Rubén toda su vida es la UNAM. Cuando me alejé de la universidad lo dejé de ver. igual que a Ricardo; cuando regresé, hablando del espacio UNAM, nos encontramos, ya sea en un café o una plaza; con Ricardo eso ya no pasó. Ricardo se fue a Cuernavaca, y yo, soy muy sedentario, no camino más de 7 km. de mi entorno; sin embargo, quiero mucho a Rubén y a Ricardo, les tengo mucha admiración y respeto.

Los buenos recuerdos están ahí, intocables, la única muerte verdadera es el olvido, yo no olvidé a Rubén ni a Fausto.

Es un orgullo poder decir que fuimos como hermanos. o más aún, y recordar innumerables conversaciones, innumerables, de todos los días, de todas las noches, durante muchos años.

Ricardo se ha separado de nosotros, pero lo estimo mucho, lo quiero mucho, porque juntos conocimos el amor, el desamor, el fracaso, el triunfo, la traición, el desdén de los amigos, y todo eso fue haciendo nuestra vida.

Fausto está bien, está sentado, es un hombre maduro. Él quiso siempre estar donde estaba la Academia, y ahora es Secretario del Colegio Nacional, y supongo que se siente bien ahí.

Fausto respeta a toda esa gente, a los del Colegio Nacional, gente por la que yo no siento ningún respeto, ninguna reverencia, ningún acercamiento.

Él está bien, no hay ahí quien le eche a perder la vida, los días, como yo se los echaba a perder con mi incesante agresividad un poco cerril, un poco montada, cuando éramos jóvenes.

**Fausto Vega** nació en la ciudad de México en 1922. Estudió las carreras de Filosofía y Leyes en la UNAM, pero en ninguna se tituló. Fue maestro de filosofía en la UNAM hasta 1977, año en que se jubiló. Ha sido colaborador de *La Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, *Revista México en la Cultura*, *Diorama Cultural* de *Excélsior* y *Revista Mexicana de Literatura*. Es director general del Colegio Nacional desde 1983.

## **Capítulo 2**

**EN PALABRAS DE  
RICARDO GARIBAY**

## En palabras de RICARDO GARIBAY

La campana que resuena anuncia mi llegada, y cuando se abre la puerta, me adentro al clima siempre agradable de Cuernavaca, que envuelve una casa enmarcada por un enorme jardín, cuyo fondo es el murmullo del río que corre y arrulla el silencio mecedor de flores y árboles.

Espero en una estancia de arcos y ventanales, adornada en el centro por un enorme árbol. Bella naturaleza rodeada de cuadros y esculturas, es la arcada, lugar para reuniones.

Una figura maciza atraviesa el patio a toda prisa y se pierde entre los árboles. Una persona me pide que pase al estudio.

Ahí, enmarcado por una luz cegadora que no permite distinguir, se encuentra la figura perenne del maestro, sin mirar el entorno conocido de memoria que es su estudio, envuelto por el humo del cigarro.

Poco a poco la mirada se adapta a la habitación. La decoración es elemental, no se concibe de otra manera. Fotografías familiares y cuadros del maestro. Una mesa de billar en el centro es rodeada por la biblioteca con más de cuatro mil libros, todos leídos. Hay tres escritorios, uno de ellos cubierto por las lecturas pendientes y, en una escuadra de dos ventanales, el escritorio principal.

Ahí se encuentra él, que con voz estentórea me ordena: ¡pase!

“El olvido es una forma de muerte. En la medida de nuestra memoria vivimos, y en la medida del olvido muere el mundo en nosotros, y morimos con él”

### *LA AUTORIDAD, UNO DE LOS TROPIEZOS DE MI VIDA*

Me casé en diciembre de 1948. Nos casamos dizque en secreto, pero la misma mañana fuimos corriendo a contarle a medio mundo. Minerva, mi esposa, no le dijo a nadie de su familia, sino a una amiga; aunque a los pocos días ya lo sabía su mamá. Nos casamos en secreto para golpear a la autoridad. Uno de los principales tropiezos de mi vida ha sido la riña, la pelea contra la autoridad, nunca la soporté. Eso es bastante malo, es una manifestación de neurosis profunda. En realidad, lo que no se aceptó en el comienzo de la vida fue la autoridad de los padres, había una violenta enemistad hacia ellos; esto era un conflicto muy hondo. Contra eso he luchado toda mi vida. Arremetía contra la autoridad

---

\* NOTA: Cada vez que aparecen párrafos en sangría, son impresiones de la autora sobre Ricardo Garibay.

<sup>1</sup> *Paraderos literarios*, pág. 180. Editorial Joaquín Mortiz, México, 1995.

en la escuela. en los trabajos cuando comencé a laborar, en el mundo de la inteligencia al que pertenecía; y las autoridades fueron cobrándome esa rebeldía. ese desacato, esa grosería. me hicieron pagar largamente.

¿Me arrepiento de mi rebeldía? De nada hay que arrepentirse; pero sí lamento que haya sucedido así, porque buena parte de los sinsabores que he vivido se deben a esa manera de ser. que desconoce la respetabilidad de la autoridad y arremete contra ella.

Al principio, la vida de pareja fue bien. estaba llena de amor, de deseo sexual, de entrega. Era fácil, pero no lo era la pobreza a la que me enfrentaba. Me había peleado con medio mundo. tenía un empleo muy modesto en el gobierno, que nos daba para vivir; de repente se acabó también. Me quedé sin trabajo. Las dificultades en la vida eran por la pobreza. nunca con mi esposa. Ella jamás. en medio de toda esa estrechez. se quejó ni pidió nada. De manera que es una mujer que merece reverencia y, cuando hay, se le da todo. sólo aparto algo para comprar libros.

Son 47 años de matrimonio y siguen. y hubo épocas en las que no teníamos que desayunar. los hijos, la esposa. y yo tenía que salir corriendo a encontrar al amigo que me prestaba diez pesos para poder desayunar. Mucho tiempo, y jamás una queja. jamás una petición. jamás un derrumbe.

Minerva no podía ayudarme económicamente, porque desde el principio tuvo que atender gemelas, Mónica y María, y Minerva, que es un año menor; era como criar trillizas.

No había casa ni dinero para alimentarse, yo no podía hacer nada. Todos los días salía dizque a buscar trabajo. No encontraba nada. Salía a caminar las calles del centro, años cincuenta, me sentaba en los parques. en los cafés, entraba a los templos; permanecía largamente adentro porque estaba fresco. En esos momentos no pasaba nada por mi mente, me ponía a leer. Leía mientras mi familia estaba en la total pobreza. Me sentía incómodo, pero no encontraba trabajo, ¿qué iba yo a hacer? Una forma de neurosis es el alcoholismo, una grave forma; otra, no funcionar, no saber cómo manejar la vida. No que no se quiera, es que no se ve cómo. La inoperancia, el no funcionar en los hechos de la vida diaria.

Minerva veía que no podía hacer nada. Esperar era lo que hacía. Ella es una mujer del norte y siempre estuvo junto a mí. supongo que no muy divertida. Es la lealtad de estas mujeres. la dura educación que recibieron de la madre. Su mamá. sus hermanas. ella misma, son mujeres muy poderosas. del desierto. del norte de la República. de la frontera; están hechas para lo que quieren en la vida. sin fantasías, sin novelorías. Es la realidad misma. Parecen estar hechas en un troquel de hierro. todo se vive hacia dentro. no hay aspavientos, iracundias. no hay nada. La vida viene así. y se recibe en silencio.

Si hubiera recibido alguna queja de parte de Minerva, supongo que me habría escondido en algún lugar. me suicido o la abandono. Con una mujer. digamos. de mi mismo temperamento habríamos acabado a puñaladas muy pronto.

Aquí ha habido un violento contraste entre mi esposa y yo. Ella es la sensatez y la razón en el existir diario; yo soy todo lo contrario. Creo que esto me ha equilibrado y me ha logrado centrar de alguna manera.

Mi familia ha tenido que sobrellevarme, aguantarme.

El gesto adusto. la mirada fría. Es el rostro de un hombre duro que no quiere recordar y se ve obligado. El recuerdo de un demonio que lo acechaba en todas partes. no importaba donde. ahí estaba; y la lucha constante para no bajar la cabeza y someterse a él. Era un temor muy grande. una profunda neurosis.

#### *EL DIABLO NO ES MAS QUE UN IMPULSO NEGATIVO*

Un hombre aquejado de tal manera por la neurosis no se le puede exigir responsabilidad, madurez, hombría. No se puede porque no tiene la culpa de lo que está viviendo, como no tiene la culpa el alcohólico de serlo, es una enfermedad.

Parece que ya he superado la neurosis. pero no totalmente, eso ya no se supera nunca. El diablo no es más que la representación de un impulso interior sumamente negativo; uno no sabe qué impulso es. ¿Era el ímpetu de matar a mis padres, acaso?



Eso difícilmente se supera, y no es el diablo al que le está uno temiendo, la razón pelea contra todo eso, y triunfa; pero la emoción no, uno sigue sintiendo aquel terror que tanto lastimó en la infancia. Esto es así, no se puede componer, ni modo.

He vivido sufriendo, luchando, con ayuda del psicoanálisis, *concienzando* toda mi vida, trayéndola a la luz de la cordura de la vida natural, la que se vive a diario, a la luz del trabajo, en el que he invertido todas mis energías.

No ha sido fácil, y canalizo todas las energías en el trabajo que tengo que hacer, en mi literatura, a la que me entrego todos los días, once horas diarias. Y los diablos siguen; antes aparecían a toda hora, ya no; pero de cuando en cuando reaparecen y me espanto, siento una profunda inquietud, una desagradabilísima inquietud. No se puede trabajar, no se puede pensar.

En esos momentos recuerdo el psicoanálisis, recuerdo las innumerables explicaciones para todo esto, recuerdo el sentido que puede tener, y poco a poco va desapareciendo. La vida no ha sido un regalo. Por fuera no se veía la neurosis, por fuera era yo un encanto; el circo, la descompostura estaba dentro. No lo veía quien convivía superficialmente conmigo, pero los que vivían a mi lado, se fregaron.

--Calma-- ordena.

En el comedor, rodeado por la familia: esposa, hijos y nietos que se reúnen los fines de semana, ya no es más la figura enorme que avasalla con su voz de trueno. Ahora es el padre, el abuelo, el esposo que no para de contar anécdotas.

--Terminé de leer tres libros-- dice.

También en el comedor es el centro, la figura, y todos son buenos interlocutores, a la altura intelectual que busca.

Después de la comida se retirará a dormir un rato, como lo hace todos los días.

### ***NO DEJÉ DE PESAR IMBÉCILMENTE SOBRE MIS HIJOS***

No fui el padre que hubiera querido, heredé la rigidez del mío. No sé qué se necesita para ser buen padre, quién sabe, tal vez ser gente equilibrada.

Necesitaba paz para escribir. ¿cómo la conseguía en un cuarto de vecindad con cinco hijos? Los callaba abusivamente, creándoles dificultades, creándoles una infancia no muy feliz. Eso lo sabe uno y se apena.

Sólo exigía a mis hijos lo que sabía hacer: leer y escuchar música. No podía exigir que salieran muy bien en la escuela, además no me interesaba; cuando de repente había un hijo que sacaba diez, me sentía muy molesto, pensaba: “Estúpido, no va a ser nada en la vida”: porque el de los dieces es un muchacho conforme, que acepta todo lo que le impone la sociedad, porque es un espíritu sin autonomía, cumple con la tontería de la escuela; el muchacho rebelde no cumple. Buscaba rebeldía, lucidez, sensibilidad, y eso imponía, probablemente, no por el mejor de los modos. Mis modales nunca han sido buenos o recomendables, tranquilos o equilibrados, nunca. Esto lo tuve con mis hijos, y probablemente de ahí salieron algo lastimados. Además, hasta muy avanzada su primera juventud negaban ser hijos míos, no les divertía el asunto; a esto hay que agregar que ellos heredaron mi rebeldía.

La rebeldía consistió en que los cinco hijos procuraron, a partir de los 18 años, irse lejos: ya que pude enviarlos a Europa. A esa edad procuraron estar lejos, por alguna razón.

María estuvo cinco años por Europa, los demás estuvieron uno o dos. Costeaba sus viajes, alguien tenía que hacerlo, era mi obligación.

No hay responsables por nada. La vida es la vida, yo no inventé mi neurosis, ni quería mi neurosis, pero es indudable que por alguna razón los hijos se alejaron, por su propia salud, tiempos largos.

Ahora ninguno vive con nosotros, sólo María, ya hecha las paces de ella consigo, y de ella conmigo y con su madre; ya está aquí, me ayuda en todo mi trabajo, pero desde hace poco puede estar aquí. Algo se va ganando.

Pienso que mis hijos no podían sentirse orgullosos de mí, era un pobre diablo lleno de contradicciones, lleno de fracasos. Soy el rey del fracaso.

Un hombre no tiene derecho a fracasar tanto como yo. Me dediqué a fracasar como Dios manda. Por eso mis hijos no podían estar orgullosos de mí, era muy dictatorial, mi

temperamento no es fácil, no es manso. Es ahora, con la edad, cuando me he amansado, o tal vez, lo que no resulta digno de aplauso, ya no me importan los demás o lo que piensen los demás.

Como padre fui bastante torpe porque peleaba la inteligencia, peleaba la cultura que había logrado asimilar con el temperamento. Quería mucho a mis hijos, vivía mucho con ellos, pero no dejé de pesar imbécilmente sobre ellos. Estoy hablando con una sinceridad absoluta.

Lo más importante para mí era la literatura, por encima de la familia, lo principal era leer y escribir. Por eso estuvimos muchos años en la pobreza extrema, lo que yo no descuidaba un solo día era el hecho de ser escritor. No me estoy calificando de un gran escritor, sino de ser escritor, eso sí lo soy, fatalmente; del tamaño que sea, eso soy, ante nada y por encima de todo.

Eso me lo han reprochado los hijos, pero tampoco estoy en posibilidad de escoger o de tener el equilibrio, la hombría necesaria, para saber que primero es la familia, después la literatura. Es ahora, sin que descuide mi oficio, ya que estoy todo el día metido aquí, cuando considero que la familia es más importante que la literatura; no mucho, no me convengo; lo digo, pero sin estar totalmente convencido.

La literatura ha sido lo más importante: sin embargo, le he quitado horas por procurar a la familia; por eso tuve que pasar por la cloaca del cine, porque era necesario ganar algún dinero, era estrictamente necesario. Por eso aguanté esa ralea canalla que es el cine. Sufrí mil humillaciones, estuve a punto de enfermarme seriamente del hígado, de los terribles berrinches que hacía con toda esa inmundicia que es el cine nacional. Lo hacía para poder mantener mi casa, sí, y estuve metido un montón de años; algún sacrificio hay que hacer, porque ellos no pidieron nacer.

El hombre es una contradicción constante. Estos babcas que jamás se contradicen no son de ninguna manera respetables; uno debe contradecirse siempre.

Ahora sé que la enseñanza que he dejado a mis hijos es el orgullo, la altivez; la humildad ante el oficio y la altivez ante los demás. Creo que eso sí se los he inculcado.

Son altivos frente a los demás y humildes ante el oficio: porque esto he sido siempre. Eso es, probablemente, mi más íntima entraña. De ahí tanta enemistad y tanta cosa.

Mis hijos han leído algo de lo que he escrito, no todos los hijos ni todos los libros; probablemente María sea la que más lo ha hecho. Tampoco esperé nunca que ellos leyeran mis escritos, ni escribía para que vieran cómo su papá era un escritor admirable. De ninguna manera ellos contaban en mi trabajo literario. El escritor es un hombre solo con su oficio, y debe cumplirlo con la más profunda honestidad.

Una mujer sentada con dos niños: uno, está parado a su lado; el otro, sentado en sus piernas, no tiene más de dos años. Es rubio como ella. Detrás de ellos se encuentra de pie un hombre fuerte, rotundo, de piel oscura que parece protegerlos. Es una fotografía familiar de mediados de los años veinte que adorna una pared en el estudio del maestro: su madre, su hermano mayor, él y su padre, figura hermosa de la que tanto ha escrito.

#### *NO PERDONÉ LA RIGIDEZ DE MI PADRE*

Mi padre fue feliz en su juventud, hasta sus cuarenta y pico de años; cuando se casó comenzó a ser infeliz. Él era profundamente neurótico. Aquel carácter, aquella violencia, aquella rigidez tan grandes, estaban en su manera de ser; yo detestaba eso y él me detestaba a mí, y ahí íbamos a la par.

No perdoné su rigidez y me liberé de eso a fuerza de rebeldía, nada más. No me alegra, no me enorgullece, pero así fue, no puedo cambiar las cosas. Así fueron y así se cuentan, no hay que inventar.

No creo haber perdonado a mi padre: también he pedido perdón, mucho, a mi padre, pero no he perdonado. No sé por qué habría de perdonar y por qué no habría de seguir pidiendo perdón. Me siento tan inocente como culpable, porque soy el que odia, yo fui el que padeció su odio. Soy tan inocente como culpable, y venga, a pedir perdón y a no perdonar. Hasta el fin de mis días, ni modo, eso me tocó vivir.

¿Dónde? No sé, no tengo fe, sólo se pide... al fantasma, a la memoria, al recuerdo, no sé.

Probablemente habría sido otro, si no hubiera odiado tanto a la autoridad. Digo probablemente, de nada estoy seguro. Quizá no hubiera odiado tanto a la autoridad, no habría sido tan rebelde, no hubiera tenido que escupir a la cara a todo aquel que llegara con cierto imperio sobre mí. Fue lo que no soporté jamás, porque ya lo había padecido en la primera edad, en la primera infancia. No es fácil tener un padre que es peor que un sheik moro. Pude salir a costa de mí mismo, no me arrepiento.

Ricardo Garibay no es tan grande ni tan fuerte como aparenta cuando habla. Ahora es otro ser pequeño y perdido que golpea el escritorio y se pregunta en voz baja, que busca en la oscuridad del estudio algo que no encuentra.

Es la fe perdida: que lo convierte en un ser humano que refleja un gran dolor, una angustia muy grande.

#### *SIN FE, SE VIVE DOLOROSAMENTE*

La religión le hace bien a la gente, y a mí mismo, sólo que no tengo fe en Dios; la tuve, ya no: no he superado la crisis religiosa, no tengo fe, y sufro como un perro por no tener fe. No creo en nada. Leo todos los días la *Biblia*, y no hay fe: hay una gran nostalgia por la fe que se tenía. No puedo hablar de esto sin emoción, sin congoja, sin descorazonamiento. El problema fundamental es la sequía. Se perdió la fe y no se recobra con nada, con nada. Y sin fe no se puede vivir. Nada es explicable sin la fe. Si no se tiene fe no se explica nada. ¿Quién sabe qué será esto de la vida y estar viviendo, del dolor y del amor? No se explica nada, y esto es muy acongojante. Se vive dolorosamente, se vive entre el anhelo, la vaga esperanza y la sequía. Se busca. Se busca a Jesucristo, se busca a la divinidad misma, Jehová, Dios, como le quiera llamar.... y no se halla en ninguna parte. Se busca, casi desesperadamente, el sentido de todo esto, de estar viviendo, de existir, del dolor, de la alegría, de la muerte, que, además, no está lejana. Se juega con esto cuando se tienen 30 ó 40 años; ahora no, el horizonte se acerca. Todo está ya demasiado cerca. ¿En dónde hay algo, dónde está el secreto, el misterio? ¿Dónde está el padre? ¡Me lleva la chingada...!

Levanta las manos en una plegaria, busca quién le dé respuestas. Golpea una vez más y limpia bruscamente con sus manos, para que no se noten, las lágrimas que comienzan a salir de sus ojos.

Esto es así. ¿Hasta cuándo? ¡Carajo!

Es un camaleón que cambia de rostro y de color, de tamaño y de forma. Es inmenso al hablar de literatura, y cuenta que a los ocho años escribió un soneto perfecto. Ya conocía desde entonces, su vocación de escritor.

### *ESCRIBIR ES UN ACTO DE AMOR*

Escribir es un acto de amor. Es como poseer a una mujer bellísima que se entrega con la reticencias naturales que debe tener una mujer bellísima, pero llena de entusiasmo y de generosidad. Es un acto de amor.

Muchos momentos en la escritura son un verdadero orgasmo. Escribir es un acto sexual, y más en mi caso, que escribo a mano, con plumas y tintas japonesas, en cuadernos japoneses de papel de seda. Es mi único lujo.

Es un gozo, escribir es un gozo muy grande; y al mismo tiempo, ya que se ha escrito tanto, una incesante humillación, porque uno siempre es inferior al idioma. Uno nunca logra el dominio cabal de la lengua que habla y escribe; pero habida esa inferioridad, uno se lanza a escribir. Es un acto muy dichoso.

Para hacer literatura necesita amar con toda el alma a los personajes sobre los que está escribiendo. La experiencia no sirve de nada, usted ame al personaje, y digamos que se llama Alfredo, ame con todo el cuerpo y toda el alma a Alfredo, escriba y sale la historia de amor. Quiera una única cosa en la vida: escribir esa historia sobre Alfredo; es lo único que quiere en la vida, y sale la historia. Pasión, si no hay pasión no hay nada. Ahora, se enamora de un hombre, que sea de verdad, y no ahorre nada, entregue todo lo que es; sino, no habrá amor ni habrá un carajo.

### *DESDE LOS 17 AÑOS VIVÍ PARA LEER Y ESCRIBIR*

El único personaje femenino que está inspirado en mi esposa Minerva es Sara, de *La casa que arde de noche*. Ella no lo sabe; además, en el libro de *35 Mujeres* me pidió y nunca me ha pedido nada a propósito de la literatura, no figurar. Me hubiera gustado ponerla, pero no quiso.

Minerva ha leído muy poco de lo que he escrito, y hace mucho que no lo hace, unos veinte años. Me parece bien, saludable. No podría estar segura, en ningún momento, que no estaría contando traiciones; prefiere no enterarse. Nunca he traicionado, siempre he sido un santo.

De mis personajes, lo más probable es que yo no sea ninguno. Toda obra se escribe de alguna mera fantasía, o es un recuerdo de experiencias, o es una simple autobiografía, o las tres cosas mezcladas, siempre, invariablemente. Uno no puede renunciar en ningún momento a lo que ha sido o a lo que es, o a lo que piensa o proyecta ser. Eso sí, uno quiere a todos los personajes como si fueran hijos idiotas. El hijo idiota es al que más se quiere, porque está desvalido, entonces se le da todo el cariño. Uno quiere mucho a estos personajes, se compromete con ellos, los ama profundamente a todos.

Probablemente haya uno, que es el que más me enamora, Reynaldo del Hierro, uno de los dos hermanos de *Par de Reyes*. Yo me parezco a Martín, el otro hermano, pero nunca me simpatizó mi manera de ser. Reynaldo es todo lo contrario de mí, es como fue mi hermano José. Me hubiera gustado ser como Reynaldo del Hierro, acaso sea el personaje que más compadezco y más quiero.

Soy personaje y narrador, y ya es una lata esto; pero hay que tomar en cuenta lo siguiente: por la edad que tengo, por los años que tengo de trabajar, coño, ya soy un hombre en total madurez. Un hombre en total madurez es prudente, sabe una cosa definitiva: que no sabe gran cosa y no puede estar seguro de nada. Por eso adelante siempre el probablemente, quizá, tal vez, acaso, porque ya de nada está uno seguro; lo que dice es cierto, pero lo contrario también puede serlo. Sólo los jóvenes están seguros de todo.

Salazar, personaje de *Triste Domingo*, es posible que sea el hombre que ya no podré ser, pero me gustaría haber sido. No es que sea, como algunas personas me han dicho, un autorretrato. Estoy muy lejos de ser un hombre así, ojalá, pero probablemente es el hombre que anhelé ser.

Cuando escribo me meto totalmente en los personajes. Es una lata, porque tiene uno que comer, ir al baño, caminar un poco. Si se tuviera el poder físico, mental, la energía vital suficiente, uno no se levantaría del escritorio, pero hay que hacer otras cosas.

Recuerdo a Balzac y a Eugenia Grandet, que es uno de sus personajes. Balzac está escribiendo la historia de Eugenia Grandet, pero tiene que hacer otras cosas; está hablando con algunas personas y, de repente, da un manazo sobre la mesa y dice: "Bueno, basta de tonterías, qué está pasando con Eugenia Grandet". porque era la única realidad que existía en ese momento para él.

Desde los 17 años viví para leer y escribir. Hice tres carreras universitarias, no me recibí de ninguna, no tengo ningún título; leer y escribir, todo lo demás era provisional, todo lo demás lo pasé frívolamente, mandé al carajo la vida; tenía un compromiso: escribir.

De repente muere mi padre y yo me encaramo en la cama para verlo morir y escribo. Ahí estaba ya, digamos, la primera obra tomada profesionalmente, para entregar la vida toda a eso. Ya no me sentí tan huérfano, tan desprovisto, tan fantasioso, ya era un hecho ser escritor.

*Beber un Cáliz* cambio mi vida en la medida en que tomé el camino de la escritura. Ya sabía que iba a escribir, solamente eso en el curso de mi vida; lo sabía desde los 17 años; pero una cosa es saberlo y otra es ver que así es, que efectivamente uno se va a entregar a escribir. Por ahí sí cambio mi vida, no para bien, porque la vida siguió siendo lo que era, un incesante fracaso en todo; pero ya había la honda certeza de que tenía que escribir, no un proyecto, una certeza vital.

Eso de contar mi vida, supongo, es una limitación mía. Hay quienes ven en su propia vida, en su propia persona, su fuente literaria. No me divierte ni me enorgullece



haber tomado mi propia persona y mi existencia como fuente literaria. He tenido que hacerlo, no sé por qué, supongo que no lo sabré nunca. Me hubiera gustado tener una imaginación suficientemente fecunda para no recurrir a mí ni a mi sangre, ni a mi familia pero no se dio. He tenido que ir por este derrotero, ni modo.

Acabo de entregar un libro que escribí en septiembre del año pasado, El joven aquel: lo escribí en septiembre y no pude entregarlo, vine haciéndolo en enero de 1997. Tuve que dejar pasar cinco meses para poder entregarlo. No me atrevía porque es la confesión más lírica, la más desnuda y brutal que he hecho de mí mismo.

Hoy, ya con una experiencia numerosa en este atajo de contar mi vida o de mi persona, ya son varios los libros que he entregado a eso, en episodios de tal manera íntimos, de tal manera desnudos, de tal manera bárbaros, que yo mismo me espanté y no me atrevía a entregar el trabajo.

Lo dí a leer a unas cinco o seis personas, entre ellas a dos editores que me dijeron: "Esto debe publicarse cuanto antes". Me avergüenza lo que digo de mí, ni modo, pero me dijeron que era el mejor trabajo que he hecho. Se lo llevaron, y estoy todavía temeroso de que en este campo de cultivo que ha sido mi propia vida haya llegado demasiado a fondo, haya escarbado demasiado en ese terreno: no tengo derecho a contar cosas tan desnudas, tan sinceras, tan lamentables. Ojalá que lo logrado sea literatura, porque si no estaré perdido.

El libro es una historia de amor que viví hace 50 años, entreverada con una especie de diario de lo que soy ahora, y ahí está la desnudez y el horror. Lo que soy a los 74 y lo que fui a los 20 años de edad. Un capítulo y otro se van entreverando; hay ratos en que la narración es atroz. Todo el lirismo del muchacho de 20 años y toda la brutal realidad del hombre de 70.

Jorge Luis Borges imagina que está en una banca del *campus* de una universidad americana tomando el sol, descansando; de pronto ve que en el otro extremo de la banca está sentado un muchacho de 20 años, y cae en cuenta de que éste es Borges de 20 y él Borges de 70. Entonces se ponen a hablar.

El tema es muy lindo, la proposición es muy atractiva. Yo frente a mí mismo, 50 años después, y nos ponemos a hablar de libros, de autores y de corrientes literarias. Carajo, hay que haber vivido poquísimo para emplear esa linda idea, esa espléndida idea, en estas tonterías.

Yo dije no, vamos a contar la vida como era hace 50 años y vamos a contarla como es ahora, y ahí me lancé. Tengo temor, vergüenza, miedo. Lo que cuento es brutal. Ahí cancelé todos mis odios por mí, pero ahí los vertí en el hombre de 70. En el muchacho está todo el lirismo de cómo se vive una historia de amor a los 20 años, por Dios.

#### *"EL VIAJERO DISTRAÍDO"*

Para entender la evolución en mi literatura desde *Beber un Cáliz* hasta el *Oficio de leer*, Juan Carlos Muñoz, un muchacho que presentó su tesis sobre parte de mi trabajo, dice que desde el primer cuento publicado en 1941 ya estaba el estilo, que eso no ha variado. Es probable. También es probable que lo que haya venido haciendo desde hace 57 años sea un pulimento de ese estilo, una maceración y una adaptación de esa manera de escribir a las exigencias de la visión o de la inteligencia. Es probable que mi manera de calificar y de definir sea ahora mejor, más precisa, menos adjetival, menos enfática o estentórea. Así es como debe evolucionar un estilo.

Se dice "el estilo es el hombre". Si un buen lector, toma un libro, debe identificar de inmediato, sin ver por quién está escrito, al autor; o no de inmediato, con cierto esfuerzo, saber que es de fulano de tal, por el estilo. El escritor se ha convertido en su estilo, nadie escribe como él, por eso usted lo reconoce. Esto es muy fácil de ver en Borges, hasta en una frase breve; pero no todos los estilos son tan enfáticos, tan característicos, tan personalísimos, como el de Borges. Puedo reconocer un párrafo escrito por Alfonso Reyes, pero llevo cincuenta y tantos años de leer a Reyes.

El escritor es su estilo, y el estilo son unas cuantas palabras que el escritor ordena o coordina de determinada manera, es un pequeño diccionario que el escritor aparta para sí, y que repite insaciablemente; por eso puede ser reconocido. Entraña una operación

bastante modesta, no es ningún misterio, es cuestión de oficio; una de las cosas que cansan del escritor joven es que todavía no sabe si así va a seguir, si ése va a ser el estilo, si ésa es la visión del mundo que va a tener. Hay que esperar. Hay estilos pobres que, cuando se dan definitivamente, dejan ver esa pobre chatura, esa falta de imaginación del autor, y hay estilos de una gran riqueza. Entre más joven es un escritor, más nombres da como antecedentes ilustres de su trabajo, de manera que si el escritor tiene 25 años y le preguntan quiénes han sido sus autores, sus maestros, le citan 30 nombres. Cuando se dejó atrás la juventud, ya se centra uno un poco más, verazmente, en los hechos que han sucedido.

He tenido cuatro maestros, , Alfonso Reyes y Gabriel Miró, que me han enseñado a escribir, y los he frecuentado muchísimo, me he basado en ellos de manera muy precisa y muy enfática en todo lo que he escrito. Seguirán siendo mis modelos; jamás igualaré *La Biblia*, *La Iliada*, la extensísima obra de Alfonso Reyes, el manejo del ancho río del idioma con total dominio, o la elegancia barroca de Gabriel Miró. Nunca igualaré eso. Como maestros me han dado, para mis alcances, suficientes armas, territorio para caminar.

### ***YO SOY MI AUTORIDAD***

Me molestan mucho las críticas a mi trabajo que son negativas, y lo curioso es que me entusiasman las críticas positivas, pero pasajera y momentáneamente, las olvido casi acabando de leerlas. Es una pena, porque las negativas si duran dentro de mí, zarandeándome, royéndome, envenenándome; en cambio las positivas o generosas, las olvido de inmediato.

Ha habido varias críticas negativas: he sido llamado advenedizo por escritores académicos muy recomendables. En mi excelente libro de viajes Lo que ve el que vive, el mundo está allí, lo recorrí y escribí lo que veía; me llamaron el “viajero distraído”, con verdadera inquina, para negar de antemano lo que había observado y dicho sobre lo visto y vivido. He sido llamado improvisado, ignorante, anárquico, escritorzuelo. Todos los calificativos que pueden humillar a un escritor me los han aplicado. Ya no me dañan, pero me dañaron mucho, porque en esa calificación, en esa crítica acerba, adversaria, se ve el

desamor por mí, y el desamor siempre duele. Así como alegra la vida que alguien diga: "te amo". la pudre que otro diga: "te detesto", y esto es lo que me ha lastimado. Nadie quiere ser detestado, y yo he recibido mi dosis de animadversión; no está mal, pero me ha hecho sufrir.

No soy Premio Nacional de Literatura, no soy Premio Cervantes de Literatura, ni Premio no sé qué Latinoamericano de Literatura, no soy Premio Alfonso Reyes, ni Premio Juan Rulfo de Literatura, dos veces me lo negaron, y también dos veces el Nacional. No soy nada, nunca me han dado nada, y los jurados, no nos podemos hacer locos, son más o menos los mismos de siempre. Son contemporáneos míos, bastardos que no me perdonan la independencia o la valentía o la altivez varonil: esto no me lo perdonan, me niegan los premios.

Me dieron el Premio Mazatlán y luego el de Colima, que, comparados con los que acabo de mencionar, son premios modestos, lindos, se agradecen profundamente.

Me negaron todos los premios, e hicieron de mí un hombre orgulloso de no recibir premios de bastardos y de mentecatos, no quiero su reconocimiento, y se me ningunea, ¡no!, yo los ninguneo, yo soy quien les quita el valor para otorgarlos. Como dice Bles Cendrar, sus ñoñeses académicas me cansan, estoy bien así.

Me lo han cobrado, a todo hombre que no respeta la autoridad se le cobra, y yo nunca he respetado a la autoridad, en ninguna parte, de ninguna naturaleza, nunca. La autoridad me castra, me violenta, me jode, me impide vivir, volar, correr, caminar, pensar, hablar. Yo soy mi autoridad y si me equivoco cargo con eso.

Es pesado porque las amistades valen mucho, la mitad de la vida la hacen los amigos; y mi vida, durante largos, larguísimos periodos, ha sido sumamente difícil por no tener el amparo de las amistades, de los apoyos, de las autoridades aquiescentes conmigo. Por eso ha sido difícil, muy difícil.

Me hubiera gustado recibir todos los premios; es bueno recibirlos porque es dinero que te entregan para que puedas escribir. Me interesa el dinero, si no con qué se vive. La casa que tengo la construí con dos libros, pero cuesta dinero sostenerla: el jardín, la

pequeña alberca, los cuadros, la biblioteca, la alimentación, la habitación de la esposa, hijos, nietos, jóvenes que vienen, muchos, muchos jóvenes, con mucha frecuencia; cuesta dinero todo eso, y yo vivo de escribir, nada más.

Un premio nunca está mal porque sirve para comprar tiempo. “Tenga usted tanto por esto que hizo”. “Hombre, muchas gracias”. Dinero que me hace comprar tiempo, seis meses, un año, dos años, para escribir, para aislarme en los libros y en la escritura, no para otra cosa.

¿Lujos?. nunca he tenido, se tiene la arrogancia de la generosidad: si tengo dinero y lo necesita alguien, lo doy. Desde este lado se es rico, pero no se es rico desde el lado en que muy pocas veces se tiene para dar, apenas alcanza para sostener uno su propio tren de vida. La pobreza no es divertida, ni tampoco es buena; pero hay cosas que uno estima mucho más que la abundancia o la riqueza; por ejemplo, la dignidad, la altivez, la independencia total, la autonomía. Tiene uno que sacrificar cosas, y casi siempre lo que se sacrifica es el dinero que se podría tener a cambio. Me reprochan que busque el dinero: primero, lo busco mucho menos que la mayoría de los intelectuales mexicanos, tengo mucho menos que la mayoría de ellos, y si no lo busco yo, quién me lo da. Sólo a las putas de pueblo chico se les regala, a mí se me cobra todo lo que hago, y tengo que cobrar por todo lo que hago.

Regresó de una junta de vecinos, molesto por la miseria de alma que existe en las personas que buscan joder a un pobre velador caído en desgracia. No finge el mal humor, fuma como desesperado para menguar el resentimiento contra la gente tan vacía de alma.

### ***LA PASIÓN ES UNA EMOCIÓN DEMENTÍSIMA Y EXCLUSIVA***

La pasión es una emoción dementísima y exclusiva, que excluye toda otra posibilidad de emoción para cualquier otra cosa que haya en el mundo. Si un hombre ama apasionadamente a una mujer, no puede amar ninguna otra cosa más que a esa mujer.

La pasión es absorbente, tritura, consume al ser humano, lo ocupa enteramente, lo chupa, lo convierte en un bagazo. Por eso, muy pocas veces habremos de encontrar en la vida personas apasionadas, de verdad apasionadas, y menos aún en el amor.

Es rarísimo el amor de verdad, es aún más raro que la inteligencia, y absolutamente excepcional que encontremos en la vida un amor apasionado.

El amor como pasión puede durar siempre. De hecho, si se da el amor apasionado, durará para siempre. Un hombre se apasiona por una mujer, y no ve en el mundo más que eso, no le interesa en el mundo más que eso. El ser humano está inmerso en el tiempo, pasan meses, pasan los años y es probable que esa pasión se le acabe; pero esa mujer de la que estuvo apasionado, aquella mujer que vive dentro de él, inmarcesible, no está sujeta al tiempo, es de especie eterna, eternamente joven, eternamente maravillosa, y seguirá provocándole una eterna pasión para siempre. En aras de esa pasión que vivió un hombre, puede seguir amando a una mujer toda la vida en la mera memoria. Otra veces no, incluso la olvida, pero esa que fue amada apasionadamente será siempre amada así.

Voy a poner dos ejemplos muy bellos. Una película alemana. En un pueblecito a la orilla de una alta montaña se van a casar dos jóvenes muy hermosos; la noche anterior, él quiere subir a la montaña para ofrendar su boda que será al día siguiente. Lo sorprende una tempestad, se muere y no regresa nunca. Pasan 50 ó 60 años, sucede que una mañana oyen cómo cruje atronadoramente el hielo en una época de deshielo en la montaña y dicen: "Mañana habrá río", bajará el agua por torrentes. A la mañana siguiente corren todos en el pueblo gritando: "Llegó Karl, ¿se acuerdan de Karl?". Corre una anciana, y el cadáver que la montaña ha devuelto es el de aquel joven novio que se fue la noche antes de la boda. Ella ha seguido viviendo, eso sucedió hace sesenta años, y la cámara toma de repente a una anciana que ve con muchísimo amor a un joven hermosísimo congelado que está en medio del arrollo. Ahí se ve el amor que no ha transcurrido y lo seres humanos que sí lo han hecho. El cadáver no, porque permaneció congelado 60 años, ella sí porque estuvo en la vida 60 años, y es la anciana viendo al joven, y son las mismas personas que hace 60 años no pudieron casarse.

El otro ejemplo es igualmente bello. es una obra literaria cuyo autor no recuerdo. Un hombre en un pueblo tiene una novia hermosa, y un día decide irse. Regresa siendo un hombre ya macizo, de setenta y tantos años, y desde la cumbre de una colina, antes de bajar al pueblo que se ve abajo, hermosísimo, se sienta a fumar, a esperar, a hacer que repose su corazón. De repente ve venir a una vieja mendiga que viene recogiendo porquerías que se encuentra en el campo, pedacitos de madera seca para formar leña y venderla en el pueblo. De pronto la mendiga pasa junto a él, y en el perfil de la vieja encorvada bajo el fardo de leña que lleva él ve a la mujer que era su novia; el perfil lastimado por los años, ennegrecido por los soles él lo ve limpio, purísima silueta de la muchacha, y se vuelve a enamorar.

Esto ejemplifica las dos cosas que estaba diciendo un poco antes, la mujer amada apasionadamente será amada siempre así.

Hay poca luz, es la Arcada. El maestro pide a María, su hija, que nos deje solos, vamos a trabajar.

En un silencio que se rompe con el sonido de su voz, dice que un hombre y una mujer que se amaron no pueden ser amigos, y de llegar a serlo, entonces nunca se amaron realmente. Una nube de humo lo envuelve.

### *EL AMOR ES ABSOLUTAMENTE IRRAZONABLE*

El amor puede darse a primera vista, pero también surgir con el tiempo; no hay leyes. No lo sabía, lo sé ahora, a los 74 años. No hay cánones, normas, ni reglas. Se da o no se da, y siempre de modo absolutamente irrazonable. Si se da a primera vista, nadie se lo explica; si se da después de un montón de tiempo de tratarse, tampoco se lo explica nadie; no hay cuidado por eso, lo importante es que se dé.

No he amado muchas veces; dejemos a la esposa a un lado. La esposa es una mujer que está allí, llevo casado 47 años con ella. He tenido a poquísimas mujeres. Las he tenido, eso sí. Dejémoslo así.

He amado cuatro veces en toda mi vida y esas cuatro veces me ha dejado todo lo que soy ahora, lo que valgo; si valgo algo, me lo han dejado esas cuatro mujeres, nada

más. Fuera de esas cuatro mujeres, no he tenido nada, ni valgo nada. A los 74 años anhelo el amor de todos; el amor de las mujeres, de los amigos, de los hijos, de la esposa. Todo se acaba, como que se cansan de quererlo a uno.

Las demostraciones de cariño de los amigos están bien, lo agradezco profundamente, me llenan de sorpresa. Es ahora cuando me quiere la gente, por Dios, no me lo esperaba; ahora, cuando indudablemente hay un derrumbe. Ya no tengo 25 ni 30 años, he perdido mucho vigor, mucho entusiasmo, mucha curiosidad, pocas cosas me llaman, me sorprenden, me enamoran.

El derrumbe se da primero como una naciente soledad; luego se va presentando como carencias del cuerpo físico, se sufren enfermedades graves, disminuciones evidentes en la energía vital, la memoria padece, se recuerdan nítidamente algunas cosas, pero otras se olvidan. La inteligencia se afina extraordinariamente, pero también se estrecha, interesa mucho menos que antes lo que hay en el mundo, y uno acaba teniendo una gran nostalgia por el bien perdido. La nostalgia es la tristeza por el bien perdido, por los amores que se tenían, que uno gozaba; también por las adversidades, que ahora ya no se tienen. Nostalgia por la fuerza, por el vigor, por la curiosidad, por el entusiasmo. Se pierde mucho de eso. Anhelaría recuperar todo ahora, cuando ya se sabe qué hacer con todo aquello que se perdió, que ya se sabría qué hacer.

Hay muchas cosas que se pierden irremediabilmente. En la cena me permití tomar tres copas de vino, y después me vinieron calambres, calofríos, agitaciones muy intensas, y digo: "Coño, ya no puedo beber vino". Me sentí muy mal, agitado, como si fueran fiebres perniciosas, como dice Gabriel Miró: "No sé qué sean las fiebres perniciosas"; pero éstas me agitaban. Entonces, se perdió el vino, entre otras cosas que son razones para vivir, y esto duele.

Se anhela el amor que ya no puede darse en la vida. El amor es una gana o un ímpetu de devoración del ser amado. Si fuéramos amantes, yo tendría el impulso de devorarla, tentarla, acariciarla, poseerla; pero el impulso va más allá, es devorar al ser amado, comérselo; esto es imposible.



Hubo un japonés en París que mató a la amante y se la comió. Hay un libro de Huro Kara, escritor japonés sobre esto, que se carteo con el preso toda la vida, para que le contara.

El único espacio espiritual donde se da la devoración amorosa es la comunión católica. El sacerdote consagra la forma, la transforma en el cuerpo de Cristo, se la da, y usted se come el cuerpo de Cristo; pero si esta práctica es frecuente o constante, es Cristo quien va devorando el cuerpo de usted. No es usted la que devora el cuerpo de Cristo, la excelencia absoluta del hijo de Dios es él, quien va devorando su cuerpo poco a poco. Por eso la comunión transforma tan profundamente a los seres humanos que la llevan a cabo, es el único espacio; fuera de eso, el amor es imposible y es una contemplación.

Moisés llega a la orilla de Canean, desobedece la orden de Jehová y, entonces, recibe la prohibición: "No entrarás en Canean", y Moisés tiene que conformarse con la visión un poco lejana de lo que es Canean.

El más grande poeta judeo español, Yejuda Halevi, cuyo mayor afán era ir a la tierra sagrada de Jerusalén, baja en el Apocalipsis hasta la tierra celestial. No llega nunca a Jerusalén, muere a la entrada de la ciudad, la tiene que ver de lejos.

Hay una, me imagino, violenta melancolía en Moisés cuando no puede entrar en la tierra prometida; hay una violenta melancolía en Yejuda Halevi cuando no puede entrar en Jerusalén. Así, hay una violenta melancolía en todo amante porque no puede tener al ser amado. Todo se convierte en un interminable rosario de juramentos de amor, porque no se hace de verdad. Las palabras resultan insaciables, repetitivas, casi al infinito: te amo, te amo, te amo, te amo; pero esto no se realiza.

La posesión física es un mero anuncio de una posesión mucho más intensa, mucho más honda, que no se puede dar. El amor no es posible en el mundo. La vida es un mero y enorme esfuerzo. Éste es el sentido de la vida, realizar el esfuerzo que suple la pequeñez de la condición humana. En el esfuerzo el hombre se vuelve admirable, nada más.

Esto lo acabo de aprender al leer la vida de Yejuda Halevi. La vida es sólo un gigantesco esfuerzo, y no podemos aspirar a más. Acaso el santo, el iluminado; yo no

tengo fe, pero de que existe el santo y el iluminado es evidente; es probable que encuentren una plenitud total en su vida. Sería el estado más elevado de gracia, de realización a que podría llegar el ser humano.

Garibay nunca aprendió a bailar, y mientras los hermanos se iban a fiestas, él se quedaba en casa a leer. Orgullo de su madre, sentía en el fondo cierto resentimiento por no estar ahí, porque bailar le daba la oportunidad de estar cerca de una mujer, y él se perdió de eso.

### *LA PALABRA DE LA MUJER ESTA SIEMPRE LLENA DE LUCIDEZ*

Para amarse, la diferencia de edad entre hombre y mujer es fundamental; entre más distancia haya, mejor. El hombre es muy lento, la mujer es velocísima, de modo que un hombre de 50 años apenas puede comenzar a hablar y a tener trato con una mujer de 25. Entre más edad le lleve el hombre a la mujer, menos en desventaja estará.

El hombre es rudo, bruto, tosco, inmóvil, rígido; la mujer es la movilidad misma, la vida misma, y el hombre necesita mucho tiempo para alcanzar eso, para entenderla, para ver por qué es amable. La mujer es digna de amarse, porque su palabra está siempre llena de lucidez y de prudencia, de sentido vital. Necesita vivir mucho el hombre para entender eso, para apreciarlo; mientras es joven o tiene restos de juventud es muy estúpido el ser humano masculino. Un hombre joven no vale casi nada, carajo, necesita estudiar y estudiar, vivir y estudiar, reflexionar y sufrir. Si no lo hace, está jodido. El hombre común es una lata, no sabe nada, pretende saber de todo.

He tenido pocas mujeres amigas, porque es ahora cuando tengo amigas mujeres; antes no las tuve; mi cacería era erótica y un poco desesperada. Quería a la mujer entera, en cuerpo y alma, y es evidente que las mujeres no tenían por qué darse, no se me daban, y no se hacía la amistad. Eran relaciones pasajeras, muy intensas, que no tocaban fondo; acababa recibiendo poco de ellas, porque pedía mucho o todo, y es evidente que no podían dármelo. El hambre era muy grande, y ellas no podían satisfacerla. Siempre fue todo y

ellas no lo podían dar; además, yo no hubiera sabido cómo recibirlo. Era una masculinidad naciente, sumamente voraz, que no estaba preparada para dar tanto como quería.

A los veinte años quería devorar a las mujeres, ser el amo, el rey, cabalgador de mujeres; de este modo no encontraba ninguna, situación que me provocaba mucha angustia y frustración; entonces me aguantaba, me encerraba en mis cóleras, solo. Es ahora, un poco aquietada el alma, cuando hay relación con las mujeres. Ya, vamos a decirlo así, de modo un poco excesivo, pero cierto de alguna manera, las veo deseables y no las deseo; esto es sumamente importante.

Cuando Lance del Basto hace la *Peregrinación a las Fuentes*, y regresa de las Fuentes del Ganguees, purificado, curado de los apetitos del mundo, visita a la princesa, mujer sumamente bella que ve con una honda simpatía y aun hondo afán amoroso a Lance del Basto, y le dice: "Dime qué quieres, Shantidas", así se llama Lance del Basto en lengua Hindú: "qué quieres, que yo pueda darte". Y contesta Lance del Basto: "Nada, te veo deseable, ilimitadamente deseable y no te deseo". Digamos que no hemos desembocado hasta ese grado de perfección, pero algo vamos rozando. A las mujeres las veo hermosas, deseables, profundamente atractivas; y mi gozo es verlas así y hablar con ellas. Ofrezco mi amistad, la brindo entera, y procuro recibirla de ellas, todas, sin pedir más, la amistad. Como diría mi amigo Fernández Unsaín, el amor sin sexo.

Estoy consciente de que parte de todo lo que estoy diciendo en este momento no es enteramente la verdad pero es buena parte ella.

La mujer es el sentido de la vida. Nada más. En mi libro *35 Mujeres* hablo de 35 mujeres, y las hay bellas, impúdicas, jóvenes, maduras y viejas, también muy dolorosas.

¿Cómo debe ser la mujer? Como le dé la gana, lo que quiero es ver a la mujer. El sentido de la vida es que esté allí; como sea, yo sabré dónde está su gran valía; y creo que en el libro lo he demostrado, porque mi mirada va para acá y para allá, sin escoger, atrapando a las mujeres que van apareciendo, y todas me parecen igualmente sabias, igualmente valiosas, igualmente imprescindibles. Me podría quedar sin hombres, sin ningún hombre en el mundo, pero con mujeres.

A los 74 años, la mujer que me enamore debe estar dotada de una inmensa generosidad: si no, ¿cómo me iba a querer? Si yo tuviera 30 años, sería natural.

Recuerdo una ocasión, en un cabaret que se llamaba "El Río Rosa", había una muchacha muy bella, una prostituta que se acercó diciéndome: "Te voy a cobrar muy poco, y es un regalo porque soy joven, tengo 23 años"; y le dije: "También soy joven, no me das nada, yo también tengo 23 años". Y ahí íbamos, a la par. Si acaso se diera algo parecido hoy día, no sería así. La muchacha se acercaría diciéndome: "Tengo 23 años", y yo le diría: "Bendita seas".

Se aprende de las mujeres. De mi madre aprendí el sentido de la unción, la unción en la vida, la adoración por la infinitud, por el misterio, por la divinidad, por Jesucristo. Esto fue lo que aprendí de ella. El no mentir nunca, que no lo cumplí; el no cometer un acto torpe o equivoco jamás. Hay un retrato de mi madre en el libro *35 Mujeres*. Era una mujer santísima. Lo que hace de la vida algo santo o sagrado lo aprendí de mi madre. No lo cumplí, salí medio mal hecho. No lo cumplí por bribón, por hambriento de vida. Ahora tampoco, sigo tan hambriento de vida como cuando tenía 18 años, coño. Si se está hambriento de vida no se puede tener mucha virtud, la virtud es renuncia, dureza con uno mismo. Nunca la he conseguido, caramba. No lo digo como autoelogio, es elogio para mi madre lo que cuento de ella: para mí no, me hubiera gustado ser más regio conmigo mismo, no lo conseguí. De mi esposa aprendí la reciedumbre, la derecho, la fuerza para cumplir un destino casi impuesto a sí misma por ella misma. Hay, de mi parte a mi esposa, una profunda reverencia.

Son las ocho de la mañana, Ricardo Garibay se encuentra en el estudio, habla por teléfono con alguien, y la voz retumba en toda la casa, en el patio, en la arcada; la familia duerme, es domingo.

Pasadas las nueve, comienzan a desfilar por el comedor, van desayunando según se han despertado. El maestro fue el primero en desayunar junto con su esposa, después nadará un rato, para volver al estudio.

*MI UNICO ROSTRO: MI ESCRITURA.*

No me simpatizo, y afortunadamente estoy saliendo de un bache profundo donde me detestaba cordialmente, por largo tiempo. Ya no me detesto, ya no, por fin. Años y años y años pasé sintiendo una violenta antipatía por mí, un franco desagrado, un profundo desdén. Ya no, estoy saliendo de eso. Fueron muchos años, 20, 30, 40, muchos años. Ya no. Ahora me tengo cierta compasión, que viene de reconocer que me tengo cierta antipatía. Creo que no soy grato, que mi mismo aspecto me tacha, mi rostro no es simpático y encantador: por esto siempre me he tenido antipatía, cierta rabia. Ya no es honda, va siendo superficial, y voy viendo que mi único rostro es mi escritura, mis libros; ahí ya no soy tan desagradable, ahí consigo páginas de auténtica hermosura; entonces me voy perdonando.

El que me ha señalado como narcisista o vanidoso no ha tenido ni idea de lo que decía. Soy un hombre muy aterido, con muchos defectos, muchos miedos; pero en lo que escribo no tengo miedo, en lo que escribo va todo el amor del que soy capaz.

Por la literatura, mi literatura, por el mundo, por las palabras, por los demás, por los vivos y muertos, ahí soy mejor: en la medida en que he escrito 47 libros, tengo argumentos para saber que ahí soy mejor, que ahí sí soy estimable.

Aquí, en este escritorio, se es un pobre cabrón que está peleando con todo lo que tiene, para lograr la reunión de las palabras bajo la especie de la belleza: eso es lo único que hago en mi vida, y a veces lo logro. Entonces soy profundamente feliz, mientras dure el tiempo que me tardo en reunir las palabras; inmediatamente después, venga otra vez el fracaso, el tropiezo, el defecto, la antipatía, la dejadez, el repudio de mí mismo.

Es muy poco lo que se pide y, en la medida en que uno da todo lo que tiene, es mucho lo que se da. No está mal, no salgo perdiendo en el balance final, pero eso lo sé ahora, a los 74 años de edad.

Termina de fumar un cigarro y ya está encendiendo otro, mientras cierra los ojos, pensando una respuesta, respira profundamente, gruñe entre dientes.

—¿Quién prendió el ventilador?— grita y pide que lo apaguen.

Su afán es asustar, ordenar como si fuera un padre severo que impone disciplina. Luego de un silencio, ríe en voz baja. Ya no me asustan más sus gritos, ahora se, después de un largo tiempo juntos, que es su manera de ser agradable; extraña manera de hacerse querer, sobre todo, de hacerse respetar.

### *HUBIERA SIDO UN BUEN PAYASO*

Tengo sentido del humor. ¿verdad? Hubiera sido un buen payaso; uno de mis afanes fue, durante mucho tiempo, ser un buen animador de cabaret. Hubiera sido buenísimo, pero no lo fui. También hubiera sido un gran boxeador. Me habría gustado muchísimo ser un gran padrote, no me atreví, me faltaron agallas. Las mujeres consumen, matan, absorben.

La vida me ha dado todo. Primero, una gran dosis de miedo, de cobardía para enfrentarme a ella; luego, cierta dosis de lucidez, que me ha hecho entender lo que es; además, cierta dosis de picardía que me ha apartado siempre de la academia, de la seriedad. También me dio, la principiò, una gran fe religiosa; después me la quitó, y esto ha sido lamentable.

De alguna manera, he sido un pícaro en muchas cosas, y esto no está mal, porque es un poco la entraña de la vida. La vida me ha dado cierta dosis de arrojo; y hoy, una buena dosis de autodesencanto, que me hace ver como un milagro casi todo lo bueno. Creo merecer realmente poco. No valí nunca lo suficiente como para merecer mucho, y lo que ahora me sale al paso es bueno, positivo, hermoso; me parece casi un milagro y lo gozo muy intensamente. Sin embargo, como escritor creo merecer todo.

Eso es lo que me ha dado la vida.

De una vitalidad sorprendente, hombre sin edad y con la sabiduría que da la experiencia de una vida que se vivió a intensamente, admira la blanquísima mañana pintada con los colores de mil flores y árboles que forman un inmenso mosaico a través del ventanal de su estudio.

*NO ME INTERESA LA VIRILIDAD, ME INTERESA LA PLENITUD VITAL*

Le temo a la muerte, porque esto es bellissimo: estoy al lado de un ventanal grande, y veo el cielo azul, las ramazones verdes, la terraza, las bugambilias, la pequeña alberca azulísima: esto es muy bello.

Recuerdo al pobre actor italiano Marcelo Mastroianni, deshecho por el cáncer de páncreas que padecía, que destruye terriblemente al ser humano, era un bagazo y lo entrevistaron por última vez y dijo: "No, no quiero morir, quiero seguir aquí, viendo todo esto".

Vuelvo a citar a Borges, que decía: "La muerte tiene que ser real, auténtica y definitiva, si no la vida y la muerte serían un fraude". Hay que tener una gran valentía para decir eso, pero también hay que tener una gran valentía para decir lo de Mastroianni. No, no me quiero ir, no quiero morir, quiero estar aquí, viendo todo. Mastroianni, el hombre hecho un bagazo, ya era una porquería: nadie se quiere ir. ¡Maldición! Hay muchos que sí, y por ahí viene la ruta tan contemplada por mí, del suicidio. Sí hay muchos que se quieren ir, pero hay otros que no. No me quiero ir, quiero estar aquí. Ahora que tampoco tengo la valentía de Mastroianni, quiero seguir. ¿pero convertido en un bagazo? No. Sin fuerza física, sin valentía, sin vigor vital, sin la posibilidad de enamorarme de una mujer, sin la posibilidad de que una mujer me ame. ¡no, no quiero, así no quiero! No me interesa la virilidad, me interesa la plenitud vital, el gozo de vivir y ya.

El mal de Alzheimer sería una forma espantosa de sufrimiento. No en el olvido, porque en el olvido ya no aparece usted, porque ya no recuerda nada. Cuando se anunciara ese padecimiento, sería una espantosa forma de dolor. La única muerte verdadera es el olvido, ahí sí se mueren las cosas. La muerte es horrenda y el olvido es la entraña de la muerte.

Una de las cosas que al hombre sin fe le resulta exasperante, es saber que el olvido será total, que no se sabrá que uno fue alguna vez, ni cómo, ni cuándo, ni por qué, ni para qué; se hará una pequeña mota de oscuridad en el universo. No queda nada, y esto es lo que espanta, el olvido absoluto que ello supone. Queda la memoria en los demás, y yo digo una cosa: ¡a mí qué carajo me importa la memoria de los demás, yo quiero tener la

vida, mi memoria! Quedan mis libros como testimonio de mi vida, está bien. ¿Y yo qué? Ahí están los libros, sí, pero quiero que sean mis libros, mi memoria, mi huella, y esto no se sabrá; no lo sabré. ¿Discola la cosa? Probablemente, pero lo único que tengo es mi vida, y si la pierdo, pierdo todo.

Enamorado del hecho de ser escritor, no termina nunca de trabajar su vocación, ha inventado una soledad llena de personajes que lo acompañan enclaustrado en la biblioteca que es su estudio. Ahí pasa doce horas diarias, ahí vive otra vida.

#### *POR ENCIMA DE TODO SE AMA*

Algo que nunca toleraré. creo que ni ahora. es la burla: cuando siento que se burlan, agredo con todo lo que tengo. física, intelectual y moralmente. No tolero la burla, y no me burlo, nunca; agredo, injurio derecho. pero no hago burleta. no hago ironía, eso no.

Me conmueven muchas cosas. de un niño me conmueve todo. Me conmueve profundamente una mujer hermosa, una mujer enamorada, una mujer que sufre. Siento que no debe sufrir. me afecta mucho el sufrimiento de una mujer.

Una mujer hermosa es casi lo único que hay. lo único que existe, es un canto. un regalo total. Hay que conmoverse mucho.

Leo y releo, hablo y doy conferencias, ciclos completos, en televisión. en radio. en salones, de *El cantar de los cantares*. que es el canto fundamental de la juventud y la belleza en el amor, y me enamora muchísimo, muchísimo. Creo que es lo que más me enamora.

El dolor siempre ha venido siendo para mí un tábano muy grande, me ha perseguido; no porque haya parido los dolores. sino porque me ha sido casi intolerable verlo, desde siempre, hoy más que antes; pero lo que me pone feliz es ver la belleza, ver el amor. Por encima de todo: se ama.



La casa que ofreció en un principio como mía, ya lo era al final de una larga entrevista. La familiaridad con que me desplazaba por toda ella, la confianza en el trato por parte de la familia Garibay, y el cariño y afecto del maestro, que tuvo la infinita paciencia de abrir las puertas de su casa, y abrir su corazón a alguien que, tal vez, no lo merecía.

#### *QUIERO AMAR CON TODA EL ALMA Y QUE ME AMEN*

No sé si mi violencia es auténtica, pero me ha servido hasta la fecha. ¿Me enorgullece?, de ninguna manera. Si es necesario la desato, pero ya no quiero desatarla, quiero estar a enorme distancia de eso. Quiero amar con toda el alma y que me amen. Esto es lo que busco ahora, antes no lo busqué, tal vez por necio.

Amar y que me amen con toda el alma todos. Anhele que me quieran, aunque no sé por qué pueda quererme la gente; y no sé por qué despierto reacciones de odio o devoción. Me explico las de antipatía, pero no me explico las reacciones de emoción a mi favor, de verdad. Me sorprenden muchísimo. Alguna mujer me detiene, me dice un elogio muy elevado y me besa la cara, y yo me quedo absolutamente perplejo: no sé por qué. No sé por qué me tienen que querer, sobre todo las mujeres. No me explico que algunas me quieran.

Estoy en una condición tal, que no puedo decir mentiras, y me encuentro solo en mi biblioteca. no tengo por qué mentir, estoy siendo absolutamente sincero.

Soy un ser intolerante. Me impacienta mucho la estupidez, la vulgaridad, la grosería de alma. Me impacienta mucho la pornografía en boca de hombres, que es la conversación habitual de mexicanos. Gozo mucho cuando encuentro a una gente de talento, un espíritu delicado; es una gloria encontrar eso, y lo he encontrado en mujeres desde hace 20 años acá, pero casi no en hombres.

#### *LA FELICIDAD SE ATRAPA DE PRONTO*

Ricardo Garibay ha sido feliz allá y acá. Allá por los 12, los 26, los 20 años; acá a los setenta y tantos; sí, ha habido épocas de felicidad. Ahora se ven muy pasajeras, pero algunas duraron.

La felicidad es imposible, ni modo. y se atrapa de pronto; creo que la he atrapado una, dos, tres, cuatro veces en mi vida: así ha estado bien. Me hubiera gustado ser feliz mucho más tiempo, pero ahora tengo una forma de felicidad, a esta edad.

**Capítulo 3**  
**HOMENAJE**

*La Universidad Autónoma Metropolitana, plantel Xochimilco, rindió en noviembre de 1995, uno de los muchos homenajes al trabajo del escritor hidalguense Ricardo Garibay. Escritores, periodistas, pero sobre todo, amigos que se reunieron para homenajear la obra y la trayectoria al amigo y al ser humano que es Ricardo Garibay.*

**RAFAEL RAMÍREZ HEREDIA\***  
RICARDO GARIBAY: MUNDO DE PALABRAS

La primera ocasión que vi al maestro Ricardo Garibay fue en un sitio, donde supongo, se inspiraba o se motivaba para escribir sus libros. Era un edificio extraño, lleno de escaleras sin destinos, de esculturas de santos y perros, de abandonados estantes; era un hotel nunca inaugurado por sus dueños, cuyo pago de impuestos los obligó a montar ahí un organismo dedicado a la construcción y venta de casas de interés social.

Este escritor estaba ahí porque los machucones del hambre lo habían llevado a aceptar un cargo administrativo. Don Ricardo estaba ahí por razones que aún hoy desconozco, pero que de seguro no eran las mismas que las mías. Para entonces, recién se había publicado su magnífica novela Beber un Cáliz, y yo la había devorado entre rabioso de adentrarme en una literatura magnífica y saber de los retos que como aspirante a escritor debía uno brincar.

Leí Beber un Cáliz entre dolido por la fuerza y dolor del texto, y entre curioso por averiguar más de ese hombre que parecía estar siempre de mal humor, que llegaba a la Posada del Sol, que hacía el nombre del hotel abandonado, y entraba como toro y salía como bala entre sus carcajadas y mentadas de madre.

Al cabo de unos meses surgieron varios acontecimientos al de la tecla, es decir, a mí. Me corrieron del trabajo por enfrentarme a un enorme guarura de la Dirección General, que la institución había colocado en la puerta para vigilar la entrada y salida de empleados; al no estar de acuerdo con su trato de guarura, especialista en porras de fútbol al equipo de los Tiburones Rojos de Veracruz, me amenazó con una pistola, sólo porque lo mandé a *chiflar a su máuser*, pero con las palabras completas. No era una influencia directa del maestro

---

\*Narrador y dramaturgo, nació en Tampico, Tamps., el 9 de enero de 1942. Contador público; profesor y maestro en historia de México. Ha colaborado en *Revista de Economía Política* (IPN), *Ovaciones*, *El Heraldo de México*, *unomásuno*, *El Sol de México* y *Excélsior*. Premio Rafael Bernal en 1993; en su obra, que ha sido traducida y editada en varios países, destaca: El enemigo (cuento, 1968); Tiempo sin horas (cuento, 1972); Cuentos de viejos y niñas (cuento, 1980); La jaula de Dios (novela, 1988); Al calor de Campeche (novela, 1989); Cuentos. Antología personal (1991).

Garibay, porque éste ni siquiera me miraba, pero era una forma de decirle a los guaruras que este escritor existía, y que las maneras rudas y secas de don Ricardo no sólo me agradaban, sino me contagiaban.

Pasaron muchos años para que volviera a ver al maestro, pero eso no me quitó el deleite de echarme un clavado en sus libros. Recuerdo que en algunas sesiones con amigos se leían en voz alta sus textos, se admiraba el estilo y se seguían sus artículos periodísticos con ganas de no acabar nunca.

¿En dónde no estaba Garibay? Uno lo veía en tal o cual sitio, salía en la tele, se escuchaba que la historia mengana se había hecho cine o escribía un guión para tal objetivo, o se veía una novela o un lamento hecho amor de Maira, o las aventuras de los hombres del norte, o sobre las entretelas de un burdel campirano, o las andanzas del pícaro Púas, o sus distintos quehaceres para ganarse la vida.

El maestro también era objeto de chismes, de comentarios: que si fulano era su amigo, que la fulana andaba prendada de él, o si había viajado a tal parte, o si los poderosos le rendían aterrados por sus durezas, sus romperés y sus temperalidades.

Muchos años después tuve el gusto de considerarme su amigo.

“Venga, gitano”, me dice al saludarme, se ríe de mis chistes y sabe que uno lo quiere y lo admira.

Don Ricardo es uno de esos escritores que se dan de trompadas contra la vida y contra los abyectos. Conoce los intrínquilos del poder y sabe las formas para no mancharse el traje de boxeador o el de karateca. Le entra a la literatura de la manera más difícil; es decir, con las armas del escritor y no con las del cortesano sapiente de que el narrador enorme, como lo es él, no es sino un relatante de la vida, un amador y sufridor de la existencia, que debe de correr por sus páginas con la misma verdad que las vive un actor vital de su tiempo; un jugador de su entorno cuernavaquense, a donde seguro salen a colación de nuevo sus recorridos, sus aventuras, su pasión por la vida y por la literatura.

Porque la literatura de Ricardo Garibay es un ejemplo de fuerza narrativa. Hablar y disecar cada una de sus obras nos llevaría el tiempo de muchos días; sin embargo, creo que

su obra ha sido el ejemplo para muchos de nosotros, los escritores que vemos en don Ricardo un modelo. tanto en su forma de vida como por su talento, por su vasta cultura y por su arquitectura narrativa.

Hace unos meses tuve la fortuna de recorrer el estado de Hidalgo para escribir una crónica de viajes por esa entidad, y ahí tuve el gusto de percatarme de la enorme importancia que para los hidalguenses tiene el nombre de Ricardo Garibay, su paisano.

Pero a través de otros viajes por sitios diversos de la República Mexicana también he palpado el reconocimiento que hoy obtiene, en vida, con plena fortaleza, con plenitud de forma. Escribiendo a diario, metido en los papeles, los recuerdos, las notas, la poesía y la cultura. Ricardo Garibay, mi maestro, maestro de muchos, modela a diario, truena a diario, crea a diario: a diario de golpe y cincel, a fuerza de letras y de saber que, en este país y en otros muchos, hay quienes lo admiramos y lo celebramos como un gran señor de la literatura.

Es necesario aplaudir, felicitar, aunque no estén, a quienes hicieron posible que una entidad de la categoría de la Universidad Autónoma Metropolitana se diera a la bella tarea de organizar este homenaje, no porque don Ricardo lo necesite, sino para mostrarle a él, ahora, que su creatividad y vitalidad están en su mejor momento, que existimos muchos escritores, lectores y mexicanos sin mayor título que lo seguimos y lo admiramos con la misma fuerza que él pone en la creación de cada uno de sus libros, con la misma fuerza que en él habita todo su mundo creativo, todo su mundo de palabras.

**ALEJANDRO SANDOVAL\***  
PASIÓN Y ENTEREZA DE RICARDO GARIBAY

Sin la vivacidad que la obra de Ricardo Garibay amerita, me aproximé a ella. Fue con un prurito absurdo. Vivíamos intensamente la época de extremismos y no era creíble, para los puritanos de la crítica de café, un escritor que aparecía en la pantalla televisiva, en el calor gubernamental, luciendo un kimono negro, con flores rosas o anaranjadas, o azul muy claro, ya no recuerdo, y no creo que importe.

Durante años supe de Ricardo Garibay por referencias, ocasionalmente leía sus artículos periodísticos y algún amigo contaba que lo había visto, visitado en Cuernavaca.

A la distancia me pareció un hombre famoso que, decían, era buen escritor, con reputación de claridoso y bronco; un día, la distancia empezó a acortarse.

En un montaje regular que de los Diálogos Mexicanos hizo un grupo teatral de provincia, la puesta en escena desmerecía por el vértigo del texto. La fascinación con que las palabras se concatenaban, superaba cualquier esfuerzo de vestuario, iluminación o actuación.

De aquella experiencia conservo en la memoria una palabra, “sueldario”, con la cual Garibay define la forma de ganarse la vida de quienes no son asalariados, y cuyas percepciones no alcanzan el honroso nivel de sueldo.

Luego me seguí de frente y leí Beber un Cáliz, La casa que arde de noche, Las glorias del gran Púas, Fiera Infancia y otros años, y algún otro libro que ahora no me viene a la memoria.

---

\*Poeta, ensayista y narrador, nació en Aguascalientes el 23 de septiembre de 1957. Estudió Teatro y Literatura. Ha sido jefe del Departamento de Promociones Culturales y profesor en la UAA, Director de Cultura de Socicultur; actualmente es Presidente de la Asociación de Escritores de México. Fue colaborador de *Tierra Adentro* (jefe de redacción), *El Correo del Libro* (editor); así como en revistas y suplementos culturales de México, Cuba y España. Es Premio Poesía Joven de México (1974) y Premio Nacional de Poesía de la UAZ, por Los héroes y los demás (1982). Ha publicado La justa fatiga (novela, 1984); Esquina de doble fondo (poesía, 1981) y Esquina de doble fondo (poesía, 1981).



Lo que permanece es la maestría de Ricardo Garibay, esa prosa impecable y subyugante su muy lograda intención estética con el lenguaje. Una intención estética que va nitidamente aparejada a una lucidez abrumadora ante la vida.

Digo lucidez, porque más allá de las situaciones chuscas o trágicas, que podrían derivar en una filosofía de bolsillo, subyace un ansia de perfección y de comunicar evidencias aprensibles.

Las obras de Ricardo Garibay serán, entre otras cosas y para siempre, un testimonio de los afanes del hombre común en México durante el último medio siglo.

Pero había otra cosa en Ricardo Garibay que aún no me convencía, su relación con el poder, con los hombres del poder. Tuve que conocer más de cerca los corrillos para ciegos para entenderlo.

Ricardo ve, estudia, toma nota de intrigas, frivolidades y amarguras, como pocos lo han hecho. No ha justificado las acciones del Estado, no ha pretendido ser un consejero gubernamental; en su obra sólo cabe su literatura, según le sugirió don Alfonso Reyes a Ricardo Garibay, si hacemos caso a lo asentado en su libro Cómo se gana la vida; este fue el libro que me ganó para siempre como su apasionado lector.

Ricardo aspiraba a dejar cuestiones administrativas y otras obligaciones para escribir, escribir cosas que no fuesen compromisos de tiempos predeterminados y cuartillas recortadas por razones de espacio.

La razón de Garibay para obtener la manutención, sin ceder un ápice en la factura literaria de sus obras, no incluye la benevolencia ante los hombres del poder.

Finalmente conocí a Ricardo.

La imagen que de él venía haciéndome desde hace años no desmerece en nada al hombre con el cual comparto afectos y he compartido algunas sobremesas; pero hay algo más, la amistad, el profundo sentido que le imprime a ese sentimiento tan llevado y traído, y tan poco apreciado últimamente.

A manera de epílogo, el mejor homenaje que se le puede hacer a un escritor es leerlo. Leamos a Ricardo Garibay, quien es un escritor que excluye las concesiones hacia el poder, que trabaja su obra con pasión y entereza, que cultiva la amistad con entrega y sencillez

### EUGENIO AGUIRRE\*

Agradezco, siempre lo haré, la aguda y profunda prosa de Ricardo Garibay, expresada en más de 40 libros, entre los que se encuentran algunos de mi especial predilección: La casa que arde de noche, Triste Domingo, y Cómo se gana la vida, por citar sólo unos cuantos.

Creo que Garibay, al igual que William Faulkner, aprendió en algún momento de su vida que los mejores lugares para vivir y escribir son los burdeles: gracias a que en ellos se disfruta de una paz sepulcral durante las mañanas, y de los ámbares de la frivolidad en el transcurrir de las horas que separan al ocaso del instante en el que el vampiro clava el diente en la entrepierna de la suripanta y la succiona. No sólo la pasividad, sino la identidad, convirtiéndola en máquina de tremendo meneo y, en esa otra, artífice suplantadora de la madre, la esposa idealizada, la imposible amante.

Garibay, con el vigor viril que lo caracteriza, descubrió en el gran burdel de la vida, entre madrotas mandatarias y su corte de los milagros, que el instrumento para escribir bien

---

\*Narrador, nació en la ciudad de México el 31 de julio de 1944. Fue Presidente de la Asociación de Escritores de México, ha colaborado en Radio Educación y en la sección cultural de *Excélsior*. Ha escrito: Jesucristo Pérez (novela, 1973); Gonzalo Guerrero (recibió la Gran Medalla de Plata, otorgada por la Academia Internacional de Lutece, París, 1981); Amor de mis amores (novela, 1988); Pasos de sangre (Premio José Fuentes Mares, 1988) y El hombre baldío (novela, 1992).

era la oreja, y pronto aguzó el oído para hacer suyos los argots, los calós, los metalenguajes populares.

“¿Carajo, Aguirre, no se ande con mamadas”, diría él.

El habla, la popular, la de los peladitos de a cuarta, la de ese populacho que nos rodea y nos asombra por sus hallazgos literarios más finos que los de los poetas exquisitos, más inteligentes y juguetones que los de Quevedo. Y sin contaminarlos con salivas de academia, plasmarlos en sus obras y ofrecerlos al lector en su cabal pureza.

Sí, el oído de Garibay, de tan preciso, se ha convertido en un paradigma. Pocos, muy pocos escritores pueden presumir de los registros que capta, descubre y regodea, con la sabiduría de un Diógenes proletario, en su constante deambular por la vida.

A su manera, este gran escritor se ha convertido en el cronista de las expresiones coloquiales, siempre cambiantes, siempre dinámicas, de los habitantes de nuestra ciudad, y ha conservado para la posteridad una vastísima enciclopedia de lo que el lingüista Raúl Ávila denomina “el español de la ciudad de México”.

A Ricardo Garibay le deberemos siempre, los que le hemos seguido en el angustiante oficio de la escritura, sus generosas enseñanzas en la apreciación de la lengua, y su entrega absoluta en el desenmascaramiento de nuestra muy particular comedia humana.

Voy a terminar contándoles una anécdota que ilustra el agudo oído de Ricardo Garibay: estábamos en Chetumal, acabábamos de inaugurar la escuela para escritores de la Sociedad General de Escritores Mexicanos (SOGEM); eran más o menos las once de la mañana, salgo del hotel y me encuentro a don Ricardo caminando, ya un tanto enfurecido porque era el primero que había desayunado y el primero que había salido, se me queda viendo y me dice:

—¿A dónde va, Aguirre?

—Voy a comprar una loción, maestro— le digo—, se llama “Silvestres”, para Victor, que sólo se consigue aquí o en el “*Corte inglés*” de Madrid.

—¿Y para qué va a comprar eso?

–Porque, cuando yo era joven, esa loción era muy efectiva con las mujeres; tiene un fijador muy fuerte, dura mucho, puede hacer el amor varias veces, bañarse, y sigue uno oliendo.

–Leñe, no me diga. ¿y a dónde la va a comprar?

–Aquí, en las perfumerías.

–¡Vamos!

En ese momento salían los demás colegas, que no sabían cuál era el programa del día, y se echan andar detrás de nosotros; más o menos faltando unas dos cuadras. Emmanuel Carballo, que es muy curioso, dice: “Oye, Garibay, ¿a dónde vamos?”

–Vamos a comprar una loción que dice Aguirre es muy buena para las mujeres.

Se corrió la voz. Llegamos a la perfumería, una tienda enorme, grande, llena de vidrios. Entramos Garibay, yo, y los demás detrás de nosotros. Garibay se para en medio y dice, dirigiéndose a una empleada:

–Señorita, una loción para el pito del señor.

Y lo más maravilloso es que la señorita dice:

–Ah, quiere el “Silvestre”.

Debo decirles que agotamos la provisión de “Silvestres”, y todavía, varios meses después, Nacho Trejo me dice: “Oye Eugenio, ¿cómo se llama esa loción que dicen es muy buena para el pito?”

## HÉCTOR ANAYA\*

Mi encuentro con Ricardo Garibay, hace muchos años, fue prácticamente en el ring. Tenía el interés de hacerle una entrevista especial a este “Samurai de la literatura”, así que le hablé por teléfono para solicitarle una cita.

Él tenía los *guantes puestos*, y de inmediato *me soltó un jab*, más con el afán de amedrentarme que con la intención de golpearme.

–¿Cuánto me va a pagar?

*Cabeceé el lentísimo jab y di un paso lateral*, para quedar fuera de su alcance demoledor.

–No le puedo pagar, en México no se acostumbra pagar a los entrevistados.

*Comenzó avanzar hacia mí, balanceando el cuerpo, con la guardia bien montada.*

–Pero yo sí acostumbro cobrar.

*Me hizo una finta embustera*, pues es uno de los escritores más asediados por los periodistas y, de ser cierto su cobro, podría vivir de conceder entrevistas.

Le recordé cuales eran las reglas de nuestro periodismo, pero él insistía en hacer *rounds de sombra*. Con mi temor a perder la presa, y a sabiendas de que en todo sentido él era de un peso superior al mío, *me le planté en el centro del ring*, con la confianza que me daba el hecho de que nuestro encuentro era telefónico.

–Le propongo un trato de hombres– fue *mi primer jab* que dio en el centro del orgullo–. Voy a hacerle la entrevista– *avancé decidido, la guardia en alto*–. Si le gusta no le pago nada– *la derecha martillada*–, y si no, le doy lo que me van a pagar a mí.

*Le lancé el campanazo.*

---

\*Dramaturgo, narrador, periodista y editor, nació en el Distrito Federal el 21 de mayo de 1941. Ha sido comentarista en programas de televisión y coordinador general de Para gente grande. Ha colaborado en *Diario de la Nación*, *Mañana*, *Impacto*, *El Nacional* y *El Búho*. Entre sus obras destacan: El suicida (Premio de Cuento *El Nacional*, 1990); Los mochos están fatigados (ensayo, 1987) y El sentido del amor (novela, 1992).

*Con agilidad escabulló el cuerpo, bajó la guardia y se dirigió a su esquina, para pedirle al ayudante, o *second*, que le quitara los guantes: Garibay aceptaba el reto telefónico.*

–Ya. Está bien, venga a mi casa. me parece un buen trato.

Viajé a Cuernavaca. abrió las puertas de su casa y me llevó a su incitador estudio, con la fluidez del agua como insuperable cortina musical. Hasta unas cervezas dispuso para mí y mi compañera.

Su cortesía, sin embargo. me parecía desconfiable, pues sabía que estaba en su madriguera y era un oso agazapado que a la menor provocación podría soltar el golpazo que me pondría *knokout*. así continué con esa mezcla de ingenuidad y de osadía que brinda la inconciencia, pero convencido de que lo peor que podía pasar era que este sólido peso ligero me diera en la madre.

Luego de la ceremonia de presentación y sin más referi que la fotografía que iba conmigo. *me le metí a la guardia para soltarle un gancho corto* al caparazón que le cubría el hígado. fuente de todas sus indignaciones.

–¿Y por qué la máscara?

–¿Cuál máscara?

*Se repuso y comenzó a bailotear para que me diera cuenta de que no lo había tocado.*

–Ésa. de impiedad y permanente indignación con que cubre– *la izquierda a los bajos*– a ese pobre niño temeroso y acucillado que está dentro de usted– *la derecha al mentón.*

*El uno dos* nunca lo alcanzo, porque *su experiencia en el ring* y la literatura lo resguardaban de mis *manotazos*.

*Se defendió y empezó a atacar*, obligándome a urdir una *estrategia de defensa-ataque: trataba de usar la piernas* para ponerme a salvo de sus *manazas*, y sólo cuando *me metía en su guardia me arriesgaba a tirar golpes*, que podrían ser certeros, pero de escasa fuerza.

Al cabo de media hora de este *encuentro*, me exigió con energía:

—Ya, apague su grabadora.

Procedí a hacerlo, temeroso de su *descalificación*, de ser considerado perdedor en este *match* por el *réferi* implacable, que era también la parte entrevistada.

Se acercó a mí *con la guardia baja*, la frente sudorosa, los ojos amables, y el ofrecimiento del empate.

—Me gustó su entrevista. Vamos a terminarla: no va tener que pagarme.

La completamos, resultó muy larga y la tuvimos que publicar en dos partes.

Es, seguramente, de las mejores que he podido hacer, dada la calidad del entrevistado, las dificultades que entrañó y el riesgo permanente de ser descalificado: sobre todo, de ser vapuleado por este gladiador, combinación fatal de un fino *estilista noqueador*, que se sabe dueño de la onza de oro.

Afortunadamente ya no hubo pelea de revancha: por el contrario, desde entonces gané su amistad y pude saber lo que todos sus amigos conocen: que es la encarnación del ogro filantrópico, pues tras la apariencia huraña y soberbia, está un dador de amistad, un proveedor de sabiduría literaria, que puede ser generoso en el consejo y en la sugerencia cuando uno se atreve a compartir con él sus pergenios.

Además, aunque parezca seco y amargoso, sabe reír y hacer reír; sabe bromear y ser objeto de la burla ajena, y a veces hasta propicia el escarnio de los demás.

Y si en un momento dado puede tener facha de exigente o mamón, se disculpa y se integra al grupo, para no romper con su actitud extrema el ambiente de camaradería.

Pero no ha sido fácil acercarse a él porque se trata de un ser investido de autoridad y recelo, intolerante con la estulticia y la torpeza, exacto en la palabra y el concepto, ajeno a seducciones fáciles y extraño a la trivialidad.

En su papel más conocido y aplaudido —aunque todo mundo sabe que se sobreactúa—, el de heredero universal de la indignación, Garibay maldice, conjura, condena, arrasa, atropella, blasfema.

Eternamente ofendido, vengador de injusticias, clama con exageración en una pared de desierto que él mismo va poblando de vivencias, de exigencias, de seres protagónicos.

casi siempre escapados del infierno de una autobiografía que él no se atrevió a vivir, para ser por lo menos uno de su Par de Reves, la novela más querida por Garibay y, tal vez, la más homérica de la literatura mexicana.

Verdadero labrador de la palabra que él cultiva y cosecha con odio-amor para alimentarse de ella, y defecarla también, a fin de no interrumpir el ciclo de vida, y volver a ponerla en circulación. Garibay la ha usado en todos los medios: libros, prensa, radio, televisión y cine: con una destreza que cualquiera le envidiaría, porque sabe ser preciso en la belleza, eficaz en el tono, insuperable en la recreación de la violencia física y verbal, y magistral en el recuerdo.

Militante activo de su convicción literaria, piensa que no hay escritor sin oído, y se distingue por tener las mejores orejas, literarias desde luego, ya que en el campo de la política y el enredo el que lo supera está autoexiliado en Canadá (Carlos Salinas de Gortari).

Aunque no necesariamente tener buenas orejas asegure tener buen oído, y menos aún, saber escuchar; pero, en el caso de Garibay, él sí sabe escuchar y, sobre todo, recrear.

Prácticamente, no hay obra de este escritor que no muestre esta particularidad del panoto de las letras mexicanas. No es mala palabra panoto, ya que en la edad media, a los monstruos que lucían orgullosos sus grandes orejas, el miedo popular los denominó panotos, de *pan*, y *otos*, todo orejas. Aunque después del sexenio orejón ya tengamos razones de sobra para desconfiar y temer a los orejones.

Pero a este panoto no hay que tenerle miedo, pese a la cara de pocos amigos con que a veces saluda, a pesar de la tonante voz con que en otras se presenta y el gesto autoritario que utiliza para acallar: ¡ya!

No le hagan caso a su facha de ogro y sigan avanzando firmes hacia él y su literatura. Aunque lo vean hosco, *con la guardia levantada, los puños crispados y la mandíbula tensa*, acérquense a él, porque van a tener la fortuna de encontrarse con un hombre de pan y azúcar, incapaz de hacerles daño, facultado, en cambio, para producir los bienes del espíritu.

Si lo ven *adelantar el gancho izquierdo* como quien va mortal hacia el hígado, tírense al piso mejor, porque lo más seguro es que el golpe esté destinado a un villano de la



vida y la sociedad que está detrás de ustedes: porque ante ellos Ricardo Garibay, el güerito, el *chipe*, el único Ricardo de la cuadra, el rico de la pobreza, no tiene misericordia. Utiliza todo el peso de sus 72 años de mañas y sabidurías para pegar donde duele, para hundir el puño hasta el origen del mal y poner al descubierto la ponzoña, que para eso, sí le sirve ser *Kid Garibay*, el retador constante de la cordura, como *campeón sin corona* que es, no de todos los pesos, pero sí del peso específico en nuestra literatura.

### JORGE RUIZ DUEÑAS\*

Cuando fui invitado a este homenaje no tuve claro si celebrábamos años de existencia, de creación literaria, o el número de obras de Ricardo Garibay. Todo ello me parecía relevante y suficiente justificación, porque celebrar a Garibay es celebrar la vida; esto es lo que brota tan vitalmente de cualquier contacto con él y su existencia fértil.

Sé que otros más competentes se refieren ya a sus obras; yo he de insistir en él como un ser que también hace de su vida, queriéndolo o no, una forma astuta de aprisionar al tiempo.

Al recordar a Garibay, primero desfila en mi memoria su voz de torbellino, su voz dictando instrucciones, ordenando la escena, desenmascarando a la caterva y a los

---

\*Poeta y narrador, nació en Baja California el 24 de abril de 1946. Licenciado en derecho por la UNAM, maestro en administración, doctorado en ciencias políticas de la UNAM y estudios de posgrado en la Universidad de Oxford. Ha colaborado en *La Jornada Semanal*, *Revista de la Universidad de México*, *El Búho* y *El Gallo Ilustrado* Director de la revista *Tierra Adentro*. De su obra publicada destaca: Tierra final (Premio Nacional de Poesía Manuel Torres Iglesias 1980); Tornaviaje (poesía, 1985); El desierto jubiloso (poesía, 1995).

impotentes morales. Así, le da a la tribu, es decir a nosotros, una visión del mundo que ya no es brumosa, espumosa, densa.

Probablemente, en 1972, quien se calificaba benévola y acertadamente como el mejor novelista de México, se las vería en el mismo mostrador, en la misma ciudad y con los mismos burócratas que yo.

Percibí su autoridad de creador de mundos ante la estupidez de los despachadores de trámites. Me percaté, por él, de que en el país del "mande usted" cierta dosis de arrogancia y misericordia ante la sumisión centenaria era la mejor fórmula para provocar cambios coléricamente ordenadores.

Garibay habla en voz alta, como decía León Felipe, "porque habla a la altura del hombre". Exige lo exigible, exorciza fantasmas literarios, mitos cromados con niebla e ignorancia.

Siente pena por los vencidos, pero es implacable como vencedor de sí mismo y de sus pasiones que amalgama a manera de enseñanza, frente a la palidez de los otros, aquellos que en el piélago de la indiferencia sirven a un señor indolente, a solemnidades untuosas, a las urnas de zurcidas de los puros.

Después, asocio a Garibay con Terencio, porque sé que nada de los humanos le es ajeno: la soledad, el deseo, el rencor, el aborrecimiento, el ardor por su verdad literaria.

A los poderosos arrebatáales sin escrúpulos especiosos lo que esté a tu alcance, parece decir con su actitud ante ellos: pero también añade, obviamente sin decirlo, o ¿acaso ya lo dijiste Garibay?, dales como a la muerte, un insulto sin remordimientos, húndelos en el infierno que les corresponda: el de los políticos, el de los prebostes, el de los magnates, el de los mandarines culturales; porque, al final de la jornada, será mejor quitarle "al César lo que es del César", y mejor aún, "a Dios lo que es Dios".

Asocio de inmediato a este rostro de hombre maldito, y a la vez bondadoso, con la sabiduría, la que da el tiempo vivido, las lecturas, la experiencia como cúmulo del método de la naturaleza, y ensayo y el error.

Su vocación de viajero sorprendido, la robusta complexión de su criterio, normalmente tan escaso; la sabiduría, en suma, que cruza su frente como heridas del tiempo; una por las mujeres, otra por la fe y, la más profunda, por la literatura.

En ella y con ella ha cohabitado Garibay, no sin dolor. En ella y con ella, nodriza de sus sueños, previsor y delatora de sus íntimos desastres, comparte sus brazos cargados de memoria. La escalofriante embriaguez del solitario, que a puñetazos se adentra en su noche voluptuosa, compañera de su caligrafía del desarraigo.

Sí, la literatura con la que recorre el paisaje que ven sus ojos líquidos, de hombre huracán, y el dédalo de su testimonio enfermo del hombre presente.

Ricardo Garibay, sin dejar de ser animal político, se asume como animal literario. Goza su feral condición de hombre de letras, su apetito de alcoba con las palabras.

La paradoja es que no se conforma con ellas, sobre todo, en la televisión y en la radio, esas formas politécnicas del gran hermano, Garibay ha sucumbido al impulso mordiente de difundir y discutir sobre el conocimiento del hombre y sus obras: el sexo y la vida, la monumentalidad de la poesía mayor. Los horrores de las dictaduras genéticas son sus provocaciones para un público invisible y mudo.

De esta tarea debería darse cuenta en algunos volúmenes que recojan sus confidencias al aire, porque ésta también es la saga de la palabra, la saga de Garibay.

Hace varios años, con motivo de un homenaje a Rubén Bonifaz Núñez, nos sentamos a conversar en el salón de un hotel de Córdoba, mientras la noche se abría con la flor de los capullos.

—A usted lo buscaba— me espetó con innecesaria voz gutural.

Garibay le había pedido a Bonifaz hablar con un poeta y éste le dio mi nombre, con la carga de aquel significado.

Esa noche hablamos de Marruecos, coincidimos en algunas obsesiones, y su visión de ese terreno compartido me hizo saber que con él tenía algo más que coincidencias. Seguramente no encontró en mí al poeta que buscaba, pero puedo decir ahora, felizmente, que hallé un amigo y compañero de armas.

Hoy, no puedo pasar por alto que este caleidoscopio narrador, que apuesta al diálogo como ráfagas a la manera de él mismo, para describir después con efluvios de poeta las tormentas sobre la ciudad y la conciencia de los habitantes de sus páginas, que se esfuerza en asombrarse de tener amigos; no puedo, insisto, permitirle que oculte la nobleza de su espíritu, la cisterna de su prodigalidad. Hombre de verdades, también lo es de lealtades.

Lo que más espasme es el consejo sobre la mujer, con ella le da forma a nuestros incubos y súcubos, pero no es menor el don de su palabra sobre los hechos de la existencia social y del siglo.

Vive siglos, pues Garibay, a la temprana edad de su madurez de siglos, y a pesar de sus gritos contra la infamia, es ya un intolerante y precoz narrador mayor, condenado irremisiblemente a ser carne de resurrección.

Gracias por estar a nuestra vera, Garibay.

**DANIEL LEYVA\***  
"RICARDO GARIBAY, NUESTRO TORITO"

Estimado don Ricardo: usted disculpará que inicie estas páginas de manera tan formal, no sólo por el "estimado" y el "don", sino también por el "usted"; lamentablemente, muy lamentablemente, tengo una enorme desventaja frente a todos sus amigos que hoy lo acompañan, y es justamente ésta: que yo no soy su amigo; es más, hoy es la primera vez que lo veo en persona.

Pero, estimado don Ricardo, en el box que usted conoce como pocos escritores, que también fue pasión en mi juventud; el buen pugilista tiene que saber sacar ventaja de las desventajas del contrario, y mi gran ventaja sobre todos sus amigos presentes en esta mesa es justamente, que no soy su amigo.

Esa enorme ventaja me permite hablar del escritor y no del hombre; aunque sé que usted es muy hombre, también es, y sobre todo, muy escritor; es más, como escritor, permitirás, querido Ricardo, que me olvide del don, del usted y del estimado, y que te diga que en realidad no eres muy escritor, eres simplemente escritor.

En la literatura, y tú lo sabes mejor que nadie, no se es grande o pequeño, no se es más o menos, simplemente se es; como en el box, se es boxeador o no.

Los triunfos, los títulos y los premios poco importan cuando se está en el cuadrilátero, frente a la máquina de escribir, y el público vociferando mientras pasan los doce rounds del texto; y a ti, querido Ricardo, después de tantas peleas, muchísimos golpes bajos, más de dos cabezazos que aún continúas recibiendo, y una que otra marranería, nunca te noquearon.

---

\*Poeta y Narrador, nació en la ciudad de México, el 28 de julio de 1949. Ha sido jefe del Departamento de Intercambio y Difusión Cultural de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Es director del Centro Nacional de Información y Promoción de la Literatura del INBA. Ha colaborado en *Revista de la Universidad de México*, *El Gallo Ilustrado*, *Sábado* y *Unomásuno*. En 1982 fue Premio Xavier Villaurrutia. Ha escrito ¿ABCDe río ó ABbCcDame (novela, 1982); El león de los diez caracoles (poesía, 1972) y El león de los diez caravales y otros poemas (poesía, 1980).

Cuando Cortázar, otro gran cronopio del boxeo, utilizó la ya célebre analogía que todos conocemos para definir a la novela y al cuento, la novela gana por puntos y el cuento por *knockout*. incluyó, sin saberlo, a un tierno pugilista de peso completo llamado Ricardo Garibay.

Porque eso eres tú, Ricardo: peso completo de la literatura que ha combatido en peleas de novela, de cuento, de crónica, de memorias, de ensayos, de entrevistas y hasta con bases de exhibición de guión cinematográfico. En tu obra, nada humano te es ajeno, y como peleador de ideas lo inhumano te conmueve. Tu proverbial dureza expresiva, regañona y mordaz contrasta con tu agilidad en el cuadrilátero narrativo.

Como el "Mantecas", a quien también admiraba Cortázar, tu arduo trabajo literario posee la sencillez y la claridad que sólo los verdaderos pugilistas y escritores tienen, porque el box es un oficio en que se suman horas golpe. Tú bien has dicho que en el oficio de escritor se suman horas nalga, lo que en el peor de los casos no es más que una hipérbole.

Lector febril y alucinado, eres directo como un *jab*, contundente como un gancho al hígado, y tu prosa adquiere en ocasiones, la perfección de López Gordo.

No te gusta escribir para los de *ring side* ni para los promotores, sino para los coleccionadores de asombros. Eres de una gran elegancia, porque en el cuadrilátero, perdón, debiera decir en la página, eres un caballero de guantes de varias onzas, técnico y astuto para enfrentar el tema.

A lo largo de tu vida, en tus combates, no has cambiado tu estilo ni tu imagen por una pelea arreglada, y eso te ha hecho ganar siempre, a pesar de que los jueces –que en ocasiones, muchas más de las que creen los villamelones, son más fáciles de comprar que los propios boxeadores–, no te hayan reconocido con los premios literarios que mereces, ni con las victorias que te han escatimado.

Querido Ricardo, con tus libros, que son tus verdaderos triunfos, te has ganado un lugar en el salón de la fama que cada uno de nosotros lleva en su memoria, aunque las instituciones te hayan impedido la entrada al salón de la fama oficial; en el que, por otra parte, estoy seguro de que te sentirías incómodo.

Por eso *Las glorias del gran Ricardo* son De Lujo y de Hambre, de amor y de sombra, y eres como el “torito”, el de Cortázar, por su puesto; un elegante caradura y un sincero incómodo en tiempos de hipocresía.

La mera verdad, eres todo un Ricardo Garibay, y me da orgullo decirlo por la amistad que espero, deseo y estoy seguro, a partir de hoy nos emparente.

**RAFAEL LUVIANO\***  
EL SUEÑO DEL CAMALEÓN, DIARIO PERIODÍSTICO DE RICARDO GARIBAY

Al igual que un vagabundo que modifica su destino en virtud de un desconocido itinerario. Ricardo Garibay ha viajado por la vida, vuelta realidad en la palabra. Materia siempre moldeable, apetecida, llena de luces y fantasmas, juegos y sueños de mundos y quimeras, de urgencias y deseos, de conformaciones y rondas evocativas.

El decir de Garibay es, sin embargo, empeño elegido al que ningún camino transforma en ocasos, a pesar del mundo y sus desilusiones.

Desde la librería o desde el ring, en el tiempo simulado de un guión cinematográfico, y en la palabra tronadora del púlpito *en el cáliz que se bebe* como un sorbo de tiempo inolvidable, Ricardo Garibay ha camuflajado su forma pero jamás el oficio.

Camaleón de la literatura, su pluma retrata el color, el estilo, el humor, y sueños de *casas que arden de noche*, guantes de box en el rostro demudado del rival, y La nueva amante o Cómo se pasa la vida, porque *el que escribe*, es decir *el que vive*, ve lo que otros sólo predecimos en la señal del que lleva la batuta en una pluma que parece infatigable.

---

\*Representante de la I Legislatura a la Asamblea de Representantes del Distrito Federal.

Trabalenguas como sustento, candelas que no encienden más que la ternura en edades tempranas. Garibay viene a encontrar en la palabra el cotidiano andar por la vida de un hombre de fino gozo por lo que mira, al que nunca se le agota el don de la sorpresa.

A varios años de distancia, entre la presentación de artistas asomantes y el caleidoscopio de escritores en la pantalla asombrada de un televisor, tenemos la entrevista, la crónica, el reportaje, como forma literaria que no se desdice del encuentro con el otro; del saber escuchar y decir de ese otro que somos todos, en la avidez de la literatura y de la cultura; pero también es este acercamiento con el bar, la calle mil veces transitada, el cabaret de rostros azul sombríos y, en la existencia misma, como Garibay convierte la literatura en oreja, pero también en ojo, olfato y diente; que ve, huele y muerde la vida para poder diseñarla, para mostrar desde su sabia perspectiva la visión de sus emociones estéticas.

Y es, con estos sentidos despiertos, cómo el presentador, abogado, profesor, *sparring*, novelista, cuentista, periodista y hombre que es Ricardo Garibay, ha podido reencontrar para nosotros el género periodístico que va más allá de la nota encarnizada, y se convierte en literatura que se toca, que viaja de un lado a otro de la frontera para ver en De lujo y hambre al político o nuevo rico mexicano que dilapida miles de dólares en un juego demencial, o en hoteles de cinco estrellas y filetes *mignon* para la cena; al estómago devorado por lombrices, también, con miseria ancestral: a los niños que piden mendrugos, a los espaldas mojadas que asechan con el nudo del miedo en la garganta el momento de burlar la *border patrol*, de caras pálidas y ensañadas con la miseria, en una línea fronteriza donde las contradicciones entre un mundo y otro son tan notables como que existe la desigualdad entre los hombres.

Se equivoca quien piensa en el periodismo como género menor, de escuelas secundarias, de plumas desgastadas; ahí están Gutiérrez Nájera, Altamirano, Monsiváis, Ángel del Campo, Truman Capote y tantos otros. Aquí están Las glorias del Púas y nuestra señora de la soledad en Coyoacán, y Diálogos Mexicanos, Acapulco y Chicoásen, y las memorias del propio Garibay como vivencias de una vida irrepetible, suya y nuestra, en el disfrute íntimo del cronista y el lector.



Entre los vaivenes que enfrenta quien como él se empeña en el oficio de las letras, Ricardo Garibay se sirvió de otras labores, como la de inspector de precios del Distrito Federal, para acercar su mirada a la ciudad nocturna y a otros ojos y sonrisas y tristezas de personajes sedientos de posteridad que el periodista advirtió y no dejó pasar. Es, en sus colaboraciones simultáneas en varios suplementos, revistas y secciones culturales de periódicos, como *Excélsior*, *Ovaciones*, *El Universal*, *Novedades*, *La Prensa* y *Proceso*, cuando Garibay descubre que de la literatura también se vive.

Sustento del alma y del cuerpo, el periodismo llegó a ser para él materia fundamental de existencia, como lo fue después la reivindicación de los afectos, el recuerdo de la Fiera Infancia, el registro de las furias, el más completo reconocimiento de ese otro hombre que vive en él, y con absoluta honestidad se ha desnudado para mostrar al hombre que es Garibay: el cronista de sentimientos y apreciaciones aprendibles, sólo por su sensibilidad y su fino olfato.

*No me vendo ni hay precio que me compre, lo único que festejo en mí es mi lealtad a mi oficio.* nos ha dicho Garibay en el epílogo de Cómo se gana la vida. Y es en esta lealtad, y la más completa modestia de sus palabras, lo que nos hace reflexionar sobre otros elementos de festejo que Garibay conoce y a que a nosotros nos corresponde disfrutar: la pureza del lenguaje, la astucia de la escucha y el color, y la forma de su escritura, que no puede ser ajena porque su atractivo va más allá de una sintaxis correcta.

Es el rito del tiempo y de la vida, del oído atento y del ojo avizor, cualidades natas del cronista inigualable.

En su estar como conductor y comentarista de programas culturales, Garibay no deja a un lado la buena palabra, el periodismo que lo distingue pero que jamás lo etiqueta. Hay en su palabra un algo que impulsa el decir del entrevistado, un diálogo que supera la inquisición del que sabe conversar, que convierte la entrevista en un placer, en una sugerencia, en un intercambio de emociones. Y cuando este diálogo, este conversar se vuelve letra impresa, salta a la vista del lector el maravilloso oído que reproduce fielmente acentos lejanos, y entonces escuchamos, atendemos al propio Garibay, que inquiera siempre una circunstancia

social o política, pero que invita a la respuesta con una contundencia que no deja lugar a la negación.

Entendemos entonces por qué literatura es oreja, y nuestros propios oídos se descubren maravillados frente al mundo abierto en cada palabra del periodista, narrador, hacedor de verdades, que se sabe él mismo, verdaderamente, a través de su propia estructura, porque duda sinceramente del qué será después de la palabra.

El oficio se hace con práctica cotidiana, hay que vivir diariamente para escribir lo que se vive.

Ricardo Garibay se confiesa a sí mismo presa de este ejercicio, para muchos harto complicado; el oficio de vivir, como diría en su plano autobiográfico final el gran autor italiano César Fabes; y si se vive con rabia, con envidia, con reproches inmediatos y vueltos a sentir, pero también con ternura, con absoluta vehemencia, con pasión, por qué no ha de escribirse sin remilgos lo vivido.

Ricardo Garibay no es melindroso, es amante de la verdad sin vericuetos, aunque no dista de profundizar en la realidad que a veces es, en verdad, compleja.

En este humilde empeño me es imposible distinguir al Garibay periodista del anecdótico escritor de recuerdos afines, de sorprendente memoria, del autor fantástico.

¿No es la fantasía también una forma de vida?

Me juego mi resto en una apuesta sencilla del lector: Ricardo Garibay es un escultor de posibilidades, de sueños y aspiraciones, de un hombre que se la juega cotidianamente por desentrañar ese caleidoscopio de incertidumbres que es la fiera realidad.

## RICARDO GARIBAY

Para definir la amistad hay que seguir la característica del pueblo argentino: la vocación por la misma. Los argentinos se sienten los mejores amigos del mundo y, de alguna manera, demuestran que lo son; dicen que la amistad es el amor sin sexo, tanto entre hombre y mujer, hombre y hombre o mujer y mujer.

El amor se da por la semejanza, por la similitud; la amistad se da por las diferencias.

La amistad es gozar con el otro, con el interlocutor, las diferencias entre ambos. El amigo me completa. Su mundo, sumamente diferente del mío, acaba siendo necesario para que mi mundo se vea a sí mismo.

La amistad es la validez de las diferencias para construir un diálogo: el ser humano necesita el diálogo.

Tengo pocos diálogos, tengo muy pocos amigos, pero son indispensables para que viva, para que entienda que la vida tiene algún sentido.

Yo solo, metido en mi pequeña biblioteca, me consumiría pronto. La soledad hace sufrir; uno necesita del otro, oír la voz del otro, fuerte, para poder vivir.

Borges decía a los 84 años: "seguir siendo Borges, para toda la eternidad, qué profunda fatiga". Ricardo Garibay solo, conmigo, qué profunda fatiga. Necesito de los demás.

La amistad es necesaria porque es el diálogo para construir la vida: es el otro que está delante de mí y me da la réplica a lo que pienso o siento. Sin eso no hay vida.

Se debe cultivar la amistad, porque no se puede vivir a solas. Sólo los animales y los ángeles soportan la soledad; en caso de que los ángeles existan. La soledad es antihumana y hace sufrir, cancela las posibilidades de evolución. Hay que tener un espíritu muy poderoso para soportarla.

Las amistades tienen que venir cambiando conforme se vive, es necesario, porque los intereses cambian mucho en la vida diaria, según se van cumpliendo los años o los muchos años. De manera que el buen compañero de los 25, 30, 40 o 50 años ya no es el buen compañero para los 70.

Deben cambiar las amistades, de acuerdo; pero también es cierto que uno necesita que cambien las amistades, porque ya se pide mucho peso en el interlocutor, para ir en paz con él, para ir en paz con uno mismo. Es necesaria una extensa comprensión, una extensa pulcritud intelectual en el interlocutor para poder navegar con él, porque uno ha venido haciendo lo mismo, ha venido estudiando toda la vida. Ya no cualquiera cumple la función de la amistad, se exige mucho, se pide mucho.

Son varias exigencias que hacen que el amigo sea más difícil de hallar. No se vive a solas, ni se vive con el interés suficiente como para imponer a los demás la voluntad. Se vive intercambiando voluntades, y el amigo tiene que ser cercano y parecido.

\* \* \* \*

Me dice René Avilés:

—Tan querido amigo: ya ves, insensato, te quieren y te estiman.

Y no lo creía, ciertamente.

La sorpresa es muy grande, no he trabajado para ser querido por los demás; la sorpresa es muy grande porque veo que a pesar de todo se me estima, pero por encima de eso que tanta falta hace, que tanto se agradece, se estima mi literatura.

Uno, dos, tres, generosísimamente han dicho que vivo para mi literatura, sí. En esto sólo soy un discípulo de Alfonso Reyes. Llegué un día jurándole que mi amor por la literatura no tenía límites. Me dijo: “No diga eso, usted no ama la literatura, usted ama su literatura; usted debe amar su literatura, no la literatura, quién sabe qué sea eso. Yo amo mi literatura, ame usted la suya.”

Y claro, me entregué desde entonces con verdadera ferocidad a amar este cúmulo de imperfecciones que es mi literatura. en lo que, realmente, lo único que vale es el gran amor. la total entrega, esperanza de eficacia.

Llegué a una edad donde no se espera gloria. sino la íntima satisfacción de estar encontrándola en la reunión de las palabras bajo la especie de la belleza, la íntima certidumbre de haberlo logrado. Esto es todo lo que se busca en la vida. Eso he buscado y veo que no estoy sólo; no sé, va a ser para mí una verdadera lata sentirme acompañado por el cariño de ustedes, por la comprensión de ustedes. por la inteligencia de ustedes.

Voy a tener que deponer un poco mi cara de ogro. mi incesante furia, voy a tener que deponer, porque qué voy a hacer con el cariño que me han brindado, con este absolutamente inmerecido homenaje. ¿qué voy a hacer? Estoy hecho más para la pelea que para el homenaje.

Cumplí 73 años hace algunos días. los hombres sabemos qué es el tiempo. El ser humano no es un ser hecho de tiempo. Esto nos distancia de Dios y del demonio, esto nos hace intolerablemente huérfanos a lo largo de toda la vida, pero lo sabemos ahora nada más. después de los 70 años.

La juventud plena. total. absoluta en todos los órdenes. llega hasta los 70 años. ahí comienza el derrumbe. Ya lo estoy viendo. Ya hay una clara. nítida y dolorosa conciencia de lo que es el tiempo, ya sabe uno que acabará más o menos pronto, ya sabe uno que aquello que queda atrás es lo amado, la entraña de la nostalgia.

Nunca nadie ha sido feliz en la vida, pero en la mente del hombre a esta edad. y más adelante, opera la nostalgia como la constante vital. Y la nostalgia es lo siguiente: es la tristeza por el bien perdido, pero con esta naturaleza uno recuerda y llora, porque siente, piensa, cree, sabe que allá atrás, un segundo después de lo que uno recuerda, iba a ser feliz. No lo fue, pero estuvo a punto.

La información íntima de la nostalgia es esta inmediatez, esta inminencia de la felicidad que nunca llegó, pero uno vive seguro de que iba a llegar de un momento a otro.

Por eso se llora. Conciencia de tiempo. conciencia por fin de lo que es la vida, de lo que ha sido. de lo que puede ser aún y de lo que ya no será.

Cuánto agradezco esto. y cuánto juro por lo más sagrado que puedo tener, que seguiré escribiendo, seguiré esforzándome. seguiré anhelando que la muerte llegue entre una página y otra. ¿Dónde podría haber mayor felicidad?

Ojalá pueda caminar con ustedes un poco más del trecho que se me ha sido concedido.

Gracias.

## CONCLUSIÓN

Cómo este trabajo lo mencionó al principio, esta entrevista de semblanza nos ha permitido saber que pese a la falta de reconocimiento, Ricardo Garibay siempre se ha mostrado como una figura literaria de contrastes. Desde joven ha sido una persona radical: conmigo o contra mí. Un hombre intolerante con la estulticia y la torpeza, exacto en la palabra y el concepto. Un hombre que siempre arremetió contra cualquier forma de autoridad y se fue llenando de enemigos que le hicieron pagar su rebeldía.

Garibay ha vivido para demostrar que no ha existido más autoridad que la suya. En realidad, el inicio del conflicto fue el no aceptar la autoridad paterna. Nunca perdono la rigidez de su padre y se libero a fuerza de rebeldía, rebeldía que encontró tranquilidad en la escritura. lo que siempre ha le significado un acto de amor.

En esa rebeldía, Garibay se asumió como un escritor solitario que no jugó en los círculos o corrientes literarias que eran dominados por Octavio Paz, Fernando Benítez o Carlos Fuentes. Grupos literarios que decidían quién era el gran escritor, cuál era la mejor novela y quien merecía ganar los premios. Garibay no perteneció a ningún grupo ni trabajo o invirtió horas a la notoriedad, prefirió "la enemistad a ceder un milímetro mi capacidad literaria para satisfacer a nadie", y lo cumplió cabalmente.

Ricardo Garibay siempre supo que su único compromiso, durante más de cincuenta y cinco años de escritor, ha sido con su literatura. Ni la familia ni el hecho de que no hubiera que comer en su casa, ni las amistades, ni la religión, nada fue más importante que leer y escribir, porque amaba escribir, era lo único que realmente quería en la vida.

Así, en toda su creación literaria, se descubre que la obra de Garibay va de lo rural a lo urbano a lo social, utilizando técnicas narrativas que suponen en cada caso actitudes literarias diferentes, que cumplen con la necesidad de cada género. Su narrativa introduce la experiencia personal, en ella hay episodios y reflexiones sobre su infancia, la juventud y la vida adulta. Su memoria es la principal fuente de inspiración y tema recurrente que aborda el escritor a lo largo de su obra. Desde sus primeros cuentos, los recuerdos han sido tema constante, como "El coronel", retrato de su abuelo materno, o "Mazamitla", el pueblo donde nació y vivió su madre hasta que se caso para irse a vivir a San Pedro de los Pinos. La autobiografía se encuentra en libros como *Beber un Cáliz*, *Fiera Infancia y otros años*, *Cómo se gana la vida*, *El joven aquel*, *Vamos a la huerta del toro toronjil*, entre otros.

La literatura de Garibay abarca distintos caminos que van de lo social a lo religioso. Sus escritos son testigo de sus preocupaciones, lo que vivía y lo que oía, lo que por su vida pasaba y lo inquietaba, quedó plasmado en crónicas, ensayos y reportajes como *De Lujo y Hambre*, *Acapulco* o *Lo que ve el que vive*, *Cómo se pasa la vida*, *Paraderos Literarios* o *El oficio de leer*.

La mujer y el amor –que es lo único que vale en la pena y que le interesa de verdad- son el marco de innumerables historias, fuente de inspiración de novelas como *Verde Maira*, *Triste Domingo*, *Trio*, *La casa que arde noche*, *Par de Reyes*, *35 Mujeres*, entre otras. Novelas y cuentos que encierran tríos que anuncian la fatalidad del amor que no puede ser. Diálogos precisos que desnudan el alma de los personajes. Personajes que pueden ser mera fantasía, recuerdos, autobiografías o una combinación de todos.

Las novelas que escribió Garibay varían en temas a través de su trayectoria, no hay una cronología, porque los temas surgían con la vida y las situaciones o ideas que daban vueltas por su mente hasta que las atrapaba para expresarlas a



través de su prosa sólida y contundente, y de un prodigioso oído que le permite escribir como habla y hablar como escribe.

Ricardo Garibay también fue amigo presidentes, gobernadores, secretarios de estado, y pudo convertirse en el escribano de algún político o convertirse en consejero gubernamental. Aún así, sólo uso el poder le para describirlo en sus novelas. Miró y juzgó, sin expresar nada más. No justificó las acciones del estado, sólo tomó notas de intrigas, frivolidades y amarguras.

En los últimos años, Garibay sólo ha publicado crónicas y ensayos, astucias literarias que por su camino cruzan lo llevan a reflexión. Novelas cortas que no dan más de 80 páginas. Y no que haya perdido lucidez o capacidad narrativa, tal vez sea por la edad o por el desgaste físico y mental que implica escribir una novela o puede que sólo sea una demostración de la capacidad de síntesis, una cierta habilidad para mostrar en pocas frases y páginas la argumentación de la obra, la experiencia literaria o la extrema madurez. Garibay ya no busca extenderse inútilmente ni reducir sus escritos engañosamente. Él escribe, y como sale, se entrega.

Que Ricardo Garibay no haya recibido el reconocimiento por su trayectoria y por su creación literaria, no es un caso excepcional en México, puede ser el caso de otros escritores contemporáneos, que a pesar de su obra, saben que su oficio lleva toda la vida a cambio de poco.

Garibay no fue un escritor que hiciera su reputación a base de adular a nadie, ni buscos esos lazos fundamentales para tener éxito en un país donde es difícil tener éxito por mérito propio y él nunca lo pidió.

A nivel nacional, Garibay es conocido, la televisión, el radio y la prensa escrita lo han ayudado a darse a conocer, pero no cabalmente. Quienes lo recuerdan por los programas de televisión, lo hacen con desagrado por su estilo de decir cualquier cosa como si siempre estuviera enojado. No sólo es su voz y su

mirada, también es su cuerpo y sus actitudes. Sus comentarios pueden llegar a molestar a muchos, y no por lo que dice sino por cómo lo dice. Esto ha ayudado para que Garibay cause reacciones tan determinantes de amor u odio.

El estilo de escribir de Garibay es reflejo de su personalidad. No le importaron las voces oficiales, ignoró lo que representara beneficio literario, pero sí que invirtió muchas horas a la literatura, no así a la notoriedad. Por ello se explica el poco reconocimiento, aunque no deja de ser uno de los puntales de la literatura mexicana.

Así, el mensaje que deja Garibay tanto en su persona como en su obra, es el de mantener siempre la misma actitud: la rebeldía, el no venderse ni cambiar o dulcificar su carácter para complacer a nadie. “Humilde ante mi oficio, y altivez ante los demás”. Esa ha sido su mayor enseñanza.

Garibay sólo se preocupó por la estructura de sus libros y prefería deshacerse de sus escritos que volver a reescribirlos. Es un escritor que le dio un gran vigor a las palabras, aún en los momentos más íntimos de su vida, como fue la muerte de su padre.

Hoy día, Ricardo Garibay sabe que la vida es una sucesión de frustraciones y equívocos, que las pasiones que en un principio lo sacudieron, se consumieron como el fuego, y que la única manera de contenerlas es por medio de la literatura. Literatura que trascenderá por quien la lea y la juzgue. Porque “para eso se escribe, para ser leído; y la indiferencia y el olvido es el destino más cruel para el escritor”.

El que ha quedado atrás, un hombre que ha sido descrito por un grupo de amigos, con quienes ha compartido tristezas y alegrías, triunfos y fracasos, que exaltan la belleza que han descubierto en el hombre que es. Ha quedado también en estas páginas un Ricardo Garibay que sabe cercano el fin y mira los errores y aciertos a través de sus 75 años, como quien se asoma a un libro que ha escrito: la

vida misma que aún no termina de escribir. Un libro donde la soledad y el amor, la felicidad y la tristeza son historias que dejan dolorosos recuerdos de la plenitud perdida.

Después de leer este trabajo, se descubre que en Garibay se encuentra perpetrado el niño de la *fiera infancia*, que no quiere ser lastimado, que continua en busca de respuestas, ahora que sabe que su horizonte no está lejano, que sólo pide amar y ser amado. También se descubre que en él existe un hombre que colecciona disfraces para cada ocasión, pero que deja ver, de vez en cuando, su verdadero rostro. Puede él –si es su deseo– despojarse de su imagen de hierro y mostrarse como un hombre lleno de experiencias que compartir. Puede también dejar que se asomen sus temores añejos, sus amores de infancia, sus dolores plenos.

RICARDO GARIBAY ENTRE AMIGOS es otra de las muchas caras que tiene el escritor: ese camaleón que no se termina de conocer, porque siempre habrá alguien capaz de decir algo más acerca de su vida que no se encuentre en estas páginas, pues la vida de un hombre tan lleno de experiencia, no puede agotarse en un solo acercamiento biográfico. Acercamiento que quedara como testimonio de las múltiples facetas en la personalidad del escritor, para aquellos que quieran estudiar a profundidad su obra.

## BIBLIOGRAFÍA DE RICARDO GARIBAY

1. La nueva amante, novela, Costa-Amic, 1946.
2. Cuentos, Costa-Amic, 952.
3. Nuestra Señora de la Soledad en Coyoacán, ensayo, SEP, 1955.
4. El Coronel, cuentos, Panoramas, 1955.
5. Mazamitla, novela corta, Costa-Amic, 1955.
6. Beber un Cáliz, novela, Joaquín Mortiz, 1965 y 3ª edición en 1994.
7. Bellísima Bahía, novela, Joaquín Mortiz, 1968.
8. Lo que del César, guión cinematográfico, Nueva Narrativa Hispánica, Joaquín Mortiz, 1970.
9. El mil usos, guión cinematográfico, 1971
10. Rapsodia para un escándalo, cuentos, Editorial Novaro, 1971.
11. Cómo se pasa la vida, ensayos y crónicas, UNAM, 1975.
12. Diálogos mexicanos, ensayos, Joaquín Mortiz, 1975.
13. Mujeres en un acto, teatro, 1976.
14. La Casa que arde de noche, novela, Premio al mejor libro extranjero en Francia, Joaquín Mortiz, 1976.
15. ¡Lo que ve el que vive!, reportajes, Editorial Excélsior, 1976.
16. El Gobierno del cuerpo, cuentos, Joaquín Mortiz, 1977.
17. Verde Maira, novela, Grijalbo, 1977.
18. Mujeres en un acto, teatro, Editorial Posada, 1978.
19. La glorias del gran Púas, crónica, Grijalbo, 1979.
20. Acapulco, reportaje, Grijalbo, 1979.
21. De lujo y hambre, crónica, Nueva Imagen, 1981.
22. Fiera infancia y otros años, memorias, Océano, 1982 / CNCA, 1992.
23. Par de Reves, novela, Océano, 1983 // Joaquín Mortiz, 1994.
24. Aires de blues, cuentos, Grijalbo, 1984.
25. Confrontaciones, conferencia, 1984.
26. Garibay entre líneas, antología, Océano, 1985.
27. El humito del tren y el humito dormido, cuentos, CIDCLI, 1985.
28. Chicoasén, crónica, SEP, 1986.
29. ¡Lindas maestras!, teatro, Joaquín Mortiz, 1987.
30. Gamuza, novela, UAM-A, 1988.
31. Pedacería de espejo, cuentos, Gobierno del Estado de Tabasco, 1989.
32. Taib, novela, Premio Colima 1989, Grijalbo.
33. Tendajón mixto, crónica, Proceso, 1989.
34. El Púas, guión cinematográfico, Editorial Agata, 1991.
35. Triste Domingo, novela, Joaquín Mortiz, 1991.
36. Cómo se gana la vida, memorias, Joaquín Mortiz, 1992.

37. Trío, novela, Grijalbo, 1993.
38. Paraderos Literarios, Joaquín Mortiz, 1995.
39. Vamos a la huerta del toro toronjil, crónicas, Joaquín Mortiz, 1995.
40. Treinta y cinco mujeres. crónicas, Océano, 1996.
41. El Oficio de leer, Océano, 1997.
42. El joven aquél. Océano, 1997.
43. Lía v Lourdes, Océano. 1998.

## BIBLIOGRAFIA

ANAYA Héctor. "Kid Garibay", entrevista con Ricardo Garibay, *Revista Macrópolis*, México, 18 de mayo de 1992.

ASENCIO MENDEZ, Luis. *La condición del periodista*. (Compilación). UAM-XOCHIMILCO, 1988.

DALLAL, Alberto. *Periodismo y Literatura*. Editorial Gemika.

DE ITA, Fernando. "Ricardo Garibay, una batalla librada", Sección *El Ángel* del periódico *Reforma*, México, 22 de octubre de 1995.

GARCÍA HERNÁNDEZ, Arturo. "La realidad lastima al escritor", *La Jornada*. México, 15 de diciembre de 1991.

GARIBAY, Ricardo. *Beber un Cáliz*. Joaquín Motriz, México, 1965.  
*La casa que arde de noche*. Joaquín Mortiz, México, 1971.  
*Cómo se pasa la vida*. UNAM, México, 1975.  
*La glorias del gran Púas*. Nueva Era, México, 1978.  
*De Lujo y Hambre*. Joaquín Mortiz, México, 1981.  
*Fiera Infancia y Otros Años*. Conaculta, México, 1982.  
*Par de Reyes*, Océano, México, 1983.  
*Aires de Blues*, México, 1984.  
*Gamuza*, UAM, México, 1989.  
*Triste Domingo*, Grijalbo, 1991.  
*Cómo se gana la vida*. Joaquín Motriz, México, 1992.  
*Trio*. Joaquín Motriz, México, 1993.  
*Paraderos Literarios*. Joaquín Motriz, México, 1995.  
*Vamos a la huerta del Toro Toronjil*, Joaquín Mortiz, México, 1996.  
*35 Mujeres*. Océano, México, 1996.  
*El Oficio de leer*, Océano, México, 1997.  
*El joven aquel*, Océano, México, 1997.  
*Lía y Lourdes*, Océano, México, 1998.

GÜEMES, César. "Los seres humanos no tenemos capacidad para vivir el amor en toda su intensidad", *El Financiero*, México, 29 de octubre de 1991.

HUACAJA DEL TORO, Malú. "No hice un testamento ni una biografía; pretende ser una obra literaria", *El Financiero*, México, 21 de agosto de 1997.

JUÁREZ, América. "Siempre he sido un ganso silvestre", *Reforma*, México, 13 de febrero de 1994.

KOLTENINK, KRAUZE Ethel. *Instrucciones para Beber un Cáliz*. Tesis de la Universidad Nacional Autónoma de México. 1979.

LEÑERO, Vicente y MARÍN Carlos. *Manual de Periodismo*. Editorial Grijalbo, México, 1976.

QUEMAIN, Miguel Ángel. "Las treinta y cinco mujeres de Ricardo Garibay", *El Nacional*, México, 8 de septiembre de 1996.

SOLARES, Martín. "El amor es imposible", *La Jornada Semanal*; México, 6 de febrero de 1994.

VEGA, Patricia. "Escribir es un motivo de gozo", *El Nacional*, México, 31 de octubre de 1991.